RAFAEL ALTAMIRA

Libro de MAXIMAS Y REFLEXIONES

CASA UNIDA
DE PUBLICACIONES
Apartado 97 bis
México, D F.

EDITORIAL
"LA AURORA"
Corrientes 728
Buenos Aires

1948

Primera edición, España; 1919
Segunda edición, México, 1943
(muy aumentada y seleccionada)

Propiedad literaria de (copyright by) Rafael Altamira. 1948. Queda hecho el depósito que marca la ley

Imprenta "Popular", José Morán 56, Tacubaya, D. F.

DEDICATORIA

A la compañera de mi vida y madre de mis hijos, a quien debo la felicidad de mi hogar y la realización de muchas de mis obras sociales y literarias

EXPLICACION PRELIMINAR

I

Este libro que llevo escribiendo hace muchos años, a medida que fueron surgiendo de mi experiencia externa o interna las observaciones a que responden sus diversos epígrafes, lleva un título clásico que puede desorientar respecto de su contenido. Me apresuro, pues, a desengañar a quienes así se engañen.

No he tomado por modelo ninguno de los libros antiguos y célebres de carácter análogo (los de Marco Aurelio, Montaigne, La Bruyére, La Rochefoucauld, Pascal, etc.); entre otras razones, porque esos libros son muy personales e inimitables, y lo más discreto es dejarlos en paz y no tratar, con más o menos pedantería consciente, de imitarlos. Por otra parte, la idea de este libro mío no fué nunca la de una imitación de ese género. Nació llanamente del deseo de aprovechar apuntes destinados originalmente a mayor desenvolvimiento; cosa que he perdido ya la esperanza de lograr.

Yo sé bien que con el desarrollo de algunos se podría componer un tomo de muchas páginas, con relación al cual fueron tan sólo enunciado y promesa en el momento de pensarlos y escribirlos. No diré que he preferido siempre dejarlos tales como brotaron de mi pluma, porque, repetidamente, este hecho ha representado para mí un sacrificio, una renuncia a obra pensada

y apetecida para cuya composición me faltaron oportunamente el tiempo y las fuerzas, ocupadas en otras labores. Queden pues, aquí, con toda la espontaneidad y con la concisión propia de esta clase de escritos.

No ignoro, por supuesto, que algunos de ellos no hacen más que repetir eternas verdades muchas veces expresadas; pero he tenido dos razones para no excluirlos de la colección. Es una, la de que los hombres necesitan que ciertas verdades se les recuerden a menudo, porque no a todos se las ofrece oportunamente la propia observación; la otra es que todas las **Máximas y reflexiones** que siguen son fruto directo de la experiencia de mi vida y de las meditaciones a que me inclino; y con esto poseen aquel sabor de realidad y convicción que falta a menudo en lo que procede de simples recuerdos o comentarios de lecturas. Que a pesar de esto coincidan muchas veces con las que hicieron otros antes, no prueba, frente a mi honradez de escritor, sino que existe un fondo eterno de verdad del que llenamos nuestro vaso todos los que ingenuamente nos acercamos a su orilla.

La primera edición de este libro se hizo en 1919, en una **Colección miniatura** que dirigía y editaba mi ilustre amigo Martínez Sierra. Formó entonces un diminuto volumen de 93 páginas, en dimensión de 9.7 por 7. En la presente edición reproduzco, en primer término, casi todas las 53 máximas y reflexiones que se imprimieron entonces. Las restantes son nuevas; y salvo cuatro o cinco, todas posteriores a 1919. Unas pocas de éstas fueron publicadas en Revistas de más o menos circulación, por complacer a discípulos y amigos míos; pero en gran mayoría son inéditas.

Bayonne, 1941.

II

La presente edición no comprende todas las **Máximas y reflexiones** del original a que se refiere el Preliminar de 1941. Al leer el manuscrito de esa fecha he visto claramente que no todo lo escrito hasta entonces conserva el interés que originalmente tenía, y que es preciso hacer una selección circunstancial, aparte de añadir todo lo que corresponde a mi labor desde 1941 al año actual, tanto lo que he ido publicando aquí en México (en "Cuadernos Americanos" y en "Mediterrani"), como en lo todavía inédito. El resultado de la selección ha sido reducir las 321 materias de aquel año, a 194, comprendiendo las nuevas.

Si el público de ahora acoge bien esta edición, me atreveré a publicar después un Apéndice que contendrá lo apartado de momento y lo que se me ocurra escribir en lo que me queda de vida; si es que otras atenciones científicas o literarias no reclaman una preferencia justificada.

Y termino con recordar al lector lo que ya advertí en el número 2 (Marzo-Abril) de los "Cuadernos Americanos" (Año IV, 1945, pág. 75) acerca del primer manuscrito que escribí de 1937 a 1943 y que envié a México para que se imprimiese aquí. Ese manuscrito se extravió y, por lo tanto, no se pudo publicar. Hasta ahora no se ha encontrado; pero esto no tiene importancia alguna, porque el original de 1941 es mucho más extenso y mejor corregido, y porque ambas condiciones están superadas con el de la presente edición que los contiene todos en la forma que antes fijé.

México, Diciembre, 1946.

Rafael Altamira

MAXIMAS Y REFLEXIONES

1.—**Patriotismo.** Cuando decimos: "Soy patriota", debemos pensar en la pregunta que al punto puede sernos dirigida:—¿Qué has hecho tú porque tu patria sea mejor cada día, más rica, más culta, más trabajadora, más libre, más respetuosa con las leyes, más anhelosa de progresos, más llena de sentido humano, más unida en el conjunto de sus elementos componentes, más atenta a sus destinos y a sus responsabilidades en la historia presente y futura?

Y si la contestación que sinceramente nos dé la conciencia es afirmativa, podemos repetir tranquilos: "Soy patriota". En caso contrario, tal afirmación es un lirismo sin eficacia, contra el que debemos precavernos con tanta energía como contra todo confesado antipatriotismo.

2.—**Optimismo y pesimismo.** Hay que ser optimista. El pesimismo nace muchas veces de un desengaño originado por el error de creer que las cosas humanas son distintas de como son en realidad. Luego viene la resignación.

Pero no es eso. No es resignación **a posteriori** lo que hace falta, porque en ella hay siempre amargura y desaliento, sino conformidad **a priori** con las condiciones irreductibles de la naturaleza humana, para proceder según ellas y de ellas sacar, para nuestra vida y nuestros ideales, el mayor provecho posible.

Es como un químico que sabe lo que puede y no puede hacer con un ácido y lo utiliza de conformidad con

esto, pero no se declara **desengañado** porque no pueda hacer lo que no está en la naturaleza del medio que emplea.

❖ ✧ ❖

Si las circunstancias de tu vida te llevan al pesimismo y al disgusto de la acción, por desgracia o fatiga, no olvides que hay otros que siguen teniendo fe y entusiasmo; que las generaciones jóvenes sienten por ley natural ambas cosas al entrar en la vida, y que tú mismo hiciste lo mejor de tu obra cuando poseías esa fe y ese entusiasmo.

No tienes, pues, derecho a contaminar a los otros con tu estado de ánimo actual. Respeta su optimismo y deja que él les permita realizar lo que tú también harías si no te hubieses jubilado de la acción fecunda.

3.—**Las discusiones.** Una de las cosas a que la vida enseña, es a no hablar demasiado, sobre todo a no discutir, sacrificando el gusto que nuestro amor propio siente de quedar vencedor en toda disputa o controversia, y resignándose a cortarla sin extremarla. Hay más riesgo en prolongar estas cosas y en dar gusto a la lengua, que en retirarse aparentemente vencido o sin respuesta para el contrario.

Quien suele perder es el que continúa desahogando su empeño de quedar encima.

4.—**La suprema libertad de espíritu.** No hay obra humana (aun la de orientación más ideal) que no halle en el camino críticos regateadores de su intención o alcance, y sembradores de suspicacias respecto de ella. Muy vanidoso y confiado será quien no descuente tales tropiezos en la vida.

De otra parte, no olvidemos que la suprema libertad de espíritu consiste en gobernarse uno a sí pro-

pio, en vez de dejarse gobernar por opiniones ajenas, entre las cuales, las que más efecto suelen producirnos, son las de acerba censura: el "qué dirán" o el "qué dicen" malicioso, que nos consideramos obligados a contestar con una ilógica y cobarde rectificación de conducta, o con una exageración de la censurada, a título de guapeza. En vez de esto, lo sensato es vivir y producirse conforme a los juicios y a las opiniones propias, serenamente, tenazmente. Para llegar a esa serenidad, necesitamos sustraernos a la peligrosa preocupación y discusión del juicio ajeno, cuando no se ve en él (y es lo corriente) una clara intención de cooperar a la obra emprendida, sino la de ponerle trabas y dificultades.

Si estáis seguros de la bondad de vuestros actos, no os detengáis discutiendo con quienes los comentan sin amor, ni alimentéis por un solo instante la cándida creencia de que los vais a convencer de lo que deliberadamente no quieren convencerse. Perderéis el tiempo sin provecho alguno.

Quien en medio de una labor que requiere todas las energías se detiene en polémicas de esta clase, resta fuerzas para lo principal y enajena su independencia de espíritu; porque la discusión nos hace esclavos del que nos discute, entregando nuestra atención a los giros que él quiere dar al problema, en vez de dejarla libremente a la atracción del interés de las cosas y de la obra emprendida.

5.—**"No sólo de pan....."** La interpretación de la frase "No sólo de pan vive el hombre", no es la intelectualista de los llamados intelectuales. Lo que no es **pan**, es saber, es arte, es delicia del espíritu, sin duda; pero es también, y sobre todo, tolerancia, lealtad, justicia, hombría de bien en las relaciones con el próji-

mo. Eso es, al fin y al cabo, la **felicidad** de la vida en lo que depende de nosotros; y la **hombría de bien** no es sólo la **probidad.**

6.—**La comprensión ajena.** Una de las cosas con que hay que contar en la vida es la dificultad enorme, casi insuperable, de ser entendido por las gentes. Partimos del error de creer que todos están polarizados intelectualmente como nosotros y que poseen todos los antecedentes sobre que reposa y se mueve nuestro pensamiento; y eso no es exacto.

Por ello hay que contar siempre: (1º) con lo que uno dice; (2º) con lo que entenderían los demás. Pero como esto no se aprecia siempre de momento, y en cambio es deber fundamental decir lo que uno piensa, hay sobre todo que atender a lo primero, para no desvirtuar el juego de nuestro pensamiento por el esfuerzo para lograr que todos nos entiendan.

7.—**Hombres e ideas.** Todas las ideas son respetables, se dice vulgarmente. No. **Todos los hombres** son respetables. Las ideas son lo que hay, a veces, que discutir o rechazar.

8.—**La inquietud de espíritu.** Hay una manera muy fácil de inquietar los espíritus como agitador, y es atacándolo todo: hoy una cosa, mañana la contraria, a capricho, según el viento que corre. Pero eso no hace ningún bien al espíritu.

La única inquietud sana es la que procede de la visión de nuevos problemas, del descubrimiento de **la verdad** que derriba una creencia antigua, o del hallazgo, en nosotros mismos, de un defecto cuya existencia no sospechábamos y que quisiéramos corregir.

* * *

Mejor que inquietar el espíritu de los demás, es inquietar el propio con el examen de nuestra conducta; estar alerta contra nosotros mismos y aun contra ese mismo afán (que puede parecernos sinceramente fecundo) de remover cuestiones, que tienen el peligro de convertirse en algo sistemático y, por ello (aunque parezca paradoja), caprichoso. La inquietud necesita poca exterioridad, mucha concentración y reposo, y puede encontrarse en hombres alejados del hervor de las discusiones diarias. Así, Fausto no supo lo que era inquietud hasta que la ceguera lo aisló del mundo exterior.

9.—**El descontento de sí mismo.** El descontento de lo que otros hacen es, sin duda, una fuente de progreso y de mejora. Los resignados, los que todo lo encuentran bien en el mundo en que viven, no se moverán nunca para la reforma. Pero es más eficaz todavía el descontento de los hechos propios, y en él debemos basar toda nuestra formación. Conviene que cada elogio suscite en nosotros una duda; cada acto de confianza en nuestras aptitudes, una pesadumbre de nueva responsabilidad que nos obligue a mayor esfuerzo; cada ascenso en nuestra cultura, una mirada hacia todo lo que nos resta por subir. Sólo así humillaremos la vanidad y pedantería, siempre prontas a sublevarse y a clavarnos en el camino.

Y no temamos que de ahí venga el desaliento. El espíritu sabe bien lo que puede, y ese saber de su fuerza propia es un impulso continuo. El miedo no lo sienten más que los incapaces.

10.—**Los discutidos.** Las gentes suelen decir, como quien revela una falta:—"Es usted muy discutido".

Eso, por el contrario, es el mejor elogio de un hombre. A los canallas y a los tontos no se les discute: se les condena o se les compadece.

11.—**Sobre la vanidad.** Vanagloriarse de las condiciones naturales (talento, memoria, palabras, etc.), es tonto, porque ningún mérito tiene lo que no ha creado uno mismo; pero no hay inmodestia en reconocerlo y en contar con ello para la vida.

12.—**Más y menos.** Lo que importa en la vida no es **hacer más** que otro, sino hacer todo lo que está en la capacidad de cada cual con la mayor intensidad posible. Siendo así, está seguro uno de tener su puesto en la vida y eso que llaman gloria; porque, en general, no somos diferentes **en más o en menos**, sino **en modo.**

13.—**El problema fundamental de la Pedagogía.** A través de todas la filosofías, de todas las psicologías, de todas las paidologías que dividen la ciencia pedagógica en sistemas opuestos, cada uno de los cuales se cree poseedor de la verdad salvadora, reaparece siempre el mismo problema, el único problema fundamental de la educación. ¿Se puede o no se puede educar un espíritu? O en otros términos: ¿se puede o no se puede dirigir un alma en el sentido que consideramos bueno desde el punto de vista moral y humano de las relaciones sociales y de la conducta individual?

Sabemos bien que es posible inculcar en la inteligencia ciertas ideas; que es posible trasmitirle ciertos conocimientos; que es posible, en fin, instruirla. La métodología de esa función ha llegado a perfeccionamientos admirables, y es susceptible de otros muchos todavía, que alcancen incluso a **educar** (es decir, adiestrar) la inteligencia para aprender de las otras y pensar por sí misma.

La mayoría de los pedagogos se detienen ahí y con ello constituyen toda su preocupación. Cada progreso de ese orden les parece una victoria trascendental de la Pedagogía. Mas por muchos de este género que se acumulen, el problema fundamental no adelanta un paso, porque lo que busca el hombre con la educación del hombre, y lo que le importa sobre todo, es mejorar otras cualidades espirituales de más práctico efecto en la vida que las de la inteligencia, con ser éstas tan importantes y útiles. Lo que le importa y le sale al paso siempre, cuando medita sobre el fondo de las cosas y se desprende del optimismo que los triunfos logrados provocan, es la averiguación de si hay o no en la especie humana tendencias, apetitos y pasiones irreductibles, sobre los cuales carecemos de toda acción en la mayoría de los casos; o, por el contrario, todas son vencibles y encauzables por la educación.

Si esto segundo fuera verdad, podíamos abrir el ánimo a la esperanza. Si la verdad es lo primero, todos los sistemas están de sobra; porque si no podemos hacer buenos a los hombres (o a la inmensa mayoría de ellos, a los normales) y reducir de día en día el campo de la maldad, de la pereza, del egoísmo, etc., de poco consuelo ha de ser el logro de una educación parcial de la inteligencia humana, por mucho poder que a ésta concedamos para vencer la naturaleza exterior (no la nuestra), mejorar las condiciones materiales de la vida humana, o contemplar las grandes bellezas y las más profundas verdades con que la realidad nos brinda.

En todo caso, averiguar cuál de aquellos supuestos es el verdadero, constituirá siempre el problema de fondo de la pedagogía, y el único cuya consideración y cuyo estudio permitirá a un hombre, sin superchería, llamarse pedagogo.

Todo lo demás es poca cosa al lado de esto.

14.—Las impurezas de la realidad. Nos equivocamos al creer que eso que llamamos "impurezas de la realidad" es algo externo a nosotros, que se nos impone como el sino a Don Alvaro.

La impureza está en nosotros, en nuestras intenciones más que en nuestros actos, y la sufrimos en la vida proporcionalmente a como sentimos.

No echemos, pues, a la **realidad** (es decir, a los otros) culpas que por entero nos corresponden, si alguna vez las cometemos.

15.—El liberalismo. Uno de los tópicos más vulgares y corrientes de lo que se llamó "filosofía de la historia", es la afirmación de que, cuando la humanidad abandona un problema y lo sustituye por otro en sus preocupaciones y disputas, es señal de que el primero se ha agotado, dando de sí todo lo que podía dar. Pero si de las afirmaciones generales, vagas y abstractas, descendemos al estudio concreto de cualquiera de los casos a que se refiere ese tópico, no será difícil hallar que ese **agotamiento** más bien parece una disculpa con que los hombres pretenden justificar la inquietud amiga de novedades y el pronto cansancio de la atención sostenida, tal vez inherentes a la psicología de los pueblos. Gracias a que esa misma inquietud suele llevar de nuevo hacia las cosas abandonadas, y gracias, sobre todo, a que los problemas que responden a necesidades fundamentales de la vida resurgen siempre, por la propia fuerza de su causa, rompiendo la costra indiferente de la mayoría y tomando—a la manera de las formas de adaptación de las especies animales—formas nuevas que parecen traer fondo también nuevo.

Tal sucede con lo que se ha llamado "la bancarrota del liberalismo". Es muy frecuente oír, y leer, que el liberalismo, en cuanto dice relación al concepto y al

organismo del Estado, ha cumplido su tiempo y está mandado retirar. La experiencia que de él hemos hecho en un siglo, exprimiéndole todo el jugo que tenía, es bastante para asegurar que no da más de sí y que no resuelve el problema que parecía encargado de resolver. Hay, pues, que buscar cosa nueva, enteramente nueva.

Y sin embargo, lo cierto es que el liberalismo no ha logrado todavía imponer a la sociedad más que lo externo de su programa, lo puramente garantizador; y eso, y por lo general, sólo en las leyes, pero no siempre en la vida.

Lo práctico es, pues, volver al liberalismo y hacerle rendir toda su substancia.

16.—**El tiempo que se pierde.** Cuando se llega a la mitad presunta de la vida, empieza el hombre a observar que le queda poco tiempo para hacer las muchas cosas que quisiera y que cada día son más complejas y henchidas de contenido. A la vez, nota el mucho tiempo que se malgasta (visitas, juntas sin finalidad útil, reuniones de consejos). ¡Qué pena!

17.—**La sabiduría humana.** Hay una sabiduría de experiencia humana (de la vida, de los hombres) que constituye un fondo común de todos los pueblos y de todos los hombres y que, por ser igual siempre la condición humana, es eterna y sirve para todos.

Cuando un pueblo ha vaciado esa experiencia en un libro, no es extraño que ese libro se convierta en **El Libro.**

18.—**La felicidad.** No hay una felicidad. Hay muchas felicidades. Cada edad, cada estado, cada condición, tiene la suya. Por eso expresamos algo muy profundo al decir: **mi felicidad.**

El secreto para gozarlas todas consiste en contentarse, de cada vez, con la que está a nuestro alcance.

19.—**Haz bien.** Muchas veces oigo quejarse de desengaños a los que dedican gran parte de sus afanes a la propaganda de las ideas de regeneración social.

Tropiezan a cada paso con la ignorancia y con la dificultad de convencer a la mayoría. Se desesperan de obtener escasos resultados. Tras largos y enormes esfuerzos, algunos se desalientan y abandonan la lucha. Yo también he tenido desalientos y he sido herido por todos esos tropiezos. Pero mi experiencia propia y la historia—que es la experiencia de los demás—, me han enseñado que todo ello es muy humano, que siempre ha ocurrido así, que todos los reformadores (grandes y chicos) han luchado con los mismos inconvenientes y que, sin embargo, la Humanidad ha realizado grandes progresos. Cuando he comprendido eso, he empezado a tener paciencia, a esperar, y a no parecerme pequeña ninguna ventaja, ningún triunfo, ninguna conquista, por inferiores que a primera vista resultasen comparadas con la energía gastada en conseguirlas.

He aprendido que los grandes hechos sociales se forman así, lentamente, paso a paso, y que nada hay despreciable en el continuo caminar de las ideas. Me he convencido de que lo fundamental en la propaganda es el acto de fe que realizamos todos los días creyendo que aquello que predicamos, no obstante ser hoy rechazado por muchos, será en lo futuro el credo de la mayoría, el credo de la Humanidad toda, y que esa fe en el porvenir de nuestras ideas se va comunicando a los demás y es lo que constituye la fuerza de las doctrinas y de los partidos.

Eso, en cuanto a las impaciencias y a los desalientos por la poca eficacia de la propaganda. En cuanto a los desengaños que proporciona la ingratitud de aque-

llos mismos a quienes queremos salvar, no sólo no deben extrañarnos, sino que es preciso contar con ellos como cosa inevitable, segura. Quien tenga tanto amor propio y tan escaso amor al ideal que el choque con la ingratitud—hija muchas veces de la ignorancia, no de la malicia—pueda hacerlo retroceder o renegar de lo hecho, ése, que no se haga portaestandarte de ninguna reforma.

Hay que hacer el bien "a pesar" de los ingratos, sabiendo que existen y resignándonos a que nuestros afanes sean olvidados y menospreciados por los mismos que los aprovechan. El desquite de los que obran así consiste en ver que, si su nombre se borra de la memoria de los otros, su obra triunfa, y los que le pagaron con desprecios o rebeldías personales, viven de los frutos que da la semilla que ellos sembraron.

20.—**Concepto de la civilización.** La guerra ha venido a poner en claro el concepto de civilización. Veníamos confundiendo lo accesorio con lo fundamental, el medio con el fin. Porque un pueblo poseyese una gran industria capaz de invadir todos los mercados del mundo; un desarrollo original y potente de las ciencias aplicadas; una literatura notable; una filosofía que, en medio de su decadencia respecto de otros momentos, seguía en gran parte iluminando al mundo, etc., creíamos que ese era un pueblo civilizado. Pero ya no lo creeremos más, si a ese pueblo le faltan las condiciones éticas y humanas sin cuya existencia no vale la pena vivir, y en cuya falta el oro de más quilates, forjado en cadenas, no produce más que una atadura como la del hierro. Ya no podemos calificar de civilizado, en el sentido cristiano e ideal de la palabra y por muchos progresos materiales e intelectuales (puramente cerebrales) que nos ofrezca, al pueblo que es desleal en sus compromisos, cruel con los hombres, im-

pío con las cosas que más altamente expresan el espíritu, despreciador del derecho ajeno, y para quien el individuo es algo despreciable, puro medio que se sacrifica al Moloch de una ambición de Estado y de orgullo profesional de clase endiosada. El pueblo que así proceda será siempre un pueblo atrasado, incivil, por muy grande que sea su poder cerebral y sus recursos materiales.

Por eso, a la vez que pedimos—y no debemos cejar de pedir, con toda energía—de los Poderes públicos el reconocimiento y el amparo de nuestro derecho, ya en leyes nuevas, ya en el cumplimiento riguroso de las existentes y en el castigo de las transgresiones a éstas, hemos de pensar en educar nuestro propio sentido del derecho, en hacernos nosotros mismos, individualmente, cada vez más justos para con los demás en todos los momentos de la vida: porque las leyes no pueden ser eficaces en un ambiente social acostumbrado a lo injusto y tolerante con él. Y cuenta que en materia de justicia no hay cosa pequeña. Por despreciar las pequeñeces del derecho, llegan a dominar y a sernos familiares las grandes.

En virtud de todo eso, quienes soñamos con una Humanidad mejor que la presente y ponemos los medios que a nuestro alcance se hallan para lograr su pronto advenimiento, tenemos empeño tan grande en fomentar los medios de educación de la masa; y por eso creemos que la escuela pública, absolutamente gratuita y educativa, debe ser una de las reclamaciones persistentes en todo programa de reformas sociales.

21.—**De educación.** Cuando decimos al joven que abandone el libro y mire la realidad cara a cara, ¿no imponemos acaso a la juventud una regla que sólo

cumple a la edad madura? ¿Es seguro que en toda edad sabemos preguntar a las cosas y escuchar su respuesta?

Yo lo dudo. Por muchos años en su vida, el hombre sólo entiende la voz del hombre. Las cosas tardan en hablar.

❖ ✧ ❖

Se pierde demasiado de vista que al joven le importan otras muchas cosas que sus estudios, (y algunas, más que éstos) porque son problemas de la vida que obligan y arrastran preferentemente al sentimiento y a la inteligencia. Y de eso no nos ocupamos: se lo tiene que resolver solo el joven. Hay que llamarlo, pues, a la reflexión de esos problemas y ayudarlo.

22.—**Instrucción y educación.** Lo que al obrero le importa no es sólo aprender las cosas que están en los libros, sino entender la realidad en que vive y saber juzgarla, tener criterio para estimar todo lo que es y contiene aquello con que se codea y que no es libro, sino cosa viva cuyos efectos siente ante todo. Para eso, el saber de las cosas de los libros y el ejercicio del entendimiento con motivo de ellas, son medios indirectos, en cuanto **educan, ensanchan** y ejercitan la inteligencia y la hacen cada vez más apta para entender el mundo en que principalmente vive el obrero. Por eso también, a medida que un sujeto ha de vivir menos de las cosas de la inteligencia (ciencia, arte) y más en la realidad de la vida, necesitan menos **instrucción** y más educación de lo que se piensa generalmente.

23.—**Superioridad del trabajo.** Trabaja, crea, produce. Eso queda. Los mordiscos de la envidia, la baba de la maledicencia, pasan. Si alguien, apasionado, les da hoy crédito, la posteridad, más serena, verá

claramente la intención impura que los produjo y los despreciará.

En cambio tu obra positiva será estimada como un bien que, si no ha realizado todo lo que se propuso, cuando menos ha hecho posible que otros lo realicen plenamente.

Los nombres de los creadores perduran; los de quienes sólo hicieron obra negativa de difamación y de estorbo para los buenos propósitos ajenos, se olvidan o se recuerdan con asco.

24.—**Juventud y vejez.** No quiero ocultarte que la vejez es triste; por lo menos, que tiene muchos motivos para ser así y que la vida toda, en su arrastre de experiencias, la induce a ser de ese modo. Aunque hayas logrado mantener la serenidad de que te hablaba antes, no evitarás que el espectáculo de las miserias humanas te llene el espíritu de melancolía; si no por tí, por los hombres todos, de cuyo mejoramiento moral dudarás al fin de tus días.

Quizá esto es inevitable; pero quizá es un error, un efecto del crepúsculo de la vida. Cuando los gigantes se llevaron a Freya, los Dioses y el paisaje que los rodeaba, palidecieron.

Pero considera que la necesidad de mantener fresco y juvenil nuestro espíritu, no termina en la esfera intelectual. También es exigida en la esfera moral. Procura no sólo tener flexible la inteligencia, pronta a recibir las nuevas verdades, refractaria a toda cristalización, sino también alegre el ánimo, reaccionando diariamente contra la tristeza de los años (quiero decir, de la experiencia) y contra la falta de entusiasmo por las cosas que merecen entusiasmo. Ciertamente, tu alegría entonces no será como la de la juventud; pero procura tenerla, pensando en que tú no te llevas contigo la vida; que con tu muerte sólo

se agota un hombre, y que ella sigue irrestañable, luchando por subir cada vez más alta. Si te abates, darás mal ejemplo a los que detrás de ti vienen a la pelea. Háblales siempre como si creyeses en el triunfo, porque después de todo, ¿quién te dice que no llegará cuando tú no puedas verlo? Careces de derecho para desanimar a los que tienen ánimo.

Por otra parte, la vejez no es tan mala como muchos creen. La vejez en las almas bien dirigidas—y tú debes querer ser de éstas—es un triunfo.

Cuando se habla de juventud, las gentes sólo recuerdan los días felices, los juegos, las alegrías, la salud, la despreocupación de la vida. Pongamos que haya sido así, borrando de golpe las experiencias de juventudes tristes, miserables, llenas de dolor y de tristeza. Quedará todavía otra cosa de importancia enorme y que suele olvidarse: la serie de luchas, de desengaños, de amarguras, de tanteos, de caídas, de equilibrios inverosímiles sobre la cuerda floja de la realidad, a través de los cuales se ha ido haciendo nuestra vida y hemos ido conquistando un sitio en el mundo; sitio más o menos grande, más o menos modesto, pero que es siempre un puerto de refugio, de descanso, de seguridad, y no sólo en la relación de las necesidades económicas—que a todos obligan,—pero también en la de la educación del espíritu (que es materia más grave), cuyas tormentas para el hombre reflexivo son de mayor trascendencia y utilidad.

Quien haya leído, algo más que por curiosidad, la autobiografía de Tolstoi, las confesiones y memorias de muchos hombres sinceros cuya inteligencia y fortuna admira el mundo, habrá visto cuán trabajosamente, a través de qué heroicas luchas, se forma la grandeza intelectual y moral de los escogidos. ¡Qué no será en la vida de los que, modestamente, han ido ascendiendo desde los estados inferiores de los pri-

meros años, de la misma juventud, a las victorias de la madurez, en que el hombre que quiso saber algo y ser bueno llega quizás a lo uno y a lo otro, dentro de la limitación humana, después de dejar en el camino imperfecciones y miserias, tristezas y sangre que los arañazos del mundo hacen verter a los que no se abroquelan tras el egoísmo.....!

Que corra, que corra el tiempo; que se sucedan los años, permitiéndonos subir en la escala infinita que separa al hombre racional—último término de una evolución fatigosa—de los comienzos de la vida, irreflexivos y dominados por la herencia de primitivas inferioridades.

No deseemos repetir el viaje, lleno de retrocesos y paradas. Y sigamos trabajando, avanzando, **mientras haya luz.**

25.—**Serenidad y energía.** No confundas la serenidad de que te he hablado antes, con la resignación cobarde que no lucha ni se indigna. Te he predicado la serenidad en los asuntos personales, en los que pueden herir tu amor propio, diciéndote cómo, si la justicia y el trabajo están de tu parte, hallarás en ti mismo la mejor defensa contra las injusticias a los ataques mal intencionados. Necesaria es también en todo momento de la vida, pero no ya para rehuir y despreciar la lucha en el terreno injusto en que quieran presentártela tus enemigos para desconcertarte o tan sólo porque su pasión no les permite ver otro campo, sino para ser dueño de todas tus facultades y energías en la lucha. Seguro de esto, deja correr el ímpetu de tu sentimiento. No limites el poder (que, si eres bueno, tendrás), de indignarte contra los malos y de perseguir su obra.

"Ni en la juventud ni en la vejez—dice Stanley Hall—conviene contener demasiado la expansión del

sentimiento, siempre que no llegue al punto de perder el dominio de sí, que siempre hay que conservar. Debe considerarse la indignación, por desagradable que sea, como un grande y rico venero de energía que necesita conocerse y encauzarse debidamente".

Y en otro pasaje, añade: "Con todos los abusos; con las faltas de justicia, los fraudes, engaños, supercherías y burlas; la crueldad y opresión de los individuos o razas débiles por los fuertes; la explotación de los incautos e indefensos; los numerosos crímenes contra la salud, el bienestar y la virtud que cometen individuos y corporaciones egoístas; con todo eso, hay causas suficientes para justificar toda la cólera del mundo; y si esa cólera se dirigiese contra tales abusos, no se tardaría mucho en hacer desaparecer la mayor parte de ellos".

No te avergüence sentir esa cólera; mas procura ser tú siempre quien mande en ella, para que no te arrastre a cosas que perjudicarían en primer término a las buenas causas que defiendes.

26.—**Los enemigos.** Si eres como te he dicho, tendrás enemigos en gran número. Bueno es que lo sepas, con saber siempre presente en la memoria. Más enemigos tendrás por ser justo y evitar injusticias, que por el fanatismo de las ideas contrarias a las tuyas. Escudriña en la mayoría de los ataques que te dirijan y verás que un diez por ciento es de envidiosos o de sinceramente opuestos a tus ideas, y un noventa de gentes cuyas malas artes, cuyas granjerías, cuyas explotaciones, estorbas; o que temen que les descubras sus maldades.

Un personaje de "La Noche del Sábado" observa que a menudo hay gentes que esquivan nuestra sociedad no porque sepan nada malo de nosotros, sino por lo que sospechan que sabemos de ellas. Podría añadirse, que muchas, también, nos atacan por eso mismo.

Resígnate, pues, a tener enemigos, si eres bueno. Digo mal que te resignes: alégrate, porque es señal de que eres justo y de que vales. Ni aun los hombres acomodaticios que a todos dan el parabién y con todos quieren vivir en paz, dejan de tener enemigos; y tal vez éstos más que tú, porque tú, al fin, tendrás también amigos que te estimarán, y a ellos los desprecian todos.

Pero si eres blando de condición y no quieres enemistades, renuncia a practicar en tu vida la justicia; renuncia a luchar; renuncia a vencer; obscurécete y no hagas sombra a nadie, ni a nadie ayudes.

Tú dirás qué camino escojes.

27.—**Las despedidas.** Bien considerada la cosa, las despedidas deben ser alegres, porque ellas son prueba de que dejamos tras de nosotros amigos y quizá, en el alma de éstos, algo de obra hecha, de surco de vida. ¡Desgraciado el hombre que no tiene de quién despedirse! ¡Ese sí que debe estar triste!

28.—**La clave.** Vengo de hacer un viaje por el extranjero, durante el cual he procurado estudiar principalmente todo lo que se refiere a la enseñanza universitaria. Una vez más, la superioridad de varias naciones europeas sobre la nuestra se ha evidenciado a mis ojos. En esto, sin embargo, he recogido una observación nueva para mí. He visto que la superioridad de la vida académica alemana, por ejemplo, sobre la española, no estriba esencialmente, ni en la altura científica del profesorado; ni en la largueza de la dotación de sus cátedras y laboratorios en punto a material; ni en la grandiosidad de los edificios dedicados a Universidades y Museos (aunque todo esto existe allí con gran ventaja cuantitativa respecto de nosotros), sino en algo más colectivo y más profundo.

en el verdadero interés social por la cultura y en el entusiasmo con que el estudiante trabaja y procura formarse como hombre de ciencia.

Por mucho que en Alemania ponga de su parte el profesor (y es infinitamente más de lo que solemos poner aquí las más de las veces), aún pone más el alumno, cuya labor privada de cultura general, de complemento de la enseñanza académica y de colaboración en los trabajos que ésta exige, es enorme. Sólo esto puede explicar el gran fruto que la Universidad produce. El estudiante es allí algo docentemente activo, vivo, que no espera el remolque del programa y del profesor y que se anticipa a ellos y les facilita el camino con su concurso entusiasta. Ha comprendido que el elemento principal en la educación es él, y cumple con lo que, según esto, le es atribuído.

¡Cuánto quisiera yo que los estudiantes españoles copiasen este ejemplo y se contagiaran de ese entusiasmo por el saber, para convertirse, de lo que son ahora por lo general, (obra muerta, elemento pasivo que el profesor ha de espolear a cada instante, más con el temor del examen que con el interés espiritual del saber; y que fuera de la cátedra, nada hace para su propia formación), en el factor más dinámico de la enseñanza! Entonces comprenderían que el más elevado acto de amor y el más fecundo hacia sus respectivas Universidades, sería sentir la obra que éstas representan y colaborar fervorosamente en ella, hasta poder decir—como puede sin duda decirlo el estudiante alemán y con la misma razón que éste—: "La Universidad somos nosotros".

29.—**Una misión de las Universidades.** En los Estados Unidos, donde la extensión territorial y la complejidad de los elementos emigrantes crean obstáculos para la fusión de los espíritus, eminentes pedagogos

ven en las Universidades el más alto laboratorio de homogeneidad y de relación entre los jóvenes que el día de mañana han de dirigir, por ley natural, en la política y fuera de ella, los destinos del país. Esta misión verdaderamente patriótica de paz, de armonía, de ensambladura y mutua comprensión, convierte a las Universidades en un órgano de vida nacional de los más fundamentales.

¿No cabe pensar que también en España podían cumplir, deliberada y sistemáticamente, esa misma misión? No estamos aquí menos necesitados que Norteamérica, sino más, de un gran fundente de nuestras diferencias, de nuestros recelos mutuos y de nuestras luchas fratricidas que retrasan la aparición de un alma nacional común en lo fundamental de la vida.

30.—**Un día.** Ha terminado un día. Durante él, ¡cuántas impresiones han sacudido nuestra alma! Si no la tenéis acorchada por una impasibilidad egoísta que la hace impenetrable e insensible, o subyugada por una preocupación avasalladora que niega espacio a todas las demás, ¡cuántas alternativas de inquietud y de tranquilidad, de agrado y de disgusto, habrán pasado por ella!. ¡Cuántas punzadas de recuerdos gratos e ingratos, de esperanzas o temores para lo futuro, despertados por una palabra ajena, por un trozo de paisaje, por un cantar lejano, por una noticia del periódico o una línea del libro que ahora hojeáis!

Y al final, ¿qué? Si una piedra ha venido a perturbar violentamente la superficie serena de vuestro espíritu, es bien difícil que las ondulaciones producidas no mantengan su agitación por todo el día. El lago de nuestra alma necesita mucho tiempo para apaciguarse. Pero feliz aquel que del conjunto de impresiones cuotidianas sabe sacar, por espontánea fuerza médica de su propia condición o por movimiento enérgi-

co de su voluntad, un estado de quietud en que predomine, sobre todo otro motivo, la serena conformidad con la vida, que es mudanza y contradicción, y en que todo pasa y desaparece, lo bueno y lo malo.

Si sabemos saldar todos los días nuestras cuentas con el mundo de modo que haya siempre un superávit amable que nos reconcilie otra vez con la vida, no pidamos más a ésta. Porque la mayor desgracia que puede ocurrirnos no es la que viene del mal externo, sino la que nos vincula irremediablemente al dolor y a la tristeza si padecemos un espíritu inhábil para reaccionar contra las amarguras y para serenar las olas de inquietud.

Oremos diariamente por un beato final de jornada. Que la hora del sueño nos sorprenda, cuando menos, con una leve sonrisa en que no haya recriminación para nadie, ni odio o desprecio para nada, y confesando que, con todos sus errores y desengaños, la vida tiene muchos rincones buenos en qué refugiarse y que compensan todo lo demás. Si no es para bendecirla en todo momento, no la hagamos peor de lo que es, maldiciendo de ella en la hora en que, tal vez, le decimos adiós para no volver a verla.

Y si lo que agitó nuestra alma fué una gran alegría, que también se serenen y aduerman las olas de agitación que levantó. Sólo la paz interna nos da el sabor delicioso que apetecen nuestros anhelos cuando pensamos en una vida agradable.

31.—**Precursores.** Es difícil que en la vida espiritual de un hombre de talento y de cultura no aparezcan planteados, aunque sea incidentalmente, todos los problemas fundamentales que preocupan a la humanidad desde hace siglos; y como las observaciones acerca de esos problemas y sus soluciones son limitadas y se repiten constantemente, resulta que en la

obra de cada uno de aquellos hombres están, por lo menos en germen, todos los pensamientos modernos, tanto más cuanto cronológicamente más próximos de nosotros se hallen. Por eso son también, más o menos, precursores de casi todo lo que luego se desarrolló; y no porque a ellos se les hayan ocurrido esos desarrollos, sino porque, en ellos, el acervo común de pensamiento humano que poseyeron alcanza un relieve mayor o menor según la grandeza espiritual del sujeto. Buena prueba es el caso de Goethe, por ejemplo.

32.—**Prueba y verdad.** No hay argumento más débil y más fuerte a la vez, que el que oímos a menudo para garantizar la verdad de una idea: "así se piensa hoy respecto del asunto; "esa es la doctrina moderna".

Débil para los espíritus científicos; fuerte para el vulgo que se alimenta de novedades.

33.—**La convicción íntima.** Hay una cosa que pocos hombres adultos tienen el valor de confesar, y es su íntima convicción respecto del valor y la finalidad de la vida humana.

Esa convicción se va formando lentamente en nuestro espíritu, y se empieza a dibujar con líneas decisivas cuando la mitad de nuestra existencia ha pasado ya. Se nos impone muchas veces contra nuestras mismas creencias exteriores o superficiales; pero casi todos solemos tener miedo de mirarlas cara a cara.

34.—**Prudencia dialéctica.** ¡Cuán difícil es que los hombres—incluso inteligentes, y aun muy inteligentes,—se hagan cargo de la ventaja que hay, muchas veces, en no discutir sino en la medida con que el contrario plantea la discusión!

He visto muchos casos judiciales en que una de las

partes contendientes ha perjudicado su asunto, que iba ganando, por hablar con exceso y levantar cuestiones en que nadie pensaba y que eran innecesarias para llegar a un resultado favorable.

35.—**¿Por qué?** ¿Por qué la mayoría de las obras dramáticas flaquean en el desenlace? ¿Por qué las más de las veces el conflicto teatral es puramente imaginativo y luego no tiene salida lógica? ¿Por qué los autores no se atreven a decir toda la verdad que se desprende del conflicto planteado? ¿O por qué la mayoría de las resoluciones de la vida humana (no siendo trágicas ¡y aún!) no son **teatrales**; es decir, no se prestan a efectos ni ilusiones artísticas y carecen de poesía o de emoción? Y ¿no es cierto quizá que muchos dramaturgos medianos podrían ser buenos novelistas?

36.—**Psicología literaria.** Balzac es un admirable ejemplo de la **psicología literaria** aparentemente profunda e hija de la observación y de la experiencia propia, pero realmente más bien ligera, inventada o generalizada con exceso. Por ejemplo, los sondeos psicológicos de la protagonista de **La femme de trente ans.** (ver el comienzo del II). Rousseau es otro ejemplo de esto. Y lo admirable es que las gentes **creen** esas psicologías y las toman como ciencia, es decir, como verdad. Ejº la influencia de Rousseau y la de Goethe **(Werther).**

La diferencia entre Balzac y Zola es ésta: en lo falso de sus respectivas psicologías, Balzac lo es generalmente porque inventa; Zola, porque **generaliza** una observación que tan sólo es cierta en el caso particular que la produjo.

Leyendo a Balzac, tan lleno de casos de conciencia, se advierte cuánto se ha repetido esta preocupación en la literatura: los sentimentales del XVIII; los románticos; los psicólogos (Bourget, Valera); los mismos naturalistas; y se acuerda uno de los moralistas de casos, tan a menudo censurados, y con razón. Pero la repetición de este hecho lleva a pensar si no será cosa propia de nuestra naturaleza intelectual, que vuelve siempre a lo mismo y se impone a las preocupaciones de las gentes.

37.—**Cambios y progresos.** Hay que escoger—parece—entre dos explicaciones: O bien nuestros cambios de comprensión de la vida humana y del Universo corresponden a un proceso natural y necesario, ya en el sentido del PROGRESO, ya en el del cumplimiento mejor de la NATURALEZA HUMANA, y en cualquiera de esos dos sentidos todo lo nuevo de nuestras ideas está bien y corrige lo anterior; o los cambios de comprensión (y de conducta, por consecuencia) no significan más que eso, un cambio, hijo de la libertad de la inteligencia humana, que lo mismo puede ser un progreso como un retroceso, un bien como un mal. De donde NOVEDAD, p. e., no significa precisamente mejora; aunque puede serlo.

38.—**Los escritores.** ¿Qué quiere decir la frase: "es un escritor de raza"? ¿En qué se conoce propiamente que un cierto intelectual es, ante todo, un escritor? No en que escriba bien, en que sea un literato apreciable; sino en que escribiendo, y sólo entonces, es cuando fluye más claro y rico su pensamiento; cuando ve con más penetración y amplitud las relaciones de las cosas; cuando se condensa más jugosamente su per-

cepción de los problemas y se le ocurren las soluciones que de otro modo no se le ocurrirían. Un cerebro así necesita ponerse a escribir para que se le ilumine a toda luz el entendimiento. Hablando, es cortado, seco; o apunta las cosas pero no las acaba ni las profundiza. El verdadero escritor es hombre de inspiración que sólo destella por los puntos de la pluma. Lo mejor que piensa y dice, no es premeditado; surge al componer el escrito y señala los mejores aciertos.

39.—**Fiesta del trabajo.** Hay varias maneras de honrar el trabajo. Una de ellas, y la mejor tal vez, consiste en trabajar: trabajar lealmente, con la plena conciencia de la responsabilidad social que a cada uno le echa sobre los hombros la parte de labor que le ha correspondido; trabajar con espíritu de solidaridad que nos manda pensar, no sólo en el provecho (utilitario o espiritual) que nuestra actividad nos produzca personalmente, sino también en el provecho que con ella podemos proporcionar a los demás hombres.

Porque he procurado trabajar de ambos modos toda mi vida, dando a los otros todo lo que pensé que les sería útil, miro siempre con honda simpatía la Fiesta del Primero de Mayo; y cada vez la consagro con mi deseo ferviente de que, año tras año, salgamos todos de ella "más hombres"; es decir, más celosos de nuestra función social y más generosos de lo nuestro para quien de ellos necesite.

40.—**Lo que somos y lo que dicen que somos.** No te preocupes de las ideas que los demás te atribuyan, sino de las que realmente profeses. Si nos propusiéramos rectificar todas las tonterías, todos los errores, todas las extravagancias de que, por ignorancia o por maldad, nos hacen responsables las gentes, apenas si nos quedaría tiempo para realizar las muchas cosas

útiles que en nuestra profesión o esfera podemos llevar a cabo.

Piensa que si tú has de influir en el mundo más o menos ampliamente, no será por lo que los demás digan que tú dices, sino por lo que lean en tus libros u oigan de tus labios las personas capaces de entenderte y a quienes interesen tus ideas.

Ello no quita para que los errores o las calúmnias de los demás, en este orden de cosas comprometan a veces nuestro éxito y aun nuestra vida; pero esta es otra cuestión.

41.—**Lo espontáneo.** En los momentos decisivos de toda acción, lo que juega, y con lo único que hay que contar, es con lo espontáneo. Cada uno se produce conforme a su espontaneidad (genio, carácter). Lo superpuesto aprendido, no sirve casi para nada; salvo si se ha convertido, a su vez, en irreflexivo. Entonces es cuando se ponen de relieve los grandes defectos sustanciales de cada alma; y sus grandes facultades también.

42.—**La poesía de lo pasado.** El tiempo ha hecho su obra de destrucción sobre mi vida como sobre todas. Paletadas continuas de nuevas ilusiones y de nuevos cuidados han ido enterrando, cada vez más hondas y ocultas, las ilusiones de la juventud. Otros horizontes son los actuales de mi espíritu, inquieto por cosas bien diversas de las que le inquietaban a los 20 años.

¿Por qué, no obstante, paso a menudo ante unos balcones a que ya no asomará la gentil figura de aquellos tiempos, y disminuyo el ritmo vacilante y tardo de mis pies, deseando y temiendo juntamente que aparezca quien, como yo, tan diferente será de lo que fuimos entonces; y seguramente, como yo también, ha enterrado aquellos sentimientos?

43.—**Hombres o momentos felices.** Es un error calificar a éste o el otro diciendo: "Es un hombre feliz" o "es un hombre infeliz".

La verdad es que todos somos, según las ocasiones, felices o infelices; y aún puede decirse que para nadie hay un día totalmente feliz, durante el cual se sienta uno satisfecho en todo instante.

44.—**La emoción del hacer.** La emoción que debemos cultivar no es la emoción nerviosa que estalla en un momento agudo y arrastra, tal vez, a un acto sublime. Es la emoción de cada día y de cada acto; la emoción de la obra que realizamos y que promueve el esfuerzo con la grandeza de su fin; pero también con el sentimiento de responsabilidad, si no le somos siempre fieles.

45.—**Formas de leer.** Durante muchos años, en la juventud y en la virilidad, se leen las novelas y los versos buscando en ellos la satisfacción de sentimientos e ideas propios o el goce de una realidad que se sale de lo común y corriente, o lo explica.

Pero cuando ya se ha leído mucho y conocemos cuánto se repite el arte (por mejor decir, los artistas), empiezan a interesarnos las obras sólo en punto a las cualidades y valores artísticos de cada autor. Por desgracia, muchas de ellas—y sobre todo las modernas—no son más que arte; es decir, técnica. Sus autores las crearon tan sólo para satisfacer las exigencias del público, buscando originalidad y superioridad con respecto a las producidas antes, para conquistar así lectores; o, prosaicamente, para seguir viviendo de ellas.

46.—**Faltas de la inteligencia.** Hay dos especies de falta de inteligencia: una es la que proviene de defecto natural en las facultades intelectuales; otra es

la producida por el estudio mismo que, reduciendo el horizonte de percepción por la preponderancia que en nuestro conocer adquieren ciertas ideas consideradas como principios rígidos, nos vuelve ciegos e ininteligentes para cualquier otro punto de vista. Eso es lo que ocurre muchas veces en las profesiones llamadas intelectuales.

47.—**Dificultades en la crítica de un pueblo.** El juicio de un pueblo es cosa difícil, aun poseyendo todos los datos aparentemente necesarios. Por de pronto, hay para formular ese juicio, dos grandes obstáculos: en primer lugar, no cabe juzgar el conjunto sino haciendo abstracción de las excepciones; y entonces éstas se quejan, no sólo "personalmente" (esto se puede salvar en todo caso), sino **patrióticamente**, porque se ven como representación del todo dentro del que han sido posibles. Pero si se atiende, por el contrario, a este criterio de las excepciones, la masa queda absorbida en la minoría; cuando, precisamente, el problema de definir una nacióu está en la masa, y ésta es la que en los momentos graves decide con su peso.

Aun dentro de las minorías, no se puede juzgar del mundo intelectual de un país tomando como único exponente los que bullen y los que con su obra trasponen las fronteras; por lo cual, conocer un pueblo a través de los libros, es sólo conocerlo a medias. Hay que contar también con los retraídos, con los obscuros, con los modestos que laboran calladamente, y con aquellos cuya acción, por su propia naturaleza, es silenciosa: una suma grande de trabajadores que es preciso sorprender en su rincón y que desde afuera no se ven.

48.—**Un día fecundo.** En un solo día he vivido más que, a veces, en un mes entero. Tres grandes cosas han ocupado mi alma: la idea de la muerte; la 9a. sin-

fonía de Beethoven; la heroicidad humana en aras del deber y del amor. (**Las tierras del silencio**). Toda la hondura del espíritu que ellas levantaron hasta la superficie, me llevó a terminar el día con la más alta meditación que el idioma castellano ofrece. Leí un capítulo del **Quijote**.

49.—**La mudanza de conducta.** Mudar de conducta en un asunto determinado, no significa siempre rectificación de la idea que produjo la conducta anterior. Los espíritus benévolos tienden con demasiada facilidad a unir ambos hechos, convirtiendo el uno en causa del otro. Conviene, sin embargo, huir el peligro de resolver precipitadamente esa ecuación y no confiar más que en una comprobación precisa de cada caso.

La mudanza puede ser tan sólo forzada por la necesidad; o, por el contrario, hija de una despreciable rapacería.

50.—**Sigue siendo como eres.** No te esfuerces porque te comprendan y te juzguen los demás como tú eres o crees ser. De todos modos, siempre se equivocarán en algo; no por malicia, sino por falta de observación, de verdadero interés por conocerte, por incapacidad mental o por demasiada divergencia de ideología contigo.

Lo que debe preocuparte solamente es seguir siendo como eres, a pesar de todas las solicitaciones del medio ambiente para variarte; y si eres capaz de reconocer tus defectos y que te duelan, corregirlos en la medida posible. Y deja a los demás que te crean absolutamente otro hombre del que tú quisieras ser y te esfuerzas por realizar.

51.—**El espíritu crítico.** Hay varias especies de juicio crítico: la del que se produce frente a las cosas

(materiales o espirituales) y la del que sólo surge como reacción del pensamiento ajeno. En principio, no es uno menos agudo que el otro; pero, sin duda, el único propiamente científico es el primero. El otro, puede serlo también; pero más le cuadra, casi siempre, la calificación de polémico. Muchos filósofos sólo poseen este último.

52.—**El patriotismo español.** En el patriotismo de un español tal como yo lo he sentido y lo he practicado, hay un gran heroísmo, un gran dolor y un acto de fe todos los momentos. Queremos creer en todo lo bueno nuestro que tal vez nos forjamos; y, juntamente, con el temor secreto de equivocarnos, temblamos ante la posibilidad de llegar a no creer. Quizá todo lo eficaz de esta gran lucha en que muchos vivimos, resida en el hecho de que, a fuerza de ver nuestra historia como la vemos, concluiremos por dar a nuestros sucesores la fuerza de crearla como quisiéramos que hubiese sido.

53.—**El perdón.** Muchos hombres aquietan su conciencia con el perdón de sus faltas por el ofendido. Pero, ¿qué es lo que el perdón representa? La renuncia al castigo y, en los mejores casos, también al rencor. Pero no modifica casi nunca la espiritualidad del que faltó. Para la vida interna de éste, la falta sigue con la misma realidad de ser un tropiezo, una injusticia, o una ligereza en su vida; y así continúa sufriendo por ella no obstante todos los perdones. Porque a todo hombre de conciencia le dolerá siempre haber sido capaz de cometer la falta.

54.—**La soledad profesional.** Campoamor ha puesto de relieve, en su conocida Dolora, "la soledad de dos en compañía". Pero no es ésta la única soledad es-

pantosa de la vida humana. Hay también las soledades de diez, de cien..... en compañía. Entre ellas, la de los profesionales de todo género es terrible, cuando los profesionales han olvidado que son hombres, a quienes deben interesarles más cosas que las de su oficio.

55.—**La incomprensión humana.** Muchas veces, al releer páginas de Lubbock, de Romanes o de Fabre sobre la inteligencia de los animales, he pensado en una diferencia fundamental que nos separa de ellos. Todas nuestras observaciones nos llevan a creer que los animales de una misma especie, quizá los de un mismo género, tienen un área de pensamiento común y que se entienden entre sí.

Pero los hombres, no. Cuando afirmo esto, no aludo a hombres de razas distintas y respectivamente muy alejadas en el camino de la civilización, sino a hombres de una misma raza o de un mismo grado de cultura. A menudo vemos casos de esa mutua incomprensión; pero si nos examinamos bien, concluiremos siempre por advertir que somos individualmente incapaces de comprender los estados de espíritu que difieren esencialmente de los que nuestra orientación y modalidad cerebrales nos imponen. Por ejemplo, un espíritu ponderado, sereno, no comprenderá jamás los arrebatos y los dolores de otro desequilibrado, febril, hiperestésicamente sensible.

La comprobación de este hecho es una de las tristezas a que llegamos en la vida. Ella nos explica la separación fundamental que, tal vez, dividirá eternamente a los hombres. Ella nos enseña también, la causa de muchos odios, de muchas luchas, de muchas divergencias sociales; y la peor conclusión es que entonces vemos que esas causas serán invencibles.

Así es como llegamos a la consideración de la amar-

ga soledad en que viven tantos hombres en medio de la misma sociedad; y ello nos ilustra sobre el amor de rebaño que a tantos lleva a formar su grupito, a refugiarse en él buscando a los afines que le comprendan y a quienes pueden comprender. Una de las desilusiones de la vida procede muchas veces de equivocarse en la elección; y como la diferencia en que consiste suele ser irreductible, se produce la Dolora de Campoamor como en la vida privada. Pero cuando se refiere a la humanidad entera, ¡qué pensamientos más desconsoladores produce el comprobar esa incomprensión que rompe la soñada unidad de la especie en cosas que son, a menudo, tan vitales!

56.—**Cansancio y simplificación de la vida.** Todo hombre—trabajador manual o intelectual, o simple vividor,—llega a un momento de la vida en que se siente cansado. Cada cual se cansa, naturalmente, en el orden en que ha vivido más. Moral y sentimentalmente, ese cansancio nos conduce al anhelo de simplificar nuestra vida. Algunos, no pueden; pero los capaces de ello ¡qué alegría sienten al contemplar, un buen día de apacible introspección, el aligeramiento de su carga respectiva, el rompimiento de muchos lazos que les unían al mundo y que pesaban demasiado sobre su espíritu! ¡Qué dulce es ver simplificada nuestra vida, más cada vez a medida que, desde aquel momento crítico, avanza rápida hacia el final!

Pero no todos los hombres llegan a esa simplificación que es, juntamente, renuncia a muchas cosas que embellecieron los días pasados. Y en quienes llegan a eso, el suspiro de melancólica alegría que produce va acompañado con un poco de sorpresa al ver que es posible esa poda de cosas muy vivas, que parecían dotadas de una existencia eterna imposible de herir sin que manase sangre!

57.—**Las teorías y el Arte.** En el Arte hay una cosa que está por encima de todas las teorías, y es el Arte mismo. Las teorías son lógica intelectual, y el Arte es tal vez otra lógica, como pensó Croce. Así Shakespeare, quien, como ha demostrado Raleigh, es muchas veces antireal en sus argumentos y aun en sus caracteres; y sin embargo, ¡qué artista siempre!

El Arte moderno, al querer reducirse a la lógica intelectual o de razón, se ha cerrado uno de los caminos de riqueza espiritual y de éxito. Tal es el defecto del Realismo como doctrina. Pero esto no quiere decir que en el Realismo no haya Arte, como pretendieron los idealistas.

58.—**Sentido político y sentido jurídico.** Por definición, un político es un hombre de Derecho, un profesional jurídico; pero en realidad, las más de las veces no hay mentalidad que sea más ajena (y aún más contraria) al sentido jurídico, que la mentalidad de los políticos. La experiencia de eso se produce a menudo cuando trabajan juntos, sobre un punto jurídico, hombres de las dos especies.

59.—**La poesía de los templos paganos.** ¿Cómo Barrés (**Voyage en Esparte**) no ha visto la belleza artística de Grecia, subsistente aunque el pensamiento filosófico o religioso que (en parte) la creó, haya desaparecido? Quizá el error está en creer que en un templo no hay más que el pensamiento o el sentimiento religioso.

60.—**Apreciación de paisajes.** Existe una gran diferencia de belleza percibida y de motivos de contemplación, entre un paisaje cuyo valor estriba en recuerdos históricos o literarios, y otro en que la razón de belleza estética es puramente natural. Yo no la he

comprendido nunca mejor que contemplando la ría de San Esteban de Pravia desde mi casa de campo, pocas semanas después de haber gozado de la indudable y emocionante belleza del Rhin desde una terraza de Bonn.

61.—**Incomprensiones.** La mayoría de los hombres es como aquel boticario del cuento que recuerda Galdós en una de sus novelas: está dispuesta siempre a creer o a maliciar, por lo menos, toda mala interpretación de los actos y de las palabras del prójimo.

Así, en las discusiones se oye a cada paso la acusación recíproca (unas veces cara a cara; otras en murmuración y a la espalda) de mala fe o de carencia absoluta de sentido científico o político y aún de sentido común. Muchas veces, esa acusación es equivocada. No hay mala fe ni hay ignorancia o estulticia en las razones ajenas. Cada una de ellas tiene explicación en la mentalidad y en la ideología de quien la sostiene; y es, dentro de ellas, de una perfecta racionalidad y hasta de una profundidad grande a veces. Sin embargo, los otros no las entienden; y por eso las califican de tonterías o de habilidades dialécticas.

Pero lo grave es que no sea así a veces. Sería preferible, para la vida de relación de los hombres, que fuese como la malicia supone. Lo malo es que aquella posición obedece a la existencia de ideologías y procedimientos de razonar que no se entienden entre sí y que, probablemente, no se entenderán nunca. Por lo menos, es seguro que no se entienden cuando hace falta que se entiendan. Luego, pasado el momento útil, es posible que algunas gentes reflexivas, a fuerza de meditar y de procurar sobreponerse a su posición personal, lleguen a comprender el punto de vista ajeno. Así ocurre también con la interpretación de muchos hombres de gran pensamiento, como Hegel, Kant, etc.

Mas para las necesidades de la vida práctica, eso llega tarde casi siempre; y cuando llega, es el privilegio de unos pocos. La mayoría sigue siempre sin comprender.

62.—**Psicologías deficientes.** Hasta hoy, la mayoría (por no decir la totalidad) de los libros de psicología, y en general de estudios sobre el hombre, adolecen de una falsedad inicial, porque no proceden sino de autoinspecciones o de observaciones externas sobre sujetos de un cierto estado de educación y civilización, aun dentro de un país determinado. Pueden ser verdaderos para ese estrato de humanidad, pero no tienen valor si se generalizan para la civilización colectiva y uniformemente, sino por círculos o clases sociales. Así, cuando se habla de nuestro renacer actual, se dice una verdad; pero a la vez es posible que se produzcan hechos contradictorios en los avances realizados. Por ello, el mayor problema de la civilización consiste en el área de su alcance; en hacer que de ella participe, en un término medio, el mayor número posible de gentes.

Pero eso mismo reduce la responsabilidad de cada sujeto y de cada círculo social.

63.—**Benevolencia y rigor.** ¡Qué satisfacción si en los días postreros de tu vida pudieras decir: "Creo que algunas veces he pecado por exceso de benevolencia hacia mi prójimo, pero tengo la conciencia de no haber sido riguroso con él fuera del límite de la justicia y del cumplimiento del deber, que es otra justicia"!

64.—**La poesía de lo habitual.** Cuando se vive algún tiempo en el mismo sitio y se ven todos los días las mismas cosas, llega un momento en que hastían. El

poder de observación sobre ellas se estanca. Ya no dicen nada a fuerza de decir siempre lo mismo. Este estado de espíritu lo hemos experimentado todos muchas veces; los hombres superficiales llegan pronto a él y no salen de él nunca. Por eso se aburren pronto en todas partes y buscan las distracciones en el cambio continuo. Es el caso de muchos viajeros y el de todos los mundanos.

Pero cuando se trata de espíritus no superficiales o que saben sobreponerse a la superficialidad, aquel momento de hastío se muda al cabo en una nueva visión de las cosas, que los penetra cada día más hondamente y que les hace ir percibiendo en ellas algo que no veían antes y que les interesa. Así las van uniendo, poco a poco, a sus sentimientos más íntimos por un lazo de cariño o una superposición de recuerdos personales que devuelve a las cosas toda la frescura y el encanto de los primeros días. Tal es la explicación del atractivo que sobre nosotros ejercen, tanto mayor cuanto más avanza nuestra vida, el paisaje familiar a nuestra infancia; la calle en que vivimos desde hace muchos años; el mar a cuya orilla nos acercan nuestros paseos habituales; el jardín que recorremos mil veces y cuyas flores, cuyos arbustos, cuyos árboles, son como partes de nuestra vida.

¡Deliciosa cualidad de nuestra alma, que nos convierte en fuente de novedad y de poesía lo que está siempre a nuestra vista, en épocas de nuestro vivir en que no podemos cambiarlas fácilmente o en que, tal vez, sabemos que ya nunca nos será posible trocarlas por otras! Quien no posee esa cualidad, no es extraño que se aburra cuando los años lo fijan en un punto; pero a los que así son, bien podemos calificarlos de desgraciados. Felizmente, constituyen una minoría en el mundo, porque aquella cualidad es tan humana, que la encuentran en sí hasta los hombres de más humil-

de cultura. Tal vez son éstos los que mejor sienten la poesía de los horizontes que no cambian y que cada vez le dicen más cosas al espíritu.

65.—**Clases de crítica.** Dos clases de crítica: la del buen gusto, que se limita a señalar bellezas y defectos, y la del pensamiento que la lectura de los libros sugiere: verdadera recreación ("esprit sur les lois", como se dijo de un libro de Montesquieu) que vale por sí mismo y que alienta y eleva, a veces, tanto como la obra misma que la motivó. Así Goethe sobre **Hamlet** (**Wilhelm Meister**); Menéndez y Pelayo sobre el **Quijote**, etc.

66.—**El hombre nuevo.** El hombre nuevo es la aspiración a convertir en hecho un ideal que han tenido, en todas las épocas, los espíritus escogidos. No es ninguna invención de que deban envanecerse los tiempos presentes, como suelen decir los vanidosos.

67.—**Los viajes.** Entre otras razones, yo aconsejaría siempre los viajes como medio de curación de la vanidad y del pesimismo. Los hombres y los pueblos solitarios, aislados, llegan con sobrada facilidad a creer que lo que ellos piensan y hacen es único en el mundo, así como a considerar que sus desgracias y defectos son exclusivos e irremediables, y sus anhelos y esperanzas no están compartidos ni cuentan, pues, con el posible auxilio de otros hermanos de la misma causa. Los viajes curan de todo esto. A los vanidosos y endiosados les muestran que lo que miraban como obra exclusiva suya, hace tiempo que está incorporado, por propio impulso, a la vida de otros pueblos, y que éstos han acertado, incluso, con formas más amplias, precisas y felices de resolver los problemas. A los pesimistas les enseñan que, para muchas

cosas de la vida, "**En Todas Partes Cuecen Habas**", porque todos somos hombres, y que para las más altas y nobles empresas se puede tener la seguridad de encontrar, en todos los países, cientos de luchadores que aseguran, en el conjunto humano, el triunfo final.

68.—**Lo interno y lo externo en la conducta.** En dos factores reside principalmente la felicidad o la infelicidad de los hombres: es uno el medio ambiente social; otro, las propias cualidades y defectos de cada individuo. Propendemos hoy a exagerar demasiado la influencia del primero y aminorar excesivamente la del segundo; y el doble resultado de este error es declararnos irreformables por propio esfuerzo en no pocas cosas, y aflojar el sentimiento de la responsabilidad individual.

Agrandando el peso de las circunstancias externas, créense los más sin ánimos ni empuje para dominarlas, y olvidan el empleo de esa fuente interna, de incontrastable empuje tantas veces, que se llama "voluntad".

Verdad es que muchos defectos y vicios individuales están producidos o sostenidos y halagados por la perversión del medio ambiente; pero ¡cuán a menudo se escuda nuestra flaqueza tras la acusación a la Sociedad! El holgazán, el vicioso, el iracundo, el vengativo, ¡cuán fácilmente hallan, en las condiciones del medio que les rodea, argumentos con qué justificar, ante el prójimo y ante sí mismos, las faltas de que adolecen! ¡Y sin embargo, muchas veces bastaría un esfuerzo de voluntad—adquirida ya la conciencia de la falta misma—, para sobreponerse a ésta y hacernos superiores al pretendido omnipotente medio externo!

69.—**Diferencia entre la inteligencia y la moral.** Al hombre de talento se le suele perdonar todo. Pero a

Bacon, que está bien en sus libros, no se le debe consentir que sea funcionario público.

70.—**El hombre de los bosques.** "¡El hombre de los bosques!.....pero tiene mucho talento", se suele decir de los huraños y los orgullosos. Está bien que cultiven el talento en la soledad. Los aplaudiremos; pero que se queden en el bosque. No tienen derecho a molestar en sociedad a los hombres que no son salvajes en ese respecto.

71.—**El sentido práctico y la contradicción.** Quien posea el sentido práctico de la vida y el impulso de **hacer**, tenderá siempre a considerar con preferencia, en los hombres, los puntos comunes en ideas y caracteres, y no los diferenciales.

El placer de la contradicción, muy polémico, es puramente intelectual. Está bien para los contemplativos y los líricos, que no son sólo los poetas, ya que abundan entre los filósofos. [Ninguno de esos hará nunca en la vida más que libros. No es poco, sin duda; pero es una sola cosa, y tal vez no la que quisieron hacer.]

72 —**Moral para intelectuales.** Soy de los que creen que todas las manifestaciones intelectuales son necesarias y, por tanto, dignas de respeto y de apoyo. Tan esenciales me parecen para la vida del hombre libre y culto la literatura, la música, las bellas artes todas, como las ciencias físicas o la gimnástica atlética. Aquel alfarero de TRABAJO (la novela de Zola) que embellece las fachadas de las viviendas nuevas con zócalos y frisos policromados que reproducen los brillantes colores de las flores y los frutos, es un hermoso símbolo de la utilidad que el más puro arte tiene para todos los hombres, y de la función de embelleci-

miento y sana alegría que le está encomendada. Pero artista, literato o científico, los quiero exteriorizados en obras; dando al mundo el fruto de su trabajo; haciendo producir a sus cualidades nativas algo de lo que todos puedan gozar o aprovecharse.

Los quiero activos y los quiero que, fielmente, correspondan a la representación que ostentan y al papel que en la obra social les atribuyen sus facultades. Con igual fuerza condeno el atesorar avaro de la riqueza material o el mantenimiento en ociosidad estéril de la tierra y demás instrumentos de trabajo, que la falta de cultivo de la inteligencia que se conoce a sí propia, o su pura utilización para lucimiento y solaz de quien la posee.

Pero el intelectual que produce, no realiza todavía con esto sólo el ideal de su función como hombre. Si produce por pura vanidad, por placer solitario y sin pensar más que en sí mismo, su obra será útil a pesar de él, pero el autor estará lejos de ser un espíritu moral. Para serlo en la vida exterior de la inteligencia, es preciso poseer un sentido social todavía poco frecuente; es preciso trabajar pensando en los otros, dedicando a los semejantes el fruto del trabajo, preocupándose del bien que puede traerles y considerando que cada uno de nosotros, al hacer lo que le cupo en suerte en la vida o aquello a que le inclinaron sus aficiones, constituye una parte del gran organismo social y cumple una función con la cual cuentan los demás hombres y cuyo incumplimiento es como una estafa a la acción combinada de todos. El que produce pensando así y viendo su obra de esta manera, SOCIALMENTE, no será nunca avaro de la cooperación y auxilio a los que de él necesitan, y sabrá elevarse, por encima de la pura creación estipendiaria, de la que sólo se da a cambio de dinero, hasta la franca y abierta comunicación a todos; y esto, no en pura cari-

dad, sino en acto de natural correspondencia a que le obliga su condición de ser social; en eterno y complejo cambio de servicios; pendiente y dependiente de todos, aun de los que puede considerar como más humildes, y mirándolos desde lo más original y propio de su carácter y condiciones.

Sólo éstos son los intelectuales dignos de consideración, los sabios útiles y respetables. Los demás, fuerzas perdidas en el gran laboratorio humano, no merecen a lo sumo más que una frase en que se condense la pena por su esterilidad, de que sufrimos todos. Hay que decir de ellos: "¡Lastima de talento!" pero no alentar su condición pasiva, o insulsamente derrochona, con ponderaciones y acogimientos entusiastas que suelen escatimar a los peor dotados naturalmente, aunque por su fervoroso y altruista trabajar son éstos más dignos de alabanza y de estímulo.

73.—**La medida del valor intelectual.** Todo cuanto se puede decir acerca de la utilidad de los viajes por el extranjero, está dicho y repetido infinitas veces. Sin embargo, la experiencia individual añade todos los días, a esas observaciones generales, nuevos puntos de vista concretos y procedentes de la particularidad que tienen los problemas de la vida y de la inteligencia en cada hombre y, también del cuestionario distinto que cada nación se formula, conforme a su estado, en la comparación reflexiva con otras: cuestionario que se refleja en la mentalidad de todos los individuos capaces de pensar en estas cosas. En otros términos: se propende naturalmente a observar en los pueblos extraños aquellas particularidades que en la psicología del nuestro más nos preocupan, sobre todo por su deficiencia o por su torcido desarrollo; y así, cada nación va aportando al conocimiento de las otras —y de sí misma—datos singulares y especialísimos.

Entre los que más pueden interesar a un español y quiza también a todos los de nuestra RAZA hállase el referente a la medida del valor intelectual de los hombres. España es un país donde la masa, y aun muchísimas gentes que se consideran cultas, ponen esa medida en la existencia de facultades personales más o menos poderosas. Lo que se estima y considera especialmente en quienes hacen profesión de vida intelectual, es el talento, el ingenio, la viveza de intuición, todo lo que es pura NATURALEZA. En cuanto a lo que significa trabajo, a las obras en que se suelen expresar esas facultades naturales, no solemos ser exigentes; nos basta que el sujeto dé pruebas de inteligencia en la conversación, en los pugilatos de café, en los discreteos de sobremesa, en la correspondencia privada, en el discurso circunstancial que brilla un momento y no deja rastro; y cuanto más aparatosos, chispeantes, ORIGINALES, paradógicas y agudas son esas muestras, más alto colocamos al individuo que las ofrece. El supremo elogio de un español, en este orden de la vida, se formula ordinariamente con esta frase: "Qué listo es! ¡Qué talento y qué gracia tiene!"

Los interesados suelen envanecerse de su valer personal, enumerando sus victorias sobre los contradictores en las disputas de sobremesa o de paseo, o la facilidad con que subyugan y anulan al interlocutor con el disparo de sus ocurrencias, de sus ingeniosidades y de sus inesperadas salidas.

Lo más lastimoso es que, muchas veces, tales sujetos poseen cultura, leen abundantemente y hasta son sabios en tal o cual rama de la ciencia, y aun en varias; pero son sabios para sí o para los amigos y, a lo sumo, para derrochar la sabiduría en trabajos de poco momento, en fuegos artificiales de dialéctica, en menudencias volanderas de puro efecto personal. En cuanto a obra de ciencia positiva, constructora; a colabo-

ración útil en el cultivo especial de las disciplinas que fundamentan su profesión; a marcar la huella de una acción fecunda en los organismos sociales a que pertenecen y en que podrían influir quizá de una manera honda y perdurable, ocioso es pedirles nada, ni, a la verdad, se lo piden los que les aplauden y les rodean. Cuando mueren esos talentos y esos sabios, no dejan en la vida otra estela que la de su fama tradicional, que se mantiene durante algún tiempo; pero que, como todo lo no abonado por las pruebas siempre presentes de las obras, se desvanece con la generación qué les conoció.

Cuando alguna vez se discute a esos hombres, alegando su falta de aportación positiva a la obra común, sus admiradores contestan invariablemente: "¡Ah, pero si él quisiera, si él hubiese querido, hubiera hecho tanto como el primero, porque le sobraban facultades!" Pero en los pueblos verdaderamente cultos, orientados a la moderna—y esta es una de las enseñanzas de los viajes a que antes hube de referirme —sólo se estima a los QUE QUIEREN y, por querer, traducen en acción útil su personalidad intelectual como autores de libros, como investigadores de laboratorios, como inventores de aplicaciones científicas, como promotores y organizadores de obras sociales, como directores y regeneradores de las instituciones que, por ventura, les han sido confiadas. En esos países, la medida del valor intelectual se formula en esta pregunta que os ataja en cuanto intentáis el elogio de un hombre: "¿Qué ha hecho? ¿Qué ha escrito? ¿A qué especialidad se dedica?" Y si a esta pregunta no podéis contestar con una lista que no es preciso que sea numerosa, pero sí sólida, de libros, de trabajos, de iniciativas prácticas, vuestro interlocutor hará un gesto de indiferencia y pasará a otro asunto.

En un viaje por Alemania, mi compañero el profesor

Hinojosa y yo hemos experimentado esto más de una vez. Ordinariamente, los especialistas alemanes o los de otras naciones que en Alemania encontrábamos, conocían bien a nuestros especialistas, a los que han acusado su personalidad con alguna obra que representa un paso nuevo en la ciencia, en la organización de los estudios o en la acción social de éstos: y cuando a su enumeración intentábamos añadir algún nuevo nombre, la contestación segura era esta: "No lo conozco. ¿QUE HA HECHO?" Y casi siempre, los ignorados eran los que nada han hecho de valor, por muy altas que sean sus facultades intelectuales.

Por lo común en esos países cultos, los jóvenes procuran darse a conocer con obras serias, positivas, que aportan algún elemento apreciable a la labor general, en vez de singularizarse en el corro de los compinches por el derroche de ingenio, o de llamar a las puertas de la atención frívola con obra negativa de contradicción y de pura crítica por el solo placer de apabullar al contrario y mostrar MAS TALENTO que él o más saber menudo. Precisamente una de las cosas que más sorprenden—en Alemania, sobre todo—es la juventud de muchos de los hombres de notoriedad abonada por una labor considerable y fructífera. Las gentes no se pasan la mitad de la vida templando, como el guitarrista del cuento.

Y ello es lo que, a mi juicio, ha marcado por mucho tiempo una de las diferencias más notables entre nuestra cultura y la de las naciones que estimamos justamente como superiores. Nuestra inferioridad científica estribó en esto. Allí la inteligencia es un medio de producción, cuanto más perfecto, mejor sin duda, pero que se emplea directamente en el trabajo positivo y que sólo vale en cuanto es instrumento y según lo que crea. Entre nosotros fué un adorno brillante que lucimos en pura exterioridad; con el que la-

bramos una reputación volandera y de cenáculo; y al que no sabemos sacarle, la mayoría de las veces, el efecto útil, el interés que corresponde a la cuantía de su capital.

Y quizá esto depende—entre otras cosas—de que nos faltó el punto de vista SOCIAL en la apreciación de la vida, y que lo puramente individual sigue siendo el centro de nuestra conducta y de nuestros afanes. Corregir este defecto no es, sin duda, uno de los menores cuidados de la educación intelectual a que la Universidad y la escuela deberían atender en primer término.

74.—**El progreso de las ideas nuevas.** Todo progreso (en el sentido de mejora social) no es, por fuerza, el resultado de una idea nueva, recién llegada; ni cada idea nueva significa un paso más en la mejora o perfección de la vida social. Sin embargo, hay muchos idólatras de la novedad y despreciadores de lo de ayer.

De hecho, las mejoras que principalmente anhelan los hombres para su vida y que pocas veces consiguen, son puras realizaciones de ideas viejas, tan viejas como la humanidad, pero que no fueron antes convertidas en leyes, y menos aún en sentimientos y en conducta.

75.—**Venganza y justicia.** Con frecuencia oigo decir a los que, como yo, sueñan en una sociedad mejor que la presente, purgada de vicios y maldades, que, llegada la hora, será preciso vengar los agravios recibidos de quienes hoy explotan la miseria, la debilidad y la ignorancia. Pena me da oír tales palabras en boca de los reformadores, porque ellas son la mayor negación de su mismo ideal. Vengarse es retroceder a los tiempos bárbaros de la vida humana; es hacer que perdure el concepto abominable que por tantos siglos

ha guiado al llamado Derecho penal; es fundar un mundo nuevo sobre la base todavía más firme y aborrecible del mundo viejo.

No. Si nuestras aspiraciones han de valer para algo en el camino del verdadero progreso; si nuestra obra ha de tener solidez y ha de significar algo positivo, será porque inspiremos aquellas y asentemos ésta sobre la base de la justicia más rigurosa, cuya condición principal es el renunciamiento a la violencia: y la venganza es violencia animada por la pasión del odio. Inaugurar el reinado del Derecho con una negación del Derecho mismo, es condenarnos a esterilidad perpetua. Tolstoy tiene razón cuando dice: "El mal sólo puede engendrar males".

Pero entonces, preguntarán algunos, ¿habrán de quedar impunes los delitos de tantos como hoy escapan al Código penal, cuando debían estar sometidos a él con mayor razón que muchos de los que sufren sus rigores? Tranquilizaos; no será así. Mas, para ello, no hace falta la venganza; es suficiente la justicia. Hoy mismo, con nuestra antigua legislación deficiente y parcial, si se aplicara con rigor, si con ella se midiese a todos por el mismo rasero, muchísimos de los explotadores y atormentadores caerían, porque sus actos se basan en la injusticia. ¿Qué no será el día en que, mejorada la condición de nuestros órganos de gobierno, dispuestos los hombres a cumplir la ley del Derecho, se impongan a todos por igual, sin consideración a jerarquías y posiciones y el delincuente no pueda hallar refugio en caçicatos y recomendaciones para seguir burlándose de los buenos? Con que seamos justos, basta para que nadie escape a la sanción que merece. Y entonces no serán los odios quienes dicten las sentencias: será el Derecho mismo, por cuya realización luchan hoy los hombres de buena voluntad. La penalidad jurídica bien entendida, sin palizas ni tormentos (como la entendió y predicó Doña Concep-

ción Arenal), no sólo favorece a la Sociedad aislando de ella a los que dan mal ejemplo, sino que, a la vez, pone a éste en condiciones de ser útil y de reflexionar para reformarse.

No caigamos de nuevo en el error de algunos hombres de "buena voluntad" en quienes existe un excesivo fermento de misericordia con el que se inutilizan, una vez conseguida la victoria, para aplicar a los vencidos la justicia que merecen: y así empollan la guerra futura.

76.—**Sentimiento y derecho.** Hoy día es muy frecuente despreciar con exceso el valor del sentimiento en la obra de la reforma social. En nombre de la "política positiva", del "sentido práctico" y, sobre todo, del reconocimiento pleno del derecho, se rechazan como inadecuadas, y aun perturbadoras, las manifestaciones sentimentales con que muchos hombres acuden al remedio de tristezas y miserias de sus semejantes. Así, verbigracia, se condena la caridad; y no sólo la caridad mal entendida, arbitraria, ciega o vanidosa, que con razón ha censurado Mr. Carnegie, sino la misma caridad que sabe lo que hace y lo hace sin aparato, como la que predicaba y practicaba la insigne doña Concepción Arenal. Tengo por indiscreta semejante condenación.

Es verdad—y hay que decirlo muy alto y a todas horas—que lo que debemos COMO DERECHO a nuestros semejantes, en forma de Derecho se lo hemos de dar y no por pura conmiseración y a título de gracia. En no reconocerlo así consiste el error de una parte del llamado "socialismo cristiano". Pero, además, hay que tener en cuenta muchas otras cosas de psicología social e individual. En primer término, hay muchas relaciones humanas que unos llaman jurídicas y otros morales, que dependerán siempre de "la buena voluntad", de los "buenos sentimientos" de las gentes, sin

que puedan exigirse a la manera que exigen las admitidas y sancionadas por la ley o por la costumbre de derecho. Por otro lado, hoy vienen a reconocer todas las escuelas que el verdadero cumplimiento de la justicia no está en el hecho exterior, sino en la intención moral, en el deseo íntimo de cumplirla, en el movimien espontáneo del sentimiento y de la voluntad que reconocen y aman lo justo.

Ahora bien; en las mismas relaciones que hoy no son todavía de derecho positivo—verbigracia, muchas de las que supone el programa de los partidos obreros —la actitud de los hombres que las cumplan por puro impulso sentimental, humanitario, sin considerarlas como DEBIDAS EN DERECHO, podrá no ser (en muchos casos no lo es, en efecto) la actitud verdadera, la justa: pero ¿cómo dudar que ayuda eficazmente al advenimiento de ésta y que es, en el espíritu mismo de los que así obran, el primer paso—y de gran valor— para llegar a la actitud plenamente jurídica? Claro es que me refiero a los que practican la caridad (en su más amplio sentido, no sólo la caridad de la limosna) por motivos buenos, no por ostentación, ni siquiera por temor a castigos futuros. Muchos, muchísimos hombres no han salido aún de ese estado imperfecto (imperfecto por lo que toca a ciertas relaciones) en la comprensión de sus deberes para con el prójimo. ¿Habremos de despreciar toda esa obra útil, buena, sólo porque no es TODO LO JURIDICA que debe ser o que nos parece que debe ser?

En la obra de la reforma social, todos los elementos son necesarios. Acojámosla todos y no despreciemos indiscretamente el concurso de aquella parte de la humanidad que, si no alcanza todavía la conciencia plena del Derecho, está en camino de ella, guiada por los im-

pulsos de un sentimiento que, intermitente y todo, y aún vencido a menudo por el egoísmo, vibra a impulsos del bien y del amor al prójimo.

77.—**El criterio de autoridad.** Los hombres modernos se ufanan de haber suprimido en su razonamiento el criterio de autoridad (**magister dixit**); pero todos se apoyan, cuando defienden su opinión, en lo que han dicho otros. Eso quiere decir que el pensamiento ajeno, cuando coincide con el nuestro, conserva una fuerza lógica y moral de que el egoísmo de nuestra inteligencia no sabe prescindir.

78.—**Maneras de bondad.** Es un error creer que todos los hombres poseen el mismo modo de bondad; y mayor error aún empeñarse en que los demás han de amoldarse a nuestro modo y que fuera de él no es posible que nadie sea bueno. De ahí vienen muy frecuentes equivocaciones en el juicio que formamos respecto del carácter y las condiciones naturales de orden moral respecto de nuestros prójimos que no conocemos a fondo. Verdad es que son muy pocos los hombres, aun los del círculo de nuestras relaciones sociales, que llegamos a conocer así.

79.—**La finalidad de la vida.** Todos hemos experimentado alguna vez la amargura de horas o días en que no encontramos finalidad a nuestra vida, en que no sabemos responder por qué o para qué nos esforzamos en prolongar una existencia que exige trabajos y sacrificios y en la que no vemos satisfacción compensadora, porque todas las que acariciábamos antes se han desvanecido. Por fortuna, esas crisis son pasajeras en la mayoría de los hombres. En unos, porque recobran la ilusión que les sostenía antes; en otros, porque se resignan a no tener ninguna y reanudan la la-

bor cotidiana que no aman, pero de la que no pueden desprenderse sin comprometer la vida misma.

La única crisis que no se logra vencer más que dejando de pensar en ella, es la de la inutilidad final de la civilización—no para el individuo, sino para la especie,—si ha de llegar un día (inmensamente alejado en el tiempo, pero seguro) en que la vida humana será imposible en la Tierra o ésta desaparecerá de pronto destrozada por un choque estelar. En estos momentos de desilusión, lo único que sobrenada como un deber (el más grande deber del hombre en la vida terrena) es la necesidad de la civilización moral, en cuanto ésta mira a la disminución y el consuelo de los sufrimientos espirituales y físicos de la humanidad mientras ésta exista, si es que no fuere eterna.

80.—**El placer de dar.** Maupassant, en **Fort comme la mort,** explica el placer que se tiene en regalar a la persona a quien se quiere, y por el sólo placer que así se le procura. Lo perfecto en eso sería gozar con dar a todos y con procurar a cada hombre de los que tratamos, el momento grato correspondiente a un pequeño placer que se pone a su alcance de conformidad a sus aficiones: un libro, un grabado, unas flores, una audición de música..... incluso la conversación. Pero esas son caridades (o filantropías, si se prefiere llamarlas así) a que todavía llega muy poca gente.

81.—**Ecuanimidad y justicia: cuando hacen más falta.** Ecuanimidad no es ni indiferencia en las alternativas, ni adopción de un eclecticismo de término medio. Es, sencillamente, reconocimiento de lo bueno que cada doctrina, partido, pueblo o individuo posee, aunque pertenezca a otra doctrina, pueblo o partido político que quien las juzga. Representa una manera del espíritu de justicia superior a toda opinión propia y

a todo interés egoísta. Por ello la ecuanimidad es una de las cualidades más raras y difíciles del espíritu humano y, a veces, está más allá de las fuerzas humanas, tal como las posee la inmensa mayoría de los hombres.

Aún así, es posible, en la vida normal y en el terreno de las luchas puramente doctrinales y teóricas, mientras el individuo no recibe algún daño de los hombres o de las cosas respecto de las cuales desearía mantenerse, o se ha mantenido hasta entonces, ecuánime. Pero cuando se convierte en una cualidad heroica y sobrehumana es si hay que mantenerla después de haber recibido un daño de la otra banda, o de haber presenciado el daño injusto inferido a otros. Entonces, la condición humana impone, casi siempre, una reacción de protesta que lleva sin remedio a la injusticia en su forma de no ecuanimidad.

Y sin embargo, en esos casos es cuando más falta hace ser ecuánime; ver con ánimo más sereno los hombres y las ideas de donde vino el daño, sin cerrar los ojos o los oídos a la explicación del daño mismo, y menos aún a todo lo demás que haya o que pueda ser bueno o escapar del campo de lo malo en la persona o personas que nos han herido. Llegar a vencer en esa lucha de justicia, es lo que hace que algunos hombres alcancen a ser, a veces, verdaderamente justos.

82.—**La incomprensión llama a la benevolencia.** Hasta hoy, los libros de viajes y la experiencia que cada cual recoje en ellos, han ofrecido numerosos ejemplos de la dificultad que cada grupo de hombres tiene para comprender a los demás. Cierto que, la mayoría de las veces, aquellos libros son producto de una observación (rápida, breve y unilateral) de lo muy complejo que suele ser cada espíritu y, con mayor razón, cada uno de los grupos humanos; pero de todos

modos, el valor de ejemplo que poseen los libros de viajes, persiste, aunque sólo sea como demostración de los métodos insuficientes que los hombres emplean para juzgarse unos a otros.

Después de 1918, la intensidad y la extensión que ha tomado la vida internacional en forma de Comisiones, Consejos, Tribunales, Congresos, etc., están ofreciendo un nuevo ejemplo de más valor todavía que los Viajes. El hecho de que durante meses, y aun años, hombres de diferentes países trabajen juntos, convivan en muchos otros respectos, cambien ideas y se observen mutuamente, se presta bien a comprobar el resultado de esa aproximación permanente durante grandes lapsos de tiempo. Por eso sería muy instructivo (si fuera posible) obtener, en el seno de cada uno de esos grupos, una información amplia y sincera de las experiencias cumplidas, la opinión (de conjunto o referida a tales o cuales aspectos espirituales) que cada uno de sus miembros ha formado de los otros después de períodos más o menos largos de convivencia. Por mi parte, temo que, no obstante esto, la idea que cada cual haya adquirido de los demás sea, por lo general, muy deficiente; y en no pocos casos, absolutamente errónea.

Pero conviene advertir que nada de lo que he dicho tiene por consecuencia indeclinable una posición pesimista en cuanto a la posibilidad de entenderse o de vivir en buena armonía los hombres de razas y civilizaciones diversas. Por el contrario, mi conclusión es que, conformándonos a la condición quizá inevitable que poseen algunas de esas dificultades, debemos ser cada día más benévolos y comprensivos en cuanto a los errores de los demás respecto de nosotros, y pensar que nosotros también los cometemos respecto de ellos, lo que nos obliga a no decidir, y más aún a no obrar con ligereza y violentamente.

83.—**Imágenes convencionales.** La opinión pública está siempre equivocada respecto de los hombres visibles, y es inútil tratar de rectificarla. Se ha formado una imagen convencional y no se apea de ahí.

84.—**Intransigencia y liberalismo.** Hace años oí referir, a aquel hombre bueno e inteligente que se llamaba Gumersindo de Azcárate, una conversación tenida por él con Alejandro Pidal, sobre el tema de la tolerancia y la intolerancia.

En un momento de ella, Pidal dijo:

—Desengáñese usted, Azcárate, ustedes los liberales llevan siempre las de perder.

—¿Por qué?—preguntó don Gumersindo.

—Porque ustedes no pueden moralmente quemarnos, y nosotros a ustedes sí—contestó Pidal.

Y tenía razón. El caso de conciencia es absolutamente opuesto en una posición y otra.

Años más tarde, las doctrinas extremistas que se llaman vulgarmente de izquierda, al rechazar el liberalismo, han venido a quitarle la razón a Pidal; pero a costa de la única doctrina de paz y convivencia que la humanidad ha inventado.

85.—**Como si.....** En las ciencias de la Naturaleza existen teorías que representan, para la investigación de la verdad, bases que no consisten en afirmaciones categóricas, sino en imágenes de analogía. Así, en vez de declarar que los cuerpos estelares (los planetas) se mueven de una determinada manera, se dice que se mueven **como si** tal causa actuase sobre ellos. La ley de la gravitación, de Newton, es un buen ejemplo de esto.

Las ciencias antropológicas espirituales, y principalmente las de objeto social, no han llegado todavía a ese grado de honradez científica y de precisión; y

sin embargo, bien miradas las cosas, parece que en ellas debería ser más frecuente que en las naturales y no traspasar el límite del "como si" para caer en el campo de la afirmación absoluta. Tal vez si el "como si" se emplease en ellas con respecto a muchas cuestiones políticas, económicas, etc., fuera más facil a los hombres entenderse mutuamente, y se evitarían algunos dogmatismos fanáticos.

86.—**Eautantimorúmenos.** Hay muchos hombres buenos, verdaderamente buenos en su conducta respecto de los demás, que si les preguntásemos por qué (a base de razón) son así, no podrían darnos una respuesta satisfactoria.

Pero el hombre es realmente un **Eautantimorúmenos.** No se contenta con creer (cosa tal vez más de sentimiento que de razón), sino que quiere a todo trance saber si su creencia tiene base racional; es decir pretende guiar su vida a fuerza de razón, como se demuestra un teorema matemático.

Por fortuna, la falta de lógica que prácticamente guía nuestra vida, hace que los hombres buenos sigan produciéndose conforme a su inclinación, aunque en la intimidad de su espíritu les atormenta el drama de no hallar base trascendental a su conducta.

87.—**Días cortos y días largos.** Cuando yo era joven y, a veces, me quejaba del paso rápido de los días, me solían contestar las personas mayores, que a medida que se avanzaba en edad, los días y los años parecían más cortos, quizá porque entonces se veía que cada vez estaba más cerca el fin de ella.

Pero, luego, la experiencia de la vida me viene enseñando que esa explicación era puramente romántica. porque, de hecho, los días y los años nos parecen efectivamente más o menos largos o presurosos, no por razón de la edad, sino de la acción con que los llenamos

y de la esperanza, la felicidad efectiva, la infelicidad o el dolor que en ellos sentimos o padecemos. Un espíritu sano, nunca se dejará llevar, por pura sensiblería, a entristecer su vejez con la obsesión de que cada hora le acerca más al momento de la muerte, o con la ilusión de que, por eso, corre el tiempo con ritmo más vivo que en la juventud.

Sólo si entonces nos ensombrecen grandes penas o dolores insufribles, o si la vida ha derrotado todos nuestros más queridos ideales, el fruto espiritual de nuestros trabajos o la fe en los hombres, es cuando los días nos parecerán inacabables, porque ansiamos el descanso absoluto para el alma transida y desesperada.

88.—**Crueldad espiritual.** Negar la libertad de conciencia a los creyentes y perseguirlos porque creen y rinden culto a su fe, no sólo es el atropello de un derecho fundamentalmente humano, sino también una de las más grandes crueldades que se pueden cometer de hombre a hombre, desde el momento que arrebata a una gran parte de ellos el consuelo apaciguador en los más terribles dramas de nuestra vida.

Verdad es que no hay nada más cruel que la seguridad de poseer la verdad absoluta, aunque sea negativa, respecto de todas las creencias ajenas.

89.—**Cambio de tormentos.** Una de las notas características de los hombres del romanticismo, fué el atormentarse a sí mismos con problemas imaginativos y dolores llevados a la categoría de catástrofes apocalípticas.

Desde hace algunos años, los hombres han variado de locura: prefieren atormentar al prójimo; y no ciertamente por motivos sentimentales como los románticos.

90.—**El silencio en el dolor.** Al comienzo de la guerra de 1914-18, los indiferentes y los egoístas insensibles a los dolores ajenos, como aquel "hombre pacífico" de un cuento (**La Niebla**) de Selma Lagerloff, inventaron un letrero que hizo fortuna, porque cubría la negativa a preocuparse del drama universal y de discutirlo. Ese letrero decía: "No me hable usted de la guerra".

Pero hay motivos muy hondos, que nacen precisamente de la más pura sensibilidad para el dolor ajeno, que imponen a veces el silencio ante el espectáculo de los grandes dramas de la violencia y de la crueldad que acompañan a la guerra. No de otro modo la pena que origina la muerte de una persona amada o sus sufrimientos, rehuye la palabra y se refugia en la soledad o el mutismo durante largas horas; no para ahogar el propio dolor, ni mucho menos para olvidarlo, sino para sentirlo mejor, cara a cara con el propio espíritu, ahondando en él para encontrarle todo el jugo de amargura y desesperación que contiene.

Ese silencio es todo lo contrario del que buscaba aquel letrero. En vez de proceder del egoísmo, señala una más íntima y trágica participación de los sufrimientos ajenos.

91.—**Dogmáticos y no dogmáticos.** Se han hecho muchas clasificaciones de los hombres desde el punto de vista espiritual: buenos y malos; activos e indolentes; pacíficos y violentos; optimistas y pesimistas; avaros y generosos; dulces y duros; sentimentales y fríos; egoístas y humanitarios; creyentes y descreídos, etc. Todas ellas tienen importancia para la vida intelectual; y aunque también pueden trascender a la vida social, a la convivencia, puesto que toda función en el orden humano es afectada profundamente por el órgano individual que la ejecuta, sólo algunas de ellas son directamente trascendentes a la colectividad.

De estas últimas, la que más se menciona y se estudia es la clasificación moral: buenos y malos; es decir, hombres dominados por las pasiones y hombres que naturalmente escapan a ellas, o consiguen vencerlas más o menos por la educación o por los hondos sentimientos religiosos. La importancia de esa clasificación procede del hecho de que muchas de las pasiones actúan por fuera de la vida individual, ya por radiación natural o ya porque el campo de acción de su desarrollo es propiamente social y sólo puede satisfacerse a costa de los demás individuos: tales, por ejemplo. la envidia; la ambición de mando; el apetito de las riquezas sin escrúpulo del medio para lograrlas; la venganza.

Pero existe otra clasificación correspondiente a hechos objetivos constantes si se observa detenidamente a los hombres, y que tanto como la que estriba en las pasiones, (a veces más), influye en la vida social y separa fundamentalmente dos especies de espíritus: los dogmáticos y los que no lo son. Ella señala el apartamiento quizá más grande e irreductible entre los hombres. Ella los conduce a prácticas sociales diferentes y enemigas, y ha promovido en todos los momentos de la historia, pero quizá más que ninguno en los cuatro últimos siglos, las más apasionadas luchas sociales.

El dogmático, puesto que cree poseer la verdad única, absoluta, no concibe el cambio de ella—es decir, lo que se ha llamado el progreso,—y tiende inevitablemente a imponerla a los demás, incluso (a su juicio), por la humanidad, para salvarlos del error.

El no dogmático conoce que mucho de lo que sabemos en cada momento de nuestra vida, es provisional, y debe quedar abierto a la rectificación de la ciencia, lo mismo en el orden de los conocimientos naturales que en el de los sociales; cree que no pocas de las opi-

niones humanas divergentes son posibles porque, aún no conteniendo ninguna toda la verdad, poseen parte de ésta; y sospecha (la experiencia de los cambios humanos en la historia apoya este supuesto) que sobre muchas cosas el hombre no posee todavía la verdad o no llegará nunca a conocerla y, por tanto, todo lo que sobre ella se diga es posible y respetable. Por eso mismo es tolerante y defiende la libertad de la especulación.

En ningún instante de la historia humana se ha percibido con más relieve que en el presente esa división de los espíritus; y por ello salta a nuestra vista la imposible reducción de ambos grupos humanos. La diferencia es sustancial: la oposición entre la verdad y el error. Sólo que los hombres llaman verdad, muchas veces, a lo que creen que es verdad, a su verdad individual; y respecto de ella, la vanidad humana es la pasión más fuerte e inexorable, aunque no se alíe con la ambición, la envidia o el orgullo.

92.—**Sabiduría y novedad.** Hay una especie de sabios, mucho más numerosa de lo que se cree, cuya psicología íntima es muy análoga a la de las mujeres coquetas, que están esperando siempre el último figurín para adaptar a él sus ropas y sus afeites.

Lo peor es que a esa especie de sabios corresponde una masa de público que se deslumbra, más que por nada, por la novedad de las ideas y de las palabras, aunque muchas veces éstas sean tan sólo disfraces técnicos o pedantes de cosas viejas.

93.—**El ángel y la bestia.** Todo el mundo conoce la frase de Pascal: "L'homme n'est ni ange ni bete": es decir, según el pensamiento del mismo autor de ella, que el hombre es las dos cosas a la vez. La observación vulgar de la vida y la científica de los psicólogos han confirmado cada vez más esta sentencia.

Pero cabe interpretarla de dos modos: como expresión de una realidad que se encuentra íntegra en todos los individuos, los cuales no se diferencian entre sí más que por la proporción entre ambas cualidades y su práctica respectiva; o como una realidad doble cuyas dos partes no se encuentran reunidas siempre en un mismo individuo. Esta segunda intepretación simplista, que en algunos períodos ha prevalecido en la literatura y que es todavía la del vulgo, ha sido completamente derrotada por la ciencia.

No obstante, cabe todavía precisar más las cosas. Si tenemos en cuenta todo lo que precede a la frase de Pascal en su mismo escrito, lo que expresa no es lo que supone en el hombre la doctrina moderna de la posibilidad humana, tanto en el orden de la inteligencia como en el de los sentimientos y la conducta, sino más bien la mezcla esencial en la naturaleza humana de cualidades superiores (la de pensar, como primera de todas) y de cualidades detestables, cuya existencia explica el apologista francés por el hecho y la influencia del pecado original. La doctrina de la posibilidad considera al hombre en potencia constante de ser muchas cosas: bueno, malo, mediano, enérgico, apático, etc., según las circunstancias de la vida. La doctrina de Pascal lo estima, de hecho, a la vez bueno y malo siempre, y señala el camino de la redención para anular o al menos reducir mucho la bestia y para aumentar el ángel. Salva pues a la humanidad de la perenne eventualidad en que la coloca la otra doctrina, que deja en la incertidumbre más grande el futuro de la vida individual y la historia de la especie.

Pero no es ese el problema que ahora me interesa considerar, sino el de si en la naturaleza humana, considerada particularmente desde el punto de vista moral, todas las cualidades o posibilidades son educables y por lo tanto, vencibles, de modo que el hombre pue-

da ser cada vez mejor; o, por el contrario, la parte bestial del hombre es irreductible, y por muy grande que sea la perfección alcanzada en las facultades nobles de su naturaleza, siempre que se ofrezca la ocasión el hombre será víctima de sus pasiones y hará víctima a los demás. La experiencia histórica parece probar que, al contrario de las civilizaciones que declinan y se pierden, las pasiones humanas nunca sufren eclipse; perduran y ejercen siglo tras siglo su influjo malévolo sobre la vida individual y social. Pueden en ésta producirse a veces, períodos en que el imperio de las maldades humanas cede hasta un mínimo que da la apariencia de su curación y la ilusión de que cada vez mejorará; pero esos períodos son tan breves, que semejan ensueños, porque bien pronto son reemplazados nuevamente por el azote de todas las brutalidades. La prueba mayor de que ésta es la realidad humana, por lo menos hasta hoy, se halla en el hecho de que casi todos los hombres moralmente refinados de los pueblos más altos se truecan en fieras en cuanto les domina un fanatismo de los muchos que aquejan al espíritu humano, o cuando la guerra (tan fácil de producir a poco que lo quiera un hombre o un grupo de hombres ambiciosos y llenos de orgullo) vuelve a azotar la vida de los pueblos.

El mismo Pascal expresó esta facilidad del tránsito brusco de la moralidad de la vida pacífica a la furia homicida, en aquella frase de sus **Pensamientos** que tan agudamente define la amoralidad de la guerra, conjunto de todas las crueldades que caracterizan la condición humana:— **"Pourquoi me tuez—vous?—Eh, quoi! ne demeurez pas de l'autre coté de l'eau? Mon ami, si vous demeuriez de ce coté, je serais un assassin et cela serait injuste de vous tuer de la sorte; mais puisque vous demeurez de l'autre coté, je suis brave et cela est juste'**

La conclusión a que se llega por el camino de estas consideraciones es que el ángel que hay en el hombre sólo se realiza en algunos individuos, pero nunca en la especie; y que en la mayoría de los hombres es tan sólo condición pasajera y deleznable.

94.—**Muerte y vida.** Sabes que has de morir e ignoras cuándo te alcanzará la muerte. Ni la certeza de lo primero, ni la incertidumbre de lo segundo (¿dentro de un año, mañana, ahora mismo?) deben perturbar el ritmo de tu vida, amargarte la satisfacción de vivir o amenguar la plena libertad de tu espíritu para el trabajo.

Reanuda todos los días tu labor con la esperanza y la fe de que has de terminarla, como si creyeses ser inmortal; sin que detenga tu mano la zozobra de que, de pronto, en el momento inmediato, puede quedar paralizada. Sólo los espíritus débiles o muy vanidosos, para quienes la muerte es la suprema injusticia contra el valor de su existencia, viven atormentados por esa zozobra y le sacrifican horas preciosas durante las cuales pudieran crear cosas útiles a la sociedad y a sí mismos.

95.—**Lo circunstancial y lo eterno.** En los momentos de gran crisis individual o social, los hombres piensan, con aparente razón, que no hay más cuestiones interesantes que las del momento. Olvidan así las condiciones eternas de la vida humana, que son, naturalmente, perennes y las únicas que dan solución a los problemas humanos fundamentales inmanentes en todas las crisis.

Esas cuestiones de momento son también las que ahora más profundamente inquietan. ¿Derecha? ¿Izquierda? No, otras cosas más hondas, sin las cuales ni la derecha ni la izquierda pueden satisfacer, ni asegurar la tranquilidad de los hombres y la razón de vivir.

96.—**Neutralidad y verdad.** No recuerdo de quién es la frase siguiente: "Quand deux partis ont tort, celui qui se tient neutre, et qui par conséquent, a raison, est vexé par l'un et par l'autre"; pero indudablemente hay en ella un error, quizá porque el pensamiento que hubo de sugerirla fué mal servido por la expresión empleada. Reconocer el error de dos partidos opuestos, no conduce lógicamente a la neutralidad en el sentido con que se usa ordinariamente la palabra; es decir, a la indiferencia respecto de ellos. Esta posición se explica en el Derecho internacional, porque corresponde a la negativa de participar en las luchas a que la oposición conduce; pero intelectualmente, no es posible. Su consecuencia lógica no puede ser otra que la de repudiar por igual ambos errores, por de pronto; quizá también, luego, adoptar una tercera posición que puede ser la del término medio—si razonablemente procede,—o la de una doctrina muy diferente de las dos que se estiman erróneas.

Lo cual no quiere decir que la posición neutral—no adherirse al uno ni al otro—sea suficiente para librar, a quien la adopta, de verse atacado por ambos, como dice la frase copiada. En esta conclusión a que llegó el autor de la frase, acertó plenamente.

97.—**Los talismanes.** Una de las muchas demostraciones de la ignorancia de la humanidad respecto de los problemas fundamentales de la vida humana, es la manera de proceder los hombres (la inmensa mayoría de los hombres) en punto a la superstición de los talismanes.

He conocido y veo cada día sujetos que no creen (piensan que no creen) en los talismanes, (por ejemplo, la buena suerte que trae el número 13, o un ½ gould, o el trébol de cuatro hojas) y que, probablemen-

te, no buscarían intencionalmente ninguna de esas cosas; pero que si las encuentran a mano, concluyen por guardarlas con un: "¿Quién sabe?"

Eso quiere decir que dudan de su incredulidad y reconocen como posible que los crédulos tengan razón.

98.—**Dificultad de apreciar las cosas.** Se ha dicho del **Emilio** de Rousseau que su primera lectura desencanta porque no revela toda la riqueza de su contenido ni justifica toda su fama; pero que si lo volvemos a leer, ambas cosas se nos descubren.

Pero eso se puede decir también de todo lo grande del mundo, desde las obras de los hombres a los espectáculos de la Naturaleza, (el mar, las montañas, el Cañón del Colorado.....) Rara es la cosa verdaderamente grande, en una u otra de esas esferas, que desde el primer momento revele toda su belleza o su verdad y produzca la plenitud de emoción de que es susceptible.

99.—**Peor que la injusticia.** Hay algo peor que la injusticia, y es el creer **justo** perseguir, atormentar y matar al prójimo sólo porque no aprecia como nosotros ciertos problemas de convivencia social, de organización del Estado, o de concepción del mundo; porque contra la convicción de proceder **justamente** de ese modo, pierden valor todos los argumentos de conciencia y de derecho, y sólo cabe dominarla mediante la violencia, que ya es, en sí, una injusticia.

100.—**Miserias humanas.** Vulgarmente se cree que los defectos más comunes entre los hombres son la vanidad y su primo hermano el orgullo. Si para decir esto se cuenta con todas las manifestaciones del amor propio, aun las menos insolentes, la creencia puede ser fundada.

Pero valdría la pena de observar a fondo si, en realidad, no hay otros defectos humanos tan comunes o más que los antes dichos, a saber: la crueldad y la mentira, y quizá más el segundo que el primero.

De la crueldad—signo especial del hombre,—ya sabemos, por experiencias modernas, cuán fácilmente despierta en el alma de los individuos y de las masas en cuanto se las hurga un poco en nombre de las vanidades o de los apetitos más elementales de la gente humana: la egolatría, la independencia, la venganza, la dominación y la gloria y, también, el miedo. A conjuros tan fuertes, aun los hombres más inofensivos en los tiempos de paz se vuelven feroces y, por tanto, la proporción de los crueles llega a 100 por 100.

En cuanto a la mentira, todo el mundo sabe que es la sombra de la política y que juntas van por el mundo atadas por una necesidad invencible. Cuanto más dogmática e intransigente es la política, más amplia y grave es la mentira que esgrime contra el enemigo. En materia internacional, el mentir es un arma ilícita si la emplea el otro bando; lícita, hasta el punto de formar parte del sistema de armamentos, si se emplea en provecho propio. Entonces toma el doble aspecto de desprestigiar al adversario calumniándole, y de negar la misma evidencia de los actos propios. Por de contado, todo esto se hace en nombre de la justicia, del derecho e incluso de Dios; quien, naturalmente, ayuda a la vez a todos los Estados.

Y lo cierto es, que si para los espíritus sanos la crueldad inspira horror, la mentira produce asco y contribuye más que ninguna otra característica humana a despreciar a la especie humana.

Este desprecio sólo alcanza a cohonestarlo el sentimiento de conmiseración que nos debemos unos a otros y que obliga a procurar, con todas nuestras fuerzas y

siempre que podamos, el alivio de las miserias que aquejan a los hombres; precisamente, por ser como son.

101.—**Anticipaciones.** (1) Varias veces he meditado acerca de ciertas frases que con frecuencia oímos decir con relación a filósofos, juristas, literatos y artistas de toda especie: "**Se anticipó a su tiempo.** Parece un escritor de hoy día".

¿Qué quiere decir realmente esa frase?

Y en primer término, ¿es posible que un hombre pueda pensar y hacer más allá de lo que es dado a la mentalidad del tiempo en que vivió? Dada la ignorancia que el **presente** tiene, necesariamente, del **futuro**, ¿cómo es posible que nadie se adelante a un futuro que no existe y que nadie puede predecir cómo será?

Por otra parte, y aún si fuera cierto que en todas las épocas de la Historia han vivido hombres cuyos pensamientos y actos creadores ofrecen verdaderas novedades con relación a lo que la masa sabe, cree, dice y hace, esas novedades, aunque disuenen de lo vulgar y sólo en este aspecto sean **nuevas**, no son menos de la misma época que éste y fruto natural de los problemas que lo agitan y de los hechos que provocan esos problemas.

Si en otra época posterior, más o menos lejana, llegan a convertirse esas novedades en creencias o en regla general de hacer, no será porque la precedente las haya inventado y sus creadores las adivinen; sino porque, saliendo de su existencia individual, se difundieron y la inteligencia y la sensibilidad de los sucesores han reconocido su valor. Es pues una generalización de un hecho anterior, ocurrido en otro tiempo y que precisamente por haber podido nacer en él es posible que se

(1) Ver la Máxima 30.

haya difundido después. No hubo pues un hecho de **anticipación** en el pasado, sino un hecho de aceptación en el futuro por la masa, de lo que antes fué una singularidad de uno o de varios. La existencia de muchas de esas novedades que han tardado siglos en ser apreciadas como algo útil por los hombres, o (por ignorarlas) las han recreado mucho después, demuestra claramente la cualidad de ellas en punto a su origen.

Lo que encontramos de **moderno** en un antiguo, no es, por tanto, más que lo que de él hemos aceptado y a él debemos. Somos nosotros los que seguimos viviendo de él, y no él quien nos arrebató, por adivinador, una cosa que pretendemos haber creado.....

Así, el encontrar (verbi gracia en Sófocles) un hombre de hoy, muchos de sus pensamientos actuales, lo único real es que nosotros vivimos de lo que pensó Sófocles; es decir, somos nosotros los que pensamos todavía como él pensó.

102.—**Cervantes y Quevedo.** Ignoro si alguno de los historiadores o críticos de nuestra literatura ha comparado Cervantes con Quevedo. Por lo tanto, si lo que voy a decir es novedad o no.

A mí me parece hallar cierta calidad intelectual común a los dos; no en la forma, sino en el fondo de sus escritos más característicos. La he percibido de pronto (o se me ha figurado verla) en una de mis relecturas del **Quijote**, y en las respuestas de Sancho llenas casi siempre de gracia y de ironía. La ironía es amarga en Quevedo, melancólica y bonachona en Cervantes como quien ya no se indigna contra las maldades humanas que contempla resignado y comprensivo; y por eso echa a broma para no llorar sobre ellas. Pero en ambos existe la ironía como tono de sus cuadros y críticas sociales: y a veces, parece que truecan mutuamente la forma de expresarla.

El descubrimiento de esa relación entre ambos autores me lo procuró, como en un relámpago intuitivo, aquella ingeniosa y chusca salida del relato de la cueva de Montesinos, en que Dulcinea pide a don Quijote el préstamo de unos reales. Detona de tal modo esta chuscada de la seriedad épica del relato, que no puede explicarse más que como una broma jugada al lector más que a los personajes del **Quijote**, y en la cual Cervantes se dió la satisfacción de mezclar, con las fantasías caballerescas de su héroe, una nota cómica de su espíritu zumbón propicio a ver lo ridículo de las ilusiones cándidas y a burlarse de su propia creación espiritual. Esa broma es la que me recordó el tipo de otras de Quevedo.

103.—**Hay que vivir de sus rentas.** Cuando se llega a viejo, se puede seguir viviendo intelectualmente, y con lujo a veces, si se limita uno a la renta del capital acumulado por el espíritu tras largos años de labor incesante; pero sólo el fracaso acompaña al intento de formarse otro capital distinto y triunfar con él. Por eso es insensato pedirles a los viejos, por muy sólidos que sean su prestigio y su capacidad intelectual, que se apliquen a labor diferente. El poder de la nueva creación les falta, y pronto sucumben ante lo imposible.

104.—**La emoción trágica.** El teatro griego responde en tan alto grado a las creencias, supersticiones y leyendas de aquella gente, que el efecto emotivo apenas si se produce en los lectores modernos. Es raro el caso de la **Antígena** de Sófocles y del **Prometeo** de Esquilo, en que el asunto y las situaciones trágicas nos interesan y nos hacen sentir el horror que experimentaron sus contemporáneos. Así los dramas griegos se nos ofrecen hoy, y en toda su pureza artística princi-

palmente, como obras literarias en que lo admirable y lo bello está en la forma y, a veces, en los caracteres creados a fuerza de palabras bellas y elocuentes, más que de actos. El efecto estético no es por eso menos grande; y aun diré que, artísticamente, es uno de los más puros y desinteresados de todos los sentimientos humanos que hoy pueden emocionarnos.

105.—**Unidad y disparidad de los hombres.** En la juventud no leemos, por lo general, más libros que los del círculo de ideas que forman el ambiente en que nos educamos, o que nos han subyugado el espíritu. Así, vemos en ellos la única expresión del saber de nuestros maestros, que nos parece representar algo nuevo, no conocido ni por los hombres anteriores a nosotros ni por los que forman los demás grupos humanos.

Luego, la vida, por muchos y diferentes caminos para cada uno, nos lleva a leer otros libros: los antiguos y los de autores y países que no son el nuestro y que exteriormente se diferencian mucho de éste. Esa impresión de lo diferente es la primera que se impone a nuestro espíritu, porque es la más aparente y porque obedece a la realidad en muchos puntos; ya sean los de la técnica, ya los de los problemas que a cada pueblo o civilización parecen caracterizar.

106.—**Experiencia de los años.** Nunca es tarde en la vida del hombre para aprender nuevas cosas, no de las que están en la realidad exterior, sino de las que pertenecen a la experiencia interna del espíritu. Cuando llega uno de esos momentos, un año es como un siglo; cinco años, como toda una vida. Y de hecho, lo que en ellos se vive es algo nuevo que arroja el pasado al mundo de las ilusiones soñadas. Ese vivir nuevo enseña, a quien lo experimentó, más cosas y más profundas respecto del alma humana y de la mísera

condición de nuestra naturaleza, que todo lo vivido antes, aunque haya sido nuestra profesión el estudio de las cosas humanas.

Sólo los espíritus egoístas pueden dolerse de sufrir esas duras experiencias, de las que sale, quien las alcanza, hecho un **hombre superior**, estremecido y aterrado, pero satisfecho de haber visto, más adentro de lo que nunca creyó poder alcanzar, la realidad compleja de nuestra especie, llena de horrores y a la vez de nobles impulsos; de las aspiraciones más altas y de la consoladora esperanza de que algún día la humanidad futura, nacida de los dolores y sufrimientos del presente, verá a la que ahora patalea en el fango de su maldad triunfante, como a un pobre niño caprichoso y cruel que no supo nunca pasar de esa edad imperfecta.

107.—**Visión clara y desánimo.** Trabajar mientras nos asiste el optimismo y creemos en la eficacia de nuestra acción, carece de mérito bastante para que nos envanezcamos por ello. Es cosa al alcance de todo el mundo y que no necesita el acicate de un imperativo moral.

En cambio, ver cara a cara y con el mayor optimismo posible una situación grave; temer con fundamento que nuestro esfuerzo será baldío y que hasta el sacrificio ha de ser inútil y, sin embargo, no perder el ánimo y acometer sin reservas la acción que piden las circunstancias, tan sólo por no faltar a nuestro deber de arrimar el hombro suceda lo que suceda, y por si acaso nuestro pesimismo se equivoca, eso es lo que cumple a todo hombre que tiene conciencia de lo que debe a su patria y al resto de la Humanidad.

108.—**Los libros y los hombres.** Con error oponemos a veces los libros a los hombres en frases como és-

ta, tan repetida por los espíritus desengañados: "Los libros me hacen olvidar la maldad de los hombres y las miserias de la vida".

Pero los libros, esos mismos libros que nos curan del desengaño, son también obra de los hombres. Así, en realidad, lo que nos consuela de los espíritus malos es el contacto con los espíritus buenos. Unos y otros componen la realidad humana.

109.—**Frases inútiles.** Bien a menudo oímos decir: "¡Fulana de tal es una mujer hermosa **y ella lo sabe!**" ¡Como si fuera algo extraordinario y raro que una mujer hermosa se diera cuenta de que lo es y sienta la vanidad y el orgullo de serlo! Es frecuente, por otra parte, que una mujer de rostro vulgar o feo se figure, engañándose a sí misma, que es bella y que puede competir con las que así son llamadas; pero no existe ejemplo ninguno de una mujer bella que no sepa desde un principio que lo es. Y siendo así la realidad, ¿a qué gastar palabras para singularizar un hecho que nada tiene de excepcional?

110.—**Sufrimiento y entereza.** Esperar todos los días, con angustia creciente, una noticia de los seres amados que no llega nunca; recibir todos los días una nueva muestra de las infinitas maneras con que los hombres ejercen su impiedad contra el prójimo, y que viene a sumarse a todas las precedentes que persisten; confiar todos los días en que el remdio de tanta miseria y vejación va a tener un fin, y contar con miedo el tiempo que ha pasado con la misma vana ilusión; sentirse aislado del mundo y saber que los mejores entre los que nos rodean son incapaces de poder cumplir su deseo y aliviarnos las penas, porque ellos también las padecen y no pueden evitarlas, ni para sí ni para

los demás, eso es sufrir, y no las pequeñas incomodidades de que, cuando somos felices en lo más de la vida, nos quejamos, considerándolas inaguantables.

Y resistir a todos esos males y al ataque diario de la desesperanza, que tiene mil razones para adueñarse de nosotros; remontar cada día la fuerza moral de que emana la serenidad y la paciencia, y hallar nuevas energías en el espíritu para sonreír mentalmente, aunque sea con gran melancolía, del miraje de una posible aurora que no sabemos cuándo ni cómo podrá apuntar, ése es el mayor y más útil esfuerzo, y la victoria más grande del alma sobre la vida.

¡Bienaventurados los que logran ese triunfo!

111.—**Imprevisión de las masas.** La masa es imprevisora en sus furores fanáticos; destruye, no sólo indiferentemente, sino con intención de realizar una buena obra política, todo lo que está a su alcance en la creación individual, única eficiente en la acción civilizadora (obras intelectuales, artísticas, de organización: por ejemplo, las bibliotecas y las colecciones particulares, etc.), sin apercibirse de que hace desaparecer así creaciones insustituibles y causa un retraso enorme en el avance de la única civilización posible y duradera.

112.—**Los dichos y su relatividad.** Nuestra inteligencia goza de una perspicacia admirable para el conocimiento y la comprensión de muchas cosas, y posee capacidad suficiente para llegar a representaciones profundas y finas de la realidad visible y de nuestro propio espíritu. Pero también padece defectos que la hacen incurrir en grandes errores. Uno de los más frecuentes consiste en dar, en punto al pensamiento ajeno, más importancia a las afirmaciones que a la razón o por qué de ellas. Es así como se han incorporado al

saber general muchos dichos o frases de filósofos y poetas, desprendidos de la serie de razonamientos a que pertenecen o del sistema en función del cual fueron escritos. De este modo, lo que se aprecia solamente y en absoluto en ellos es el valor intelectual de su expresión, sin que se le ocurra a nadie preguntar o inquirir con qué motivo, en qué circustancia y bajo qué punto de vista, quien los dijo o escribió vino a formularlos. No me parece que sea muy aventurado decir que una gran parte de las disputas escolásticas que durante siglos constituyó la lucha entre platónicos y aristotélicos, se produjo alrededor de sentencias de esa clase.

Si las comprobamos cada vez que hacemos uso de ellas, precisando exactamente su intención y su lugar en la fuente de que proceden y, singularmente, los motivos científicos o dialécticos que condujeron a formularlos, veríamos que el supuesto de su valor absoluto se trueca en un valor claramente relativo, dentro del cual pueden representar una verdad o, por lo menos, una conclusión lógica fundamentada, aunque su generalización nos parezca errónea. Como ejemplo de esas comprobaciones puedo citar, de mi propia experiencia. la referente al manoseado aforismo de Aristóteles "no hay ciencia de lo mudable" (o, en otra forma "no cabe ciencia de lo particular"). que tanto ha jugado en la inútil disputa de si la Historia puede o no ser ciencia.(1)

Hasta aquí, por lo que toca al orden científico. Pero en la vida práctica también se plantea la misma cues-

(1) Ver, en mis **Cuestiones Modernas de Historia**, 2a. edición (Madrid, 1935), el capítulo de **La Ciencia de la Historia** y, particularmente, la letra A): **Concepto de la Ciencia**, págs. 130-136.

tión, y en ocasiones gravemente, por las consecuencias que puede tener el error a que vengo refiriéndome.

113.—**Similia similibus**..... Lo más desconsolador de la vida es comprobar que, para impedir a los ambiciosos la comisión de atropellos e injusticias sobre los demás hombres por medio de la guerra, el único camino eficaz es la guerra misma.

Así el mundo se encuentra ante la dantesca alternativa de consentir todo lo que a los osados y orgullosos se les antoja hacer, entregando así la humanidad al imperio de lo arbitrario y de la violencia de unos pocos; o someternos a la horrorosa y segura destrucción que representa hoy día una guerra internacional. Se llega a comprender que muchos hombres retrocedan ante esta última perspectiva; pero lo malo es que sólo retroceden cuando les amaga a ellos, en perfecto egoísmo; y que permanecen insensibles cuando azota a un tercero.

114.—**La tolerancia y la política.** La perspectiva del mundo actual sólo puede producir en los espíritus la indignación o la más amarga ironía. Así ocurre con la caprichosa aplicación de las palabras **tolerancia** e **intolerancia**, cuando las interpreta la política. Cada día vemos, en efecto, que los intolerantes más acérrimos se convierten en tolerantes cuando su conveniencia partidaria se lo aconseja, pidiendo o recibiendo apoyo de los que, en condiciones normales, perseguirían duramente.

Una vez más cabe aplicar la frase de Pascal sobre la guerra: los infieles, los heterodoxos, y los descreídos, se convierten en amigos y aliados en cuanto son precisos para la lucha; es decir, cuando, solicitados, pasan "a la otra parte del río", donde la diferencia (irre-

ductible en otros momentos), entre cristianos y musulmanes, católicos y protestantes, perseguidores y amigos de la Iglesia, se tolera o se olvida.

Verdad es que en plena lucha mediterránea con los turcos, hace siglos, las ambiciones políticas llevaron más de una vez a reyes cristianísimos y a papas de poder temporal, a solicitar la alianza a los hombres de la media luna.

¡Así es la humanidad! Pero si es así, ¿por qué erige en dogma la intransigencia?

115.—La superstición del Sistema. Hay muchas gentes que, por haber rechazado las supersticiones características de la humanidad del antiguo régimen en lo político, lo religioso, lo económico, etc., creen que ya son completamente libres de espíritu. Es un error. Con la misma facilidad con que nuestro cuerpo adquiere enfermedades (y para evitarlas todo cuidado es poco), adquiere nuestra inteligencia preocupaciones e idolatrías que le encadenan y que retrasan el progreso, por lo cual es preciso atender mucho a la higiene de ella. El peligro de esas supersticiones es tanto mayor, cuanto que se nos presentan disfrazadas o con aspectos muy diferentes al de las supersticiones antiguas, y por eso creemos que no lo son y no nos defendemos de su contagio.

Una de ellas, y de las más temibles por su apariencia científica, es la del SISTEMA. Consiste en creer que la verdad está vinculada en una sola idea, en una sola doctrina, y que de ésta ha de provenir la solución de todas las cuestiones ideales o prácticas. Esa creencia nos conduce a considerar intangible el sistema en todas sus partes, haciéndolo inflexible y desconyuntando la realidad para que pueda amoldarse a él, en vez de ser el sistema quien se amolde a la realidad de los hechos. El hombre que llega a creer eso, es un dogmático, y su espíritu se halla tan ligado y prisionero como

el del fánatico más empedernido, aunque su doctrina venga cubierta con el pabellón de un hombre muy RADICAL y DESPREOCUPADO: Voltaire o Darwin, Tolstoy o Nietzche.

Por el contrario, la verdadera posición de una **inteligencia libre** consiste en no vincularse a ningún **sistema**; en mantenerse abierta a todos los vientos de renovación y rectificación de las ideas en las cuales se producen el progreso y el cambio lo mismo que en las invenciones industriales; en estar siempre dispuesto a dejarse convencer, POR RAZONES, de una verdad nueva, y sobre todo, en llevar por norma la convicción de que los problemas del pensamiento y de la vida sufren constantes variaciones a impulso de los hechos; que el modo de plantearlos no es siempre el mismo, y que, por tanto, sus valuaciones tienen que ir variando para acomodarse a la realidad; así, una fórmula que parecía exacta hace veinte años, ya no lo es hoy día.

La vida natural y la vida humana están en continuo movimiento mientras el sistema, la doctrina cerrada, permanecen inmóviles; y de aquí que pronto se pongan en contradicción. El fracaso de muchas reformas sociales y políticas no tiene otro origen que esa disconformidad entre la idea, ya vieja, y los hechos nuevos.

Sin cambiar de orientación general, sin abandonar el empeño para obtener la mejora de nuestra existencia (el cumplimiento de la justicia, el progreso en todos los órdenes). LA FORMA PRACTICA E HISTORICA de conseguir todo esto, puede variar; y es preciso tener el espíritu bastante dúctil para aceptar esa variación y acogerla, abandonando la preocupación de que no hay posibilidad de lograr el bien sino por un camino. Demasiadas dificultades tiene por sí mismo el progreso para que le añadamos, en nuestra inteligencia, esa dificultad formidable de la doctrina científica, intangible, cristalizada.

116.—**Fuerza de las ideas.** La fuerza histórica de las ideas no reside en el hecho de que sean verdades, sino en el de que los hombres crean que lo son.

A la vez, no hay doctrina (o, como ahora se dice, "mística" alguna) que no contenga ciertos principios que podrían aceptar sus mismos enemigos y que, a veces, se encuentran en el programa de éstos; sino que para llegar a una conclusión absolutamente contraria.

117.—**Inteligencia de los pueblos.** A la vez que cambian las ciencias físicas, cambia el estudio y el conocimiento de los hombres; pero hay pueblos a quienes la educación de sus escuelas ha convertido en tan rutinarios, que son incapaces de variar de conducta aunque la que sigan les exponga a la muerte.

118.—**Deslealtad y lealtad.** En materia de lealtad amorosa, los hombres se quejan de las mujeres y las mujeres de los hombres. En tesis general, unos y otras tienen razón.

Pero es muy difícil precisar las respectivas responsabilidades. Faltan estadísticas y falta sinceridad para confesar los hechos. Parece poder afirmarse que, en los pueblos de régimen monógamo, casi ningún hombre respeta el régimen, ni de soltero, ni de casado. De esta regla no se exceptúa pueblo alguno de los que conocemos bien.

119.—**La dificultad de la historia contemporánea.** Se suele decir que es imposible escribir la Historia contemporánea tan bien como se escribe la de tiempos lejanos; porque de lo que pasa hoy es imposible casi siempre saber la verdad.

Cierto; pero esa inferioridad de la historiografía con relación a la actualidad no estriba, como algunos creen, en la imposibilidad para el historiados de ser honrado en cuanto a su expresión de la verdad averiguada; a

lo que se suele llamar "ecuanimidad". Esa honradez, de calidad puramente científica, es muy posible, porque siempre hay espíritus capaces de ser más amigos de la verdad que de Platón. La exacta imposibilidad de la historiografía de los sucesos actuales estriba, por lo que se refiere al historiador, en que mientras duran las pasiones y la exaltación de los actores de los sucesos y de sus respectivos partidarios, la voz de la verdad suena en vano en los oídos de los hombres y, aún más que eso, pondría en peligro la libertad o la vida de quien la profiriese.

Aparte de lo cual, también es cierto que mientras viven los interesados en los sucesos, cada bando mentirá cínicamente acerca de lo que le toca, u ocultará la parte de la verdad que le sea desfavorable. El historiador que ha dedicado sus esfuerzos a estudiar los hechos contemporáneos sabe bien, aún mejor que el confesor, cuán horrible y fríamente la mentira reina en el mundo.

120.—**Verdad y justicia.** Si fuéramos capaces de reconocer todo lo bueno existente en las facultades personales, en la conducta y en cualquier otra forma de actividad de nuestros enemigos o de las gentes que no nos son simpáticas, seríamos, a la vez, justos; porque la justicia es verdad y viceversa.

Si esas dos palabras significan hoy cosas muy distintas, es porque los hombres no piensan, cuando hablan de justicia, más que en la de los Tribunales. No es ocioso recordar que éstos mismos establecen su decisión de Derecho sobre la base de la verdad de los hechos, y que son éstos, en rigor, quienes imponen la aplicación de las normas legales que les corresponden.

Aparte lo cual, hay otra justicia que se ejerce por fuera de los Tribunales, en la vida ordinaria, y que recae sobre todos los que componen la sociedad par-

ticular de cada individuo. Con relación a esa justicia, existe la frase corriente que dice: "sea usted justo" (con Fulano o Zutano); "reconozca que es esto o lo otro"; o "que ha hecho bien tal o cual cosa". La justicia, pues, se hace consistir en ver y confesar la verdad, que nuestras pasiones se resisten a conocer, respecto de los que llamamos nuestros enemigos, cuando favorece a éstos.

121.—**Las emociones.** A los viejos se les suele recomendar: "¡Sobre todo, nada de emociones!" ¿Pero hay algo más hermoso que la emoción? Si la suprimimos de la vida, ¿qué queda de ésta?

122.—**Pseudo escepticismo.** Muchos hombres parecen escépticos, o afectan serlo, por vergüenza de parecer demasiado ingenuos creyendo en algo bueno.

123.—**Renunciar.** Si puedes llegar a la renuncia de la más halagadora de tus aspiraciones espirituales, no porque te sea imposible alcanzarla, sino porque tu conciencia te veda hacer el menor esfuerzo para que te la concedan o porque comprendas que ha de ser obstáculo para fines más nobles de tu vida, hazlo así de buena voluntad. Una de las grandes satisfacciones morales accesibles al hombre consiste, precisamente, en elevarse sobre la idea misma del sacrificio hasta el punto de no sentir pena por una renuncia, sino alegría por no echar de menos la cosa renunciada. Sería casi la posición beata de "no poder pecar", tan diferente de la que significa "poder no pecar".

124.—**La limpieza de los otros.** Es muy natural la repugnancia a los malos olores del prójimo por falta de limpieza. Pero lo que yo me digo cada vez que experimento esa desagradable sensación con respecto a gen-

tes humildes, es que quisiera saber en qué clase de habitación viven, con qué medios de subvenir a sus necesidades elementales cuentan, y si les han enseñado en alguna parte a ser limpios.

Mientras los que sienten la necesidad de serlo y pueden y quieren darle satisfacción, no consideren el problema desde ese punto de vista humano, la repugnancia no pasará de ser un sentimiento egoísta; y no traerá remedio del mal que la produce.

125.—**El porqué del respeto a los sentimientos religiosos.** El sentimiento religioso es sumamente complejo. No se limita a la creencia en un Ser Supremo, autor del Universo. Comprende también, sustancialmente, la fe en una dependencia respecto de El, en la seguridad o la probabilidad, cuando menos, de su ayuda en los grandes apuros de nuestra vida que no encuentran su solución con el solo uso de remedios humanos. El consuelo que esa fe da a nuestro espíritu es, en lo puramente humano de nuestra condición, la base más fuerte de la religiosidad; y por eso las madres, fuente pura y abundante de amor, son la parte más creyente de nuestro género humano y la más espontánea en la plegaria.

Las interpretaciones que sugiere el otorgamiento más o menos completo de lo que se pide en cada caso, dependen, sin duda, de elementos inefables que en cada espíritu obran de modo diferente; pero todos coinciden en establecer, entre la petición y los hechos favorables que le siguen, un lazo consolador de causa a efecto; o, en el caso contrario, una apaciguada resignación que imputa el fracaso a culpas del solicitante o a designios ignotos del solicitado.

Todos estos valores espirituales que tanto ayudan a soportar las miserias de la vida, son independientes, en absoluto, de la verdad o la ilusión de las creencias en que se apoyan; cuestión que queda siempre pen-

diente, del mismo modo que la negación de ellas deja pendiente la cuestión del respeto que les debemos y que nos obliga, en buena hermandad humana, por encima de nuestras convicciones o de nuestras dudas.

Ese respeto nace o debe nacer, en nosotros, de la misma raíz moral que nos lleva a no hurtar al prójimo ninguno de los bienes que le pertenecen; pero es todavía más debido por tratarse aquí de bienes espirituales de que pende la paz del espíritu. Es también uno de los motivos por qué los lugares de oración, sean los que fueren, nos emocionan cuando evocamos en ellos los innumerables gritos de dolor y de auxilio que cada día suenan allí; gritos arrancados por las angustias de nuestra pequeñez, la impotencia de nuestra debilidad, y las heridas de nuestros corazones.

126.—**La grandeza de la Filosofía.** Leo ya los filósofos para admirar y comprender su fuerza de creación, su arte de expresar las ideas, su lógica, su elocuencia y, a veces, su poesía y la hondura de su observación de las cosas y del espíritu humano. Lo que me seduce en ellos no es la pretendida verdad de sus teorías, que ya me fuí acostumbrando a ver como un resultado falaz e incompleto las más de las veces; sino el ejemplo de potencia intelectual que expresan para perseguir la explicación de lo real que predican al resto de los hombres; y a la vez, una especie de arte muy superior a todo lo que conocemos con ese nombre y poseedor de tanta belleza como la mejor literatura. Ese arte es, en sí mismo, por lo menos, una admirable demostración de la grandeza de nuestras facultades intelectuales.

Sin duda, esa grandeza alcanza, alguna vez, el descubrimiento de una o varias verdades que ensanchan nuestra comprensión del mundo, empezando por nosotros mismos; pero no pasa de ahí. Los problemas fundamentales de la Filosofía continúan sin resolu-

ción; apenas si, con una apariencia de explicación posible, a base de hipótesis cuya exactitud tampoco puede probarse.

Pero aún reducida a lo que yo le concedo, es una hermosa demostración de la fuerza comprensiva y analizadora de nuestro espíritu, y nos consuela de casi todos los defectos que abruman al ser humano.

127.—**Mentiras.** Con respecto a la conciencia moral de los que mienten (si es que un embustero habitual puede tener conciencia), la mentira más grave, y también la más repugnante para quienes escuchan, es la que emana de la falta de valor cívico para confesar sus hechos propios, que es como carecer de la valentía de las propias convicciones.

Y como a menudo esa mentira se une, en esos hombres, a la pretensión de realizar todo lo contrario a lo que realmente hacen, la falta de valor se ensancha y agrava hasta producir náuseas morales en quienes han de escucharlos; y suscita en éstos el desprecio más profundo del que así miente y se traiciona a sí mismo.

128.—**El mayor dolor humano.** ¡Cuán erróneas suelen ser las proposiciones absolutas! Hace más de cinco siglos que la Humanidad culta viene repitiendo, como sentencia firme, los conocidos versos de Dante, que en éste sólo expresan un sentimiento individual:

Nessum maggior dolore, che ricordarsi del tempo felice nella miseria.

¿En todos los hombres? No. Hay sin duda muchos de ellos para quienes el recuerdo de los tiempos felices nunca es doloroso, sino que endulza y reduce las miserias presentes; y tampoco es en todos el mayor dolor moral posible la miseria que sufren y su comparación con las alegrías pasadas.

129.—**Pesimismo calumniado.** La palabra "pesimismo" sufre muchas veces inmerecidas calumnias, puesto que sirve al vulgo para calificar el ánimo de innumerables hombres y mujeres que no son realmente más que genios desabridos y murmuradores, que censuran por el puro placer de censurar, a reserva de crearse, con la buena administración de sus negaciones, un acomodo egoísta de vida, a veces mejor, prácticamente, que el de los optimistas. El verdadero pesimismo tiene una base más seria en el espíritu humano, y no suele llevar de lazarillo a la maledicencia de las cosas ajenas.

130.—**Lo inefable.** Al final de la vida se perciben muchas cosas y muchas relaciones nuevas entre las cosas, tal vez porque entonces se agudiza nuestra intuición; pero, a la vez, esas percepciones son extremadamente difíciles, y a menudo imposibles de expresar, aunque lo que podríamos llamar **su sensación**, quede vibrante en el espíritu y haga cambiar a la larga nuestra concepción del vivir humano y del universo. Son como destellos fugaces que nos descubren panoramas nuevos de la realidad; un horizonte insospechado e infinito.

Si pudiesen expresarse con toda la fuerza con que nos aparecen, quizá pudiéramos contestar algo al verso de Ovidio: **Felix qui potuit rerum cognoscere causas**, diciendo que hemos llegado al fondo de algunas de ellas y comprendido el porqué de muchas creencias humanas que la razón sentenció de fantásticas o arcanas. Pero como su expresión no es posible casi nunca, tampoco cabe transmitir exactamente a los demás nuestras percepciones. De este modo, el misterio se renueva en las generaciones, unas tras de otras, ciegas para esos destellos durantes lo más de su existencia. Y aún es de temer que si alguien pudiese explicarlos

con nuestro pobre vocabulario actual, los demás hombres no los comprenderían, porque sólo son visibles en los últimos años de un espíritu contemplativo que arde en la noble ambición de comprenderse a sí mismo y de comprender el mundo en que habita y la Creación de que forma parte.

131.—**Idea e intuición.** Ideas propias e ideas adquiridas, todos poseemos un acervo de ellas más o menos grande que va aumentando con los años. Muchas se refieren a la concepción del mundo y a las relaciones entre los seres que lo forman: ideas que son, en buena medida, correspondientes a hipótesis de valor intelectual variable y que por su índole no pueden responder a una visión material, ya que el sujeto de ellas no es tampoco material. Por eso no llegan casi nunca a convertirse en convicciones.

Hay excepciones de esto, sin embargo. A veces, obtenemos de repente, sin saber cómo ni por qué camino llega a nosotros, una comprensión tan honda y clara de la realidad no visible, que se aparenta a las sensaciones ponderables. Son, sin duda, fugaces destellos que iluminan nuestra inteligencia y cambian en evidencia lo que hasta entonces sólo fué supuesto o simple repetición de ideas ajenas. Esas vislumbres son intensas, rápidas y no durables en el espíritu; pero dejan en éste un fondo de creencia cimentada por el recuerdo de la visión percibida.

Tal es el caso de la idea referente al lugar que ocupa el hombre en la creación y a sus relaciones correspondientes con los otros seres, tal como las comprenden y formulan los modernos filósofos de la Naturaleza. Esa idea nada tiene que ver con ninguna clase de panteísmo ni con teorías de transmigración. Deja el hombre en su puesto relativamente privilegiado y en su independencia que le consiente dominar y dirigir,

en gran medida, las cosas y las fuerzas naturales. Se limita, pues, a tratar de conocer por completo la forma en que, a pesar de su superioridad, sigue siendo el hombre un elemento del mundo orgánico solidario de él en cuanto criatura, como los demás.

La aparición de esa idea es fácil, y lo debió ser más en lejanos siglos, cuando el hombre dominaba apenas a los otros seres terrestres; pero iba entonces mezclada con el temor de ellos y, a veces, con la creencia en su superioridad. Le faltó, pues, la apreciación del amor y de la comunidad vital que nos obliga, en el conjunto de la creación, a nuestros compañeros de ruta en el devenir de la vida; apreciación que hoy día está ya en el fondo de aquella idea. Pero una vez más digo que la posesión de ella no significa todavía la percepción clara de la realidad de esa unión, ni del sentimiento de enlace que le corresponde.

El destello de esa realidad, la comprensión del lazo especial que acusa entre todas las criaturas, son intuiciones que pueden iluminar nuestro espíritu; no cuando él quiera y extremando la observación de sí mismo. sino cuando involuntariamente se producen, no sabemos por qué, circunstancias favorables a la rasgadura del velo.

¡Qué emoción más intensa, qué saludable percepción la de haber entrevistado el fondo de la realidad y penetrado en su sustancia!

132.—**Cuestión de medida.** Según la opinión vulgar, hombres inteligentes son los que crean ideas o frases; y los coloca muy por encima de todos los demás. Pero se necesita poseer mucha más inteligencia para resistir el influjo y la absorción de esos hombres, colocándose por encima de ellos mediante un esfuerzo que supere sus razonamientos y nos conserve nuestra propia originalidad.

133.—**Pensar y hacer.** Habitualmente, oponemos los conceptos correspondientes a esas dos palabras, guiándonos por nuestra experiencia de la vida en que abundan los ejemplos del pensar que no llega a traducirse en acto, y de la inutilidad, para la vida práctica, del pensamiento que no se traduce en acción.

Pero esta verdad evidente nos conduce a olvidar otras observaciones no menos reales sobre nosotros mismos y los demás hombres. Una de ellas es que no todos los pensamientos miran hacia el acto, ni necesitan de él para ser perfectos en su especie; aunque sea cierto que nuestra inteligencia propende, por esencial tendencia, a la acción. Otra es que, dentro de nuestra actividad intelectual, **pensar** es una de las formas de hacer: un hecho interior igual, en cuanto tal hecho, a los exteriores. Por último, no podemos desconocer que nuestro pensamiento, una vez comunicado a los demás oralmente o por escrito, se convierte **ipso-facto**, en un acto de tanta utilidad y tantas consecuencias (si no más), que los actos que por antonomasia llamamos materiales; y, en rigor, hablar y escribir revisten este último carácter.

134.—**Teoría y práctica.** La diferencia entre la teoría (especulación científica), que es desinteresada, y la práctica, que es **hacer** y se dirige a obtener algo útil para la vida material, establece por sí misma el sentido en que verdaderamente puede decirse que son dos maneras distintas de actividad intelectiva. Pero si profundizamos la observación de ambos hechos, percibiremos que, en el fondo, responden a una misma dirección de la inteligencia en los casos múltiples en que la especulación científica investiga verdades que se refieren al hacer. La **práctica** no parece producirse sino por un tanteo para conseguir la realización material que se ha pensado; y cuando adquiere categoría

de regla directora, se parece mucho a una teoría que ha obtenido éxito en el hacer. De donde las únicas **teorías** que se oponen sustancialmente a la **práctica**, son las erróneas en cuanto a la finalidad que persiguen, y las que no responden a ninguna finalidad material.

Otra cosa es el concepto vulgar de la práctica como el hacer que se amolda a las impurezas de la realidad y a la necesidad de otorgar a ésta concesiones desviadas de la teoría, que prescinde de esas imperfecciones. Una teoría que deje de estimar eso que llamamos imperfecciones de la realidad y que, a la vez, mire como su objeto el operar sobre ello, no merece aquel nombre. Por lo tanto, la diferencia esencial entre ambos hechos es un puro supuesto que carece de base.

135.—**Del sentimiento patriótico.** A menudo se habla de él apasionadamente; pocas veces con arreglo a una observación detenida y sincera de los hechos. De ello derivan equivocaciones sustanciales, como la de fundar ese sentimiento en el amor que suscitan los objetos físicos de la patria, singularmente de la que llamamos "patria chica": el lugar donde se nació, las cosas materiales que nos rodean desde la infancia, etc.

Sin duda, ese amor, de que son capaces todos los hombres, cultos e incultos, pero que sólo se despierta en los niños y en los hombres sedentarios, juega un papel importante en la formación de aquel sentimiento; pero no representa su base más firme. Esta base se halla, por el contrario, en elementos de pura espiritualidad que pueden cambiar con el tiempo; mientras que los elementos físicos permanecen siempre, o durante largos períodos, como fueron al principio. Los cambios de aquellos pueden producir la frialdad circunstancial y hasta la desaparición del sentimiento patriótico. Así ha ocurrido a muchos hombres en repetidos momentos de la historia humana; y este hecho basta-

ría para hacer sospechosa toda pretensión de mantener el otro motivo como el principal del que emana el amor a la patria y la satisfacción de vivir y morir en ella.

136.—**Patriotismos varios.** No es de hoy, sino de larga fecha en la historia humana (aunque ahora sea más viva) la lucha entre dos concepciones del patriotismo enteramente contrarias.

De un lado, la que considera como condición fundamental del patriotismo el sentimiento de independencia con respecto a todo otro pueblo o Estado. Es el patriotismo tradicional en la Historia de España: guerras de independencia contra los cartagineses y los romanos; expulsión violenta de los bizantinos; reconquista con relación a los musulmanes; guerra de Independencia en 1808-1813. Es también la tradicional en los juristas y los políticos de todos los países. Una de sus expresiones más solemnes, claras y categóricas, la dió Fichte en sus **Discursos al pueblo alemán** (1808).

De otro lado está la concepción según la cual lo que domina en el sentimiento patriótico no es la independencia (ni aún la existencia misma de la personalidad nacional, sea como sea), sino su existencia conforme a una determinada extructura o a una ideología determinada, social o política, consideradas, ambas, por los que así sienten el patriotismo, como las únicas verdaderas y apetecibles. Para los que así piensan, es preferible que la patria pierda su libertad y caiga bajo el dominio o la mediatización de otro pueblo o Estado, a que la conserve bajo un regimen que a ellos no les gusta o califican de execrable.. No fué de otra la manera de españolismo que sintieron los afrancesados de 1808. Pero aún va más allá la doctrina moderna de esa concepción, dado que quienes la adoptan prefieren la destrucción de la patria (hombres y cosas), y aún

la desaparición de su personalidad espiritual, a que viva bajo las ideas que detestan. Aseméjanse así a los padres de otros tiempos, y a la literatura de cierta clase que pintó caracteres de esa condición, que decían de sus hijos: "antes muertos que casados" con una persona que les parecía ingrata; sustituyéndose, pues, a los hijos en la estimación de los motivos que sancionan el amor.

En cuanto a una tercera opinión que parece dibujarse en nuestros tiempos y que sólo comprende y admite el patriotismo a base de salvar la vida y los bienes individuales, y pagando esa seguridad con moneda de independencia, vale más considerarla como un pasajero **modus vivendi** que no halla raíz en ningún elemento profundo de la Historia ni de la naturaleza humana.

Pero el mayor problema que esas diferencias de concepto plantean en pura especulación filosófica, es si cabe suponer en todas tres la existencia de un verdadero amor a la patria, aunque de orígenes muy diversos; o si, por el contrario, estamos en presencia de una acepción de la palabra "patriotismo" que nos lleva a un concepto totalmente nuevo y, juntamente, a la desaparición del antiguo.

137.—**Justicia y medida.** Si reflexionamos acerca de la limitación de nuestro saber en punto a nuestra inteligencia, no podemos sustraernos a la deducción de que el símbolo de la balanza que los hombres han dado a la Justicia, es basto e inadecuado. El criterio que supone la aplicación a las más finas y altas operaciones de nuestro espíritu, de las unidades de medida propias de los objetos materiales, parece amenazar el acierto en la difícil y muy condicionada labor espiritual que supone la Justicia. Si consultamos nuestra

conciencia y no tan sólo nuestro saber de las leyes, nada hay más lejos de la idea que en nuestra más profunda intimidad corresponde a la Justicia, que la operación de medir y pesar.

Pero tal vez la idea de esa Justicia perfecta que existe inmanente en nuestro espíritu, no sea posible en la vida humana, sino que pertenece al mundo de los vislumbres superiores que perseguimos eternamente como cosas factibles en un porvenir que diferiría en absoluto del presente, y que tal vez nunca veremos realizado.

138.—**Comprenderlo todo.....** Hay frases célebres que pesan sobre el hombre como una carga irresistible en fuerza de creer en ellas, según los cristianos en el Evengelio. Una de esas frases es la que dice: "Comprenderlo todo es perdonarlo todo". ¿En qué reposa esa conclusión tan absoluta? ¿En qué de comprenderlo todo (se entiende, todo lo que piensan, sienten y hacen los otros) no se puede seguir más que el hecho de perdonar (en el sentido penal, aun el más ajeno a la venganza) todos los sentimientos, todas las ideas, incluso las más inhumanas, y todos los actos incluso los más crueles? Si fuese cierto que la comprensión nos revela que los hombres son, en gran medida, irresponsables, puesto que todo lo que piensan, sienten y hacen procede necesariamente de su naturaleza, y ésta ni la han creado ellos, ni la pueden modificar, ¿bastaría eso para suprimir la legitimidad y la justificación de toda defensa contra los ataques ajenos? ¿No equivaldría esa indefensión a que, en otro orden de nuestra vida, perdonásemos al tigre que mate hombres, en el sentido de que nos cruzáramos de brazos para impedir que lo haga?

Si la frase antes dicha expresara una verdad lógica y la mayoría de los hombres creyese en ella, serían

muy pocos los que procurasen comprender, para no tener, en consecuencia, que perdonar (ni en el sentido penal, ni en el moral). Pero la mayoría no cree en la verdad de aquella conclusión o la admite solamente como una de tantas bellezas teóricas que la inteligencia crea, a reserva que la voluntad las rechace.

De hecho, el perdón es una de las virtudes más sobrehumanas: y quizá en esto consiste la dificultad lógica de interpretar la frase en cuestión como regla de conducta.

139.—**La ejemplaridad.** Con motivo de la pena de muerte, los penalistas y los moralistas han discutido mucho acerca de la eficacia de lo que llaman "ejemplaridad". En rigor, esta palabra abraza varias cosas que no son siempre del mismo género; y por eso las conclusiones a que se llegaba—en pro o en contra—respecto de una de ellas, resultaban inaplicables a las otras.

No es, en efecto, lo mismo la ejemplaridad que se refiere al temor de sufrir una pena determinada (en este caso, la de muerte), que la ejemplaridad de la buena conducta ajena, en que no existe cuestión punitiva, sino todo lo contrario.

Que la pena de muerte es poco ejemplar, parece bien demostrado por la experiencia. Cuando menos, es seguro que no ha dificultado nunca la producción de grandes criminales, tal vez porque en éstos no opera el temor de la muerte violenta, sino la esperanza de que sabrán eludirla; como tampoco ha impedido que sigan exponiendo su vida los que no vacilan en ser mártires, si es preciso, de sus convicciones religiosas, científicas o políticas.

Por su parte, la eficacia de los buenos ejemplos en la educación de los hombres ha sido y es a cada momento desmentida plenamente por el hecho de que,

en una familia con varios hijos, los malos no se han sentido influídos por la manera honrada de vivir sus hermanos y sus padres. En cambio, está demostrado por mil casos bien conocidos (v, gr. la influencia desmoralizadora de ciertas obras cinematográficas), que los malos ejemplos arrastran fácilmente a los espíritus débiles o inclinados al mal: tal vez, muchas veces, por vanidad y emulación antes que por atracción en sí mismo.

En cuanto a la ejemplaridad de la Historia, bien sabido es que no existe ningún caso demostrado, aunque durante siglos se ha venido diciendo que "la Historia es maestra de la vida".

140.—**Voluntad y espera.** Tomando en conjunto nuestra vida, se nos aparece como llena de dos condiciones fundamentales: voluntad y espera. Digo "espera" y no "esperanza", porque ésta supone el optimismo de que algo que apetecemos sucederá; mientras que esperar es aguardar, con paciencia o sin ella, lo que ha de venir, bueno o malo; facultad de saber contenerse a que los hechos se produzcan, sin turbar el ritmo de nuestro hacer cotidiano porque tarden. Cultivar ambas condiciones en nuestro espíritu es amoldarlo a la realidad de las cosas humanas. Saber esperar es una de las grandes virtudes que debemos apetecer, y que ayuda fuertemente a la voluntad.

El padre de Rudyard Kipling solía decir a su hijo: "La mayor parte de las cosas de este mundo se cumplen dejándolas juiciosamente tranquilas".

Un siglo antes, Leopardi recomendó a un joven, quizá ansioso de llegar pronto, "che la tua festa anco tardi a venir, non ti sia grave". Y más lejos todavía, nuestro refranero dijo "más vale tarde que nunca"; sentencia que Shakespeare puso en labios de Petruchio

en **La terquedad domada**, completándola sabiamente en esta forma: "Más vale tarde que nunca, porque nunca es demasiado tarde".

Pero no dejo por ello de pensar qué valor pueda tener el hecho de que "esperar" y "esperanza" poseen la misma raíz gramatical.

141.—**Necesidad de las confidencias.** La necesidad de las confidencias que sienten todos los hombres, aún los más reservados, alguna vez (o muchas) en su vida, no procede siempre de un prurito de sinceridad espiritual, como suele ingeniosamente creer el mismo que las hace. Más bien tiene por origen la necesidad natural que experimentamos de plantear **exteriormente** nuestros problemas espirituales para verlos en forma precisa y completa (como un cosmógrafo ve materialmente expresada en los mapas y planos su imagen interior de un país), sacándolos así de la nebulosidad o la vacilación con que se ven en la **idea**, y sometiéndolos juntamente al análisis que les impone su expresión verbal. Cuanto más hondo y lacerante es el problema que nos preocupa, más vehemente es la necesidad de decirlo a los demás.

El pensamiento humano no es plástico mientras no pasa de ser pensamiento; no percibe, en la mayoría de los casos, su propio plan y su estructura en la forma necesaria para contemplarse a sí mismo en proyección realizable; o, por lo menos, claramente discriminada. Y como la acción es lo fundamental en la vida, le es necesario a nuestro espíritu "objetivar" sus imágenes mentales y estructurales exteriormente como si dijéramos a "vista material de ojos", para comprender su verdadero contenido, apreciar todas sus razones y detalles, y traducirlas en voluntad y en acción.

Esa proyección exterior la pueden hacer oralmente

casi todos los hombres. Pero hay muchos que para alcanzar la claridad de que ellos mismos necesitan, han de valerse de la palabra escrita. Esa es la forma en que nos llegan a ser conocidos los pensamientos y los sentimientos de los literatos, cuyo subjetivismo no responde a una falta de esa facultad penetrante respecto de otros espíritus que el suyo (facultad tan perceptible en los grandes creadores de caracteres: Cervantes, Shakespeare, Balzac), sino a la irresistible superproducción, en la base artística de sus creaciones, de la propia intimidad espiritual que pugna por hacerse épica e impone a los escritores el afán de exteriorizarla.

Por ello, y no obstante el realismo con que hacen vivir a los personajes de sus comedias y novelas, los más excelsos escritores los injertan a sus propios pensamientos, y dejan así percibir lo más íntimo de su espíritu. Naturalmente, este hecho se produce con distinta fuerza en cada uno de los autores, según su manera de concebir la obra de arte y su mayor o menor espontaneidad; pero en todos existe más o menos y, a veces, constituye lo más bello y sabroso de sus creaciones. Gran ejemplo de esto es Shakespeare, en cuyas comedias y dramas, a pesar de la profunda vitalidad de los caracteres humanos que presenta, el adorno de sus ideas personales acerca de las situaciones y problemas que aquellos se plantean o encuentran en el proceso de sus acciones, representa una de sus mayores excelencias, y nos hace consentir de buen grado, sin protesta de nuestra concepción del arte teatral, los largos e inverosímiles monólogos y parlamentos de que abundan sus obras, aún en momentos en que la acción exigiría sobriedad de palabras y gestos rápidos. Pero nuestro sentido crítico nos acusa claramente, en las comedias de Shakespeare, la diferencia que existe entre lo que sería fruto natural del carácter y de

la situación de cada personaje, y lo que fué expresión desbordante y admirable de todos los pensamientos que a Shakespeare le iban sugeriendo sus propias creaciones, y que tan magníficamente nos trasmiten el riquísimo fondo de su cultura y de su experiencia y meditación de la vida. (1)

Esta colaboración casi instintiva del subjetivismo de los escritores artísticamente empeñados en comprender y expresar la realidad de la vida exterior a ellos, se ilumina intensamente si la enlazamos con el hecho muy conocido de la facultad inherente a los buenos novelistas y dramaturgos, ya mencionada más arriba. Esa facultad consiste en penetrar en el interior de los personajes que observaron directamente, o crearon con elementos de otras procedencias, hasta poder seguir las ideas y los sentimientos que a cada uno corresponde, como seguirían la propia introspección no obstante la diferencia psicológica que, las más veces, existe entre el autor y sus personajes artísticos. Que esa facultad, tan superior a la del conocimiento inteligente: patrimonio de todos los hombres, pueda explicarse como la explican los filósofos y los estéticos: a saber, por la posesión de una especie de simpatía o atracción análoga a la que se produce en la vida corriente entre dos seres humanos, y que se repite entre el autor y los seres que él crea sin necesidad de que les unan afinidades intelectuales o sentimentales, es un hecho que confirma la estrecha relación existente entre la inevitable subjetividad de los artistas y la objetividad sorprendente de una gran parte de sus obras. A la vez, nos demuestra la necesidad de que la vida espiritual de cada autor se mezcle en una u otra forma con la de las criaturas imaginativas que actúan en

(1) Entre otros muchos ejemplos, véase el parlamento final de "Catalina o la Terquedad Domada", Acto V.)

sus obras; y da a esas confidencias irreprimibles un valor tan grande como el de la creación artística a que contribuyen tantas veces.

142.—**Error de la envidia.** Se atribuye a la gran artista María Malibrán esta frase: "Es más difícil abrazar a una rival que realizar un acto bueno". Es una verdad muy humana respecto de los hombres y las mujeres que consideran la vida con los ojos de la envidia. Sólo se salvan de ella, tal vez, quienes no tienen rivales; o, mejor dicho (dado que eso parece imposible tratándose de quienes descuellan en las ciencias o en las artes), los que no son capaces moralmente de considerar la vida profesional desde el punto de vista de la envidia y la competencia, y sí desde el de la plena y libre satisfacción de todas las capacidades, sin necesidad de que se crucen y se estorben; a menos de poseer una mala voluntad ingénita.

143.—**Argumento y literatura.** Es un error creer que todos los hombres que leen libros aman igualmente la literatura. Entre los más devotos de éstos, hay muchos para quienes, por muy grande que sea la masa de los libros que conocen y el ansia con que los buscan, el arte literario propiamente dicho es cosa ignorada.

Para convencernos de ello, basta que pensemos en las innumerables personas conocidas nuestras que, en las novelas, los poemas más o menos épicos y los dramas o comedias, no aprecian otra cosa que lo que el vulgo llama "argumento", es decir, la trama del relato o de la acción, la aventura, lo "teatral" en el mal sentido de la palabra; y todo lo demás les sobra. ¡Cuántos hay que desprecian una obra de arte verdadero porque el desenlace va contra sus gustos de que triunfe el personaje tal o cual de los que en ella aparecen! ¡Cuántos que, antes de la mitad del libro,

saltan a leer el desenlace para ver si el argumento acaba bien o mal, y con eso pierden todo el sabor del proceso según el cual se prepara y desarrolla la conclusión, y también el encanto del arte con que el autor ha construído y expuso la gradación y la motivación que demuestran e imponen la necesidad del desenlace a que nos conduce su plan literario!

Y si queremos percibir aún más claramente la distancia artística que hay entre esas dos partes de la creación literaria, probemos a leer primeramente, en resumen exacto, el argumento escueto de una obra (como a veces se ve en las historias de la literatura y en las críticas literarias), y luego la obra misma. La comprobación más frecuente—en obras de mérito, por de contado,—es que su belleza reside, por lo general, en todo lo que no es argumento, y que éste queda reducido a un andamiaje o esqueleto sobre el que se han ido aplicando las excelencias de la verdadera literatura.

144.—**Imposibilidad del término medio.** Nuestra condición humana es tan miserable, que continuamente oscilamos entre dos extremos igualmente excesivos y perjudiciales, sin acertar la mayor parte de las veces con un término medio en que los inconvenientes sean mínimos, o más tolerables que los extremos.

Sin duda, ese término lo han ensayado a veces los hombres, y hasta llegó a existir una doctrina que en el orden del funcionamento del Estado hizo de él una especie de panacea. Las burlas de que fué objeto esa doctrina y, sobre todo, la ineficacia y la suma de errores que reveló en la práctica, la desacreditaron durante algunas generaciones, por lo menos teóricamente. Pero la verdad es que la humanidad sigue, confiéselo o no, creyendo en la posibilidad del término medio, cuya conveniencia nadie discute.

Pero hay una dificultad esencial que la hace irrealizable, y es la tendencia humana a suponer, en los conceptos, acepciones que su origen no permite en verdad. Un ejemplo evidente de ello es lo que pasa con la mentira. En rigor, el mandamiento de no mentir se debe entender como absoluto; pero la fuerza de la realidad humana impone excepciones a esa regla, la principal y más admitida de las cuales es la de las **mentiras piadosas** que a menudo consisten en simples ocultaciones de la verdad: la ocultación, a un enfermo, de la gravedad de su dolencia; la de la muerte de un hijo, a la madre desolada con sólo pensarla posible; la de una derrota militar en momento en que podría desencadenarse un pánico tan grave o más que la derrota, etc. Si todos los hombres hiciesen uso de esta excepción tan sólo en los casos que corresponden a su base misericordiosa o prudente, todo marcharía bien; pero la realidad es muy otra. Los hombres califican de **piadosas** muchas ocultaciones de la verdad y muchas mentiras cuyos motivos están muy lejos de las que propiamente merecen aquel nombre; y no se contentan con eso, sino que las disputan de necesarias y plausibles para el conseguimiento de ciertos fines sociales que estiman sagrados y superiores al culto de la verdad. Tales excesos de la mencionada acepción que nuestra conciencia puede consentir, nos asustan y nos perjudican de tal modo, que sentimos la necesidad de volver al rigor de no consentir ninguna.

Lo mismo pasa con la comprensión y la práctica del término medio, y aún más frecuente y gravemente; porque la calificación exacta del "medio" depende de la noción de los "extremos", tan variable de individuo a individuo, de doctrina a doctrina, de partido a partido.

Y de ahí el por qué la humanidad está condenada a no conocer el reposo en una posición razonable que satisfaga a todos.

145.—**La vida y la lógica.** Se dice muchas veces—yo mismo lo he dicho más de una,—que la vida humana (la conducta) no es lógica. ¿Pero qué queremos decir con esto? ¿Qué la vida es, por sí misma, ilógica, o que está regida por otra lógica que la de nuestra razón? Que son diferentes ambas en muchas cosas, es fácil observarlo. ¿No estará el error en convertir en regla general aplicable a toda la actividad espiritual del hombre, un modo de razonamiento que sólo conviene a una parte de ella o a una determinada facultad de nuestra inteligencia? En todo caso, si gran parte de la conducta humana escapa a la ley de la lógica que conocemos, no se puede deducir de aquí que la conducta sea cosa arbitraria, sin norma o motivación propia.

A la luz de estas consideraciones es como debe explicarse, por ejemplo, la sentencia corriente de que "el amor no es racional". Lo primero de todo sería averiguar por qué razón el amor habría de ser precisamente racional (cosa de orden bien distinto), y no algo conforme a su propia y especial naturaleza.

146.—**Libertad y respeto.** En un régimen propiamente liberal, lo más importante—con serlo mucho—no es la posibilidad, siempre abierta para el individuo, de hacer uso de sus libertades, sino la seguridad de que cada cual respete y consienta las de los otros.

Lógicamente, es claro que si se admite el Derecho del hombre a gozar, para la total expansión de su espíritu, de ciertas libertades indispensables, la consecuencia es que cada individuo debe, no solamente ejercitar las propias, sino, también, respetar las ajenas; pero históricamente no ha sido así, porque con deplorable frecuencia ciertos hombres, partidos y doctrinas, han reclamado el respeto a sus libertades, pero han negado a los otros igual beneficio.

147.—**El temor del mañana.** No soy de los hombres que temen el mañana y sufren con la angustia de su inseguridad. Poseo una fe inalterable, sin dudas, en la perduración de mi presente por lo que toca a las cosas fundamentales de la vida material y espiritual; tal vez esa fe procede de que soy modesto en lo material y que me basto a mí mismo para lo espiritual.

Pero toda confianza tiene su grieta. La mía—mi único temor,—es que llegue un día en que no sepa qué hacer de mi tiempo, porque no sea ya capaz de trabajar, o me invada la pereza del cansancio limitándome la potencia de crear intelectualmente; o, lo que sería peor, en que ya no me interesen las cosas que son todavía ahora el encanto de mi vida. A esas tres contingencias les tengo un terror vehemente. Aunque, si he de ser completamente exacto en esta introspección, la última de ellas la veo muy improbable para mí. Creo que es demasiado hondo y razonado en motivos superiores mi amor a las cosas nobles y bellas (¿no son una misma cosa?) del Universo y del espíritu, para que llegue un momento en que me sean indiferentes. Sólo el dolor material intenso, en que el único anhelo es morir para que acabe, me ha hecho sentir alguna vez esa catástrofe espiritual. Pasado el dolor, me volví a mis amores. Y lo mismo me ocurrió cuando el choque brusco de la injusticia humana me produjo una amargura que, en vez de originar la indignación agresiva, tan sólo me trajo la depresión moral que origina un desengaño respecto de alguien a quien hemos creído hasta entonces bueno y noble.

148.—**Los mayores privilegios del hombre.** El hombre es el ser más malo de la creación terrestre. Lo es por su propia naturaleza; y no sólo malo fatalmente, sin querer serlo muchas veces, sino también intencionalmente. Hace el mal y se goza en hacerlo. Por eso

ha inventado tormentos que los animales más feroces no conocen sino cuando el hombre mismo se los hace padecer.

A veces, surgen excepciones individuales espontáneas. A veces, la educación y el ejemplo de una de esas excepciones crean otras. Pero en los casos más favorables, el número de ellas es bien escaso; y aún es de temer que si el miedo, la miseria o la indignacion de la injusticia sufrida no les azotan alguna vez con su látigo, su historia pasada perdure largamente.

Por todo ello, la suprema felicidad moral que debes apetecer, si eres bueno, será la de gozar de estos dos privilegios: que la vida no te ponga nunca en contacto con uno de esos excitantes que destruyan tu bondad en un momento; y que la situación que te hayas labrado con tu trabajo—no muy alta para no excitar los rayos de la envidia cruel que no perdona ni aún después de derribar la imagen que aborrece,—te permita vivir independiente del resto de los hombres, sin tener que pedirles nada de lo que siempre niegan, sobre todo si te ven caído, ni verte obligado a vivir únicamente de su misericordia.

Si consigues estas dos felicidades hasta el final de tu vida, puedes darte por bienaventurado; y si al perder la segunda alcanzares el raro favor de hallarte con un misericordioso que rompa la regla en que se estrellan los más de los desgraciados, puedes decir de plano que eres un excepcional privilegiado de los dioses.

149.—**La Nación. (Cuento Azul).** Cierto día un rey recibió en su palacio a un hombre que nunca se había mezclado en la política, pero que pertenecía a cierto grupo de científicos sospechoso (en el concepto de otros grupos) de representar una doctrina peligrosa.

El rey comenzó haciendo grandes elogios del grupo

a que pertenecía su visitante y reconoció que, en efecto, se le podría tachar tal vez de muchas cosas, pero no ciertamente de las que constituían el fondo de la acusación vulgar. Terminó por decir que, a su juicio, sólo ellos representaban una opinión desinteresada, ecuánime y merecedora de ser tenida en cuenta.

El visitante le escuchó con una leve sonrisa irónica, lo bastante disimulada para no caer en descortesía, frunciendo ligeramente las cejas y entornando maliciosamente los ojos: gestos todos que le caracterizaban y que decían bien su origen campesino y popular.

Cuando el rey se calló, preguntó el visitante.

—¿Podré hacer una observación a lo que acaba de decir Vuestra Majestad?

—Sin duda. Le he llamado a usted precisamente para que hable claro.

—Pues diré, Señor, que es posible que nuestras ideas sean las verdaderas, o mejor dicho, que contengan más verdad que las de otros. Para nosotros, por supuesto, son las mejores dentro de la imperfección humana, y por eso inspiramos en ellas nuestra conducta. Pero Vuestra Majestad es el rey de este país, es decir, el rey de todos sus habitantes. Nosotros constituímos una pequeña porción de ellos. Sería arriesgado no gobernar más que para nosotros y según nosotros. Sean los que quieran los gobernantes que colaboren con Vuestra Majestad, no deberían olvidar, me parece, que en materias de Estado hay muchas cuestiones opinables, y que lo mejor es tratar de satisfacer en todo lo posible a la mayoría real del país, que muchas veces no es la mayoría del partido que manda. Por otra parte, la vida nacional es algo más que política; y en ese algo más, merecen igual consideración los hombres de todas las opiniones, porque entre todos ellos forman el pueblo que Vuestra Majestad dirige. Aun en la política, es debido, a mi juicio, no olvidar esto.

Lo que no dice la Historia es si Su Majestad entendió todo lo que querían expresar las palabras del visitante y si le sirvieron para algo más adelante.

150.—**Los aburridos.** Para mí, los más infelices de las criaturas humanas son las que se aburren. Las tengo por las más merecedoras de compasión que vaya creciendo a medida que la enfermedad del aburrimiento se muestra en ellas más amplia, hasta desconocer el valor de las cosas que poseen y los sentimientos que despiertan en los demás.

Por otra parte, no las comprendo. En una vida medianamente feliz, como dice el vulgo o, en otros términos, no amargada por dolores físicos o morales que todo lo ensombrecen, hay a cada paso algo amable, interesante, alegre, que hace vibrar el espíritu. ¿Cómo es posible aburrirse frente a las continuas solicitaciones intelectuales, estéticas y morales, de las cosas y de los hombres que nos rodean?

Y aún en las vidas penosas y difíciles, ¿quiénes son los que no advierten el placer que causan, en los espíritus sencillos y abiertos, los más pequeños goces que llegan de tarde en tarde y, por ello, son más gustosos y engendradores de mayor alegría?

151.—**Dios.** Es un error grave y peligroso hacer depender el problema de la existencia de Dios de la verdad de una teología determinada; o en otros términos, de la concepción que de Dios tiene cualquiera de las religiones que pretenden poseer, a este respecto, la verdad absoluta. Aún en el caso de que todas ellas fuesen erróneas, la existencia de un Dios seguiría siendo un problema fundamental de la inteligencia humana, y no sufriría lo más mínimo porque se probase que, en efecto, todas las religiones se equivocan, más o menos.

La realidad no tiene culpa de que el hombre no la conciba como es ella, y por tanto, no debe sufrir las consecuencias de los errores humanos. No obstante los cuales, el esfuerzo del hombre por concebir o comprender a Dios, es lo más grande de todo lo que constituye el orden de su pensamiento religioso.

152.—**Valor humano del cristianismo.** La verdadera fuerza humana del cristianismo es, para la mayoría de los hombres, independiente de la verdad de la vida de Jesús según la cuentan los Evangelios y la tradición de la Iglesia. Persistirá siempre, aunque se demostrase la inexactitud histórica total de aquéllos y de ésta, porque estriba en los ejemplos de bondad y de comprensión humana de que está llena la vida de Cristo. Esos ejemplos representan la realización del ideal que todo hombre piensa y siente como el propio de la conducta que quisiera que siguiesen con él y como la práctica de las reglas capaces de asegurar la paz, el amor y la convivencia amable entre los hombres. Hacia ellos seguiremos mirando durante siglos y siglos, mientras queden todavía seres humanos que se nieguen a creer que la fuerza bruta es la única ley de la especie.

Y hasta el hecho del martirio humano (corporal y moral) del Justo, que se repite en la vida de tantos individuos por las injusticias de que son víctimas, enlaza con fuerza indestructible el cristianismo a los más hondos dolores del alma humana, tanto como a sus más desesperadas esperanzas.

153.—**La amistad.** Hay muchos hombres que en todas las edades de la vida, dudan del amor sexual; pero son pocos los que, mientras una larga experiencia de desengaños no les quebranta sus ilusiones, dudan

de la amistad. En sí mismo, este sentimiento es más puro y útil en la vida que el del amor; pero me parece inexacto decir que produzca menos desengaños.

Cierto es que (también como en el amor) el hombre llama amistad a muchas relaciones sociales que no merecen ese nombre. Probablemente, la mitad de los desengaños de esta especie derivan de ese error. Las gentes confunden fácilmente la familiaridad—que se establece con demasiada ligereza por lo común,—y el afecto, la estimación, la consideración mutua y la intimidad que caracterizan las verdaderas amistades.

No es menos cierto, sin embargo, que son pocos los amigos que resisten a la prueba de una pérdida de fortuna, de un estado de desgracia, de una persecución injusta o de un triunfo de los que con tanta facilidad despiertan la envidia.

154.—**Los espíritus críticos.** Parece haber dos especies de espíritu crítico. Cabría tal vez diferenciarlos, previamente a todo análisis de sus respectivos contenidos, diciendo que uno de ellos es el espíritu de crítica científica que busca desinteresadamente la verdad y comienza por ejercerse en relación con el propio pensamiento de quien lo aplica. El otro se podría calificar de espíritu puramente polémico, que se ejerce mediante la censura y discusión de las opiniones ajenas, buscándoles preferentemente el lado flaco, e incluso el ridículo. Estos espíritus son, principalmente, agudos e ingeniosos, y no suelen poseer aptitudes creadoras. En todo caso, son gentes de mala voluntad e incapaces de ver lo bueno del prójimo.

155.—**La escala de la vida.** Mira la vida humana como una escalera. Si quieres llegar a ser algo y a sentir la propia estimación, procura subir cada día uno de los escalones. Si con frecuencia te detienen por mu-

cho tiempo en uno de ellos causas que no puedas imputarte, no te dejes vencer por el desaliento; pero si te consideras culpable de la detención, o tal vez de haber bajado peldaños, ponte en guardia y reúne todas tus fuerzas para volver a subir. Recuerda que la escalera es infinita; es decir, que siempre, por muy alto que estés, podrás subir algo más y habrá escalones por encima de tu altura.

Pero no te oculto que la subida a que yo me refiero no es la de la fortuna, ni la de la vanidad del poder o de la ostentación. Es la del mejoramiento moral e intelectual de tí mismo: ser cada día, si posible, algo mejor, saber más y comprender más. Si es de lo otro de lo que te preocupas solamente, olvida lo que te he dicho. No te servirá de nada.

156.—**"En la muerte, todos somos iguales"**. (Frase vulgar). Un Estado envía tropas suyas a participar en una guerra contra otro Estado con quien no está en guerra. Muchos de esos soldados perecen en la contienda. Sus familias reciben la noticia oficial de la muerte; pero se les prohibe que la divulguen y que lleven luto.

Un navío militar de aquel mismo Estado tiene un choque imprevisto con fuerzas del Estado agredido. También caen muertos hombres del navío. Por ellos, las campanas de las iglesias suenan fúnebremente, el pabellón nacional se arría a medias, sus féretros se llenan de flores.....

"En la muerte somos todos iguales".

157.—**Materialismo histórico.** Hay un materialismo histórico evidente en la historia humana; pero no es el de Marx. Este vió por un momento la realidad de las cosas, pero en seguida se desorientó obsesionado con el problema de la esclavitud económica del proleta-

riado, que era entonces,—mucho más que ahora— un hecho cruel que pedía reparación. Esa desorientación le llevó a creer y hacer creer a los obreros que la satisfacción de las aspiraciones económicas de éstos se resolvería con la desaparición del régimen capitalista, sustituído por el colectivismo de los trabajadores manuales. Eso es un error en cuanto a la finalidad substancial del materialismo histórico.

Puede haber en ello una justicia económica, y hasta un acierto de organización en cuanto a la producción de la riqueza, aunque los experimentos hechos hasta ahora sean poco convincentes. Pero el, no obstante todos los progresos de la técnica agrícola e industrial conseguidos hasta ahora, la misma perfección en las relizaciones del marxismo no resolvería el problema fundamental de la alimentación, de los pueblos que crecen desproporcionalmente en relación con su territorio y con sus riquezas naturales. Ejemplos modernos, Holanda, Alemania, Italia, con su necesidad común de colonizar; es decir, de expatriar población. El verdadero materialismo está en la necesidad ineludible de que coman suficientemente todos los nacidos. Esa necesidad no se cubre más que reforzando la producción fundamental para la vida humana (vegetales y animales), la cual tiene el doble límite del territorio apto y del máximo de producción posible; y también poniendo límite al crecimiento de la población. Con relación a esto, es un error formidable forzar ese crecimiento, como se hace ahora en algunos países. Bien es verdad que esa presión no tiene otra finalidad que la guerra (hombres para el ejército); pero el hambre también trae las guerras.

158.—**Discusiones inútiles.** Creo que la prueba de que un espíritu posee, en punto a la averiguación de la verdad, el verdadero sentido científico, es que cuan-

do llega a comprender una cosa le baste esa seguridad y pierda interés para él discutir con los que aún no han comprendido.

Por eso es superfluo intervenir en ciertas discusiones, ya que es evidente la inutilidad de ocupar tiempo en derribar una puerta que está abierta. Que discutan los que aún tienen dudas.

159.—**No hay mal que por bien no venga.** La jubilación de un puesto profesional es mirada comunmente, por quienes la sufren, como una gran desgracia desde el punto de vista intelectual y moral. Es posible que así sea para quienes no son más que profesionales, porque la profesión les haya matado todo lo demás de hombre que en ellos había.

Pero si ese demás se ha salvado, aunque sólo sea en parte, la jubilación no debe atemorizarles. La pérdida del ritmo obligado y monótono que caracteriza la profesión, liberta al espíritu y le obliga a una vida interna que antes no le fué posible. Con eso, le hace pensar en problemas que antes no le acuciaban, suponiendo que tuviese tiempo y sosiego suficientes para plantearlos y reflexionar acerca de ellos. Abre también la inteligencia y los sentidos a la observación del mundo exterior y del interior que no le fueron fácilmente accesibles durante muchos años.

Así mi jubilación, con la falta de un deber reglamentado y la reacción que siguió inmediatamente al vacío de los primeros días, han producido en mí un período de reflexión quizá el más fecundo de mi vida.

160.—**Crueldad y mentira.** Durante muchos años he creído que las pasiones más frecuentes entre los hombres eran la vanidad y su primo hermano el orgullo; pero luego, una mayor experiencia ha venido a convencerme que lo son la crueldad y la mentira; y tal

vez más la segunda que la primera, porque hay muchos mentirosos que no llegan a ser crueles, pero todos los crueles son también mentirosos.

No es un hecho nuevo, sin duda. Las guerras del XVI y el XVII, y la hispanoamericana de 1898, fueron buenos modelos de ello. ¿Es que el hombre necesita mentir para estar seguro de la razón que cree asistirle?

161.—**Alto y bajo.** El orgullo humano inventó, desde el origen de la Historia, la división de los hombres en dos categorías por razón del oficio que ejercen; los altos y los bajos o, como decían los antiguos, los de profesión "liberal" y los de profesión "servil". Esa división, aparte de que sea injusta, es totalmente equivocada; y es curioso advertir que el apetito utilitario, tan característico del hombre como el orgullo, no haya comprendido y dulcificado los efectos de aquel error.

Sólo en momentos de desorden social (una guerra, una revolución, un bloqueo, un período de hambre y otras privaciones) percibimos claramente la necesidad primordial de los servicios llamados **inferiores**, porque faltan los hombres que los realicen y a los demás les pesa la carga de ejecutarlos por sí mismos, faltos de preparación (incluso física) y de aptitud.

La verdad es que, siendo igualmente necesarias para el vivir humano, todas las profesiones son igualmente dignas y ocupan el mismo primer plano en la jerarquía de su utilidad y de su saber hacer. Cuando pensamos sin prejuicios sociales, advertimos pronto que las más altas profesiones intelectuales no podrían satisfacerse si otros hombres no ejercieran las manuales, aún las más humildes y desagradables; y tampoco éstas podrían ejercerse y prosperar sin la ayuda espiritual de aquéllas. De este modo, los calificativos de

"alto" y "bajo" pierden su sentido comparativo y su maliciosa intención de ensalzar desmesuradamente lo uno para despreciar y humillar lo otro.

Dentro de la misma clase de las profesiones espirituales, las dimensiones de alto y bajo son erróneas. Sin duda, hay inteligencias más poderosas y más fecundas en creación que otras, como (objetivamente considerado el asunto) hay problemas de inteligencia más profundos y trascendentes que otros; pero tan útiles son las unas como las otras inteligencias, porque en la obra espiritual existen muchas funciones y servicios que mutuamente se ayudan y necesitan; y análogamente ocurre con los problemas.

Así, las verdaderas diferencias profesionales son de dirección o materia, de servicio y de especialidad; y en el orden intelectual, de intensidad, fuerza y penetración, cosa que también existe en el orden material. Considerada cada una de ellas individualmente, son iguales en necesidad y pueden poseer un máximo de perfección y eficacia tan grandes, relativamente, como las que nos parecen más altas y sólo lo son, nó por motivo humano, sino por motivo que invade el orden de la realidad en que se ejercen.

162.—**El trance de la muerte.** ¿Por que nos empeñamos en ver como triste, horrible, lúgubre, el último momento de la vida que preludia la pérdida de ésta? Salvo en los casos de conciencias muy atormentadas, ya por el reconocimiento de las maldades cometidas, ya por el miedo a los castigos que encontrarán en la otra vida (y esos casos no son los más frecuentes), parece racional, y aún moral, que ese trance sea sereno, tranquilo y hasta alegre en el más espiritual sentido de la palabra.

Alegre, porque salimos de esta miserable vida humana llena de maldad y de sufrimientos. Tranquilo,

si (como la inmensa mayoría de los hombres) no somos criminales endurecidos ayunos de toda piedad y misericordia para el prójimo; porque si todo lo que creemos en punto a la justicia futura es como lo pensamos, no habrá que temer de ella los odios ni las traiciones que nos acechan en la Tierra por todos lados. Hallaremos en ella, por el contrario, la misericordia basada en la profunda comprensión de nuestra real responsabilidad y de los arranques sinceros de mejorarnos que hayamos podido tener para huir del pecado y subir a una moral más pura cada día.

En todas formas, salimos ganando con morirnos; aunque nuestra sentimentalidad se vea herida, a veces cruelmente, por la aparente injusticia (si es que esta palabra puede emplearse con tal motivo) de la muerte prematura, cuando este calificativo es exacto en razón de edad y no por una monstruosa codicia de nuestro egoísmo.

La representación artística (poetas, pintores) de la personalización de la Muerte (el esqueleto con guadaña, las Parcas, Caronte, etc.), intensificada en las danzas macabras que durante siglos fueron la pesadilla de los hombres europeos; la idea del destino fatal; la de la venganza inexorable de los Dioses; las imágenes medievales del diablo y del infierno, han influído grandemente en mantener e intensificar la visión sombría del momento en que morimos.

Frente a todo esto, la ciencia moderna nos dice que la muerte es un fenómeno natural, normalmente producido por desarreglos de organización o de funcionamiento en el cuerpo humano, independientes de la edad y de otras circunstancias, y que la higiene, la medicina y la cirugía pueden vencer durante mucho tiempo; aparte los accidentes de muerte violenta que emanan de hechos naturales más o menos inesperados (la piedra que cae, la avalancha, la tempestad en el mar,

y también, nuestras imprudencias), o de acciones voluntarias procedentes de los animales o del hombre mismo.

163.—**La medida de la inteligencia individual.** Cuando se habla de un individuo, se le suele calificar, con relación a sus facultades mentales, de inteligente o no inteligente, con más o menos superlativos o diminutivos. Pero esas calificaciones corrientes son calificaciones abstractas; y por ser abstractas, erróneas en la mayoría de los casos.

En efecto, la experiencia social y la experiencia específica docente nos enseñan que ningún individuo normal es totalmente inteligente o negado. Lo corriente es (salvo casos muy excepcionales) que cada uno sea inteligente (más o menos) para un orden determinado de cuestiones o asuntos.

Pero por muy alta que sea la potencia inteligente especial de un individuo, no basta para suponerla en todas las aplicaciones posibles de la inteligencia o los diversos géneros de materia o la vida en general.

El hecho real es, un efecto, que hay filósofos, juristas, historiadores, etc., etc., eminentes en esos títulos, pero que son muy poco inteligentes, o francamente tontos, en el resto de sus actividades. Todos hemos conocido "sabios" (en el sentido de saber cosas; de poseer multitud de conocimientos) que eran, a la vez, tontos de capirote; hombre de profundidad de pensamientos en su propia especialidad y que padecían de ingenuidad y superficialidad verdaderamente infantiles, por ejemplo, en materia financiera, o política, o de trato social, etc.

Sin duda, el vulgo (formado por una mayoría de esos hombres y de tontos de remate, sin compensación alguna) está pronto a suponer que todo individuo que se distingue (o parece distinguirse, en opinión de ese mismo vulgo) en determinada disciplina intelectual,

posee valor para todo lo demás. Pero esto es siempre, o casi siempre, un error. Si preguntáramos a las mujeres de esos hombres, o a sus familiares, seguramente recibiríamos respuestas regocijantes.

Ese hecho es el que explica muchos de los fracasos de intelectuales más o menos eminentes; muchas de las abjuraciones, cambios de opinión, resistencias o impermeabilidad con respecto a la lección de los hechos; muchas de las vocaciones repentinas e inesperadas dentro de la historia anterior de la persona, y tantos otros fenómenos espirituales que asombran a las gentes poco observadoras y a los idólatras de todos los ídolos humanos. Pero así es la realidad. No sólo hay que aceptarla tal como es, sino que se hace preciso medir conforme a ella la altura, la densidad y la consistencia de las inteligencias individuales, respecto de las cuales la humanidad pasa fácilmente de la glorificación al menosprecio menos merecido; o al revés.

164.—**Lo substancial.** Al final de la vida, todos comprendemos que la substancial condición del bienestar social se halla en el respeto de nuestra libertad y nuestra conciencia, y de las del prójimo. Todo lo demás es secundario y no vale la pena de que los hombres sigan molestándose y matándose mutuamente para resolver esos otros problemas.

Pero al final de la vida, ya es tarde para que esa comprensión produzca sus buenos resultados en quien llegó a obtenerla.

165.—**Cultura y facultades innatas.** La cultura intelectual, aparte los grandes placeres espirituales que nos produce y el saber y experiencia ajenos que nos transmite, sólo es un adorno en la fachada exterior de la actividad profesional y social de cada individuo. La estructura interna del espíritu (esqueleto, músculos y nervios, que por analogía podríamos decir) está

constituída por las facultades innatas con que cada uno viene al mundo. Son éstas las que deciden en último término, tanto en lo que tienen de creación las actividades profesionales como en la lucha del hombre contra el hombre, y lo mismo si es intelectual que material.

Pero nada de eso quiere decir menosprecio de la cultura (entendida como adquisición del saber). No es más que simple precisión del lugar que ocupa en nuestro dinamismo.

166.—**Renunciar y trabajar.** Dos son los actos que deben caracterizar el final de nuestra vida cuando cada minuto adquiere el valor de un siglo, nos amenaza con una impotencia más y nos avisa que la merced que nuestra creación individual nos concedió hasta entonces, va a faltarnos bruscamente.

Esos dos actos son: la renuncia mental a lo que se va haciendo imposible, y sin enfadarnos porque la vida haya perdido el sabor de muchas cosas amadas, sino más bien con alegría porque nos sean ya indiferentes; y la persistencia de seguir trabajando en lo que se pueda, para ser útil a la obra común hasta el último día.

167.—**¡Acuérdate de los buenos!** En todos los países a donde vayas, encontrarás hombres poco amables; egoístas enteramente privados del sentimiento de consideración hacia el prójimo máxime si es extranjero; gentes hoscas, bruscas y faltas de piedad. Y padecerás de ellos en momentos quizá difíciles de tu vida.

Pero guárdate mucho, aun acabada de recibir una de esas sacudidas, de extender la calificación que tales hombres merecen, al pueblo entero de que son ciudadanos. Y si la cólera, irreprimible a veces en los primeros momentos, te empuja a esa generalización injusta, acuérdate, para reprimirla, de aquellos de sus com-

patriotas, por pocos que sean, que fueron amables o compasivos para ti y que, seguramente, habrás encontrado también. No hay pueblo tan lejano moralmente del bien, que no posea, junto a los malos, algunos hombres buenos; y quizá (en el término medio de bondad que da por lo común la especie humana, difícil para esta clase de heroísmos), tal vez más buenos que malos, aunque a primera vista no lo podamos creer.

168.—**Mi oración.** Mi oración más ferviente no pide ningún bien terreno, ni para mí ni para los míos. No los deseé nunca y menos los codiciaré en la hora en que todo me va sobrando.

No pide tampoco paz a los otros, porque esa paz sólo puede surgir en ellos por la dulce presión de la caridad o del olvido. Pide la paz en mí y para mí, para mi alma: la paz que viene del perdón; de la comprensión benévola para todos los errores ajenos; de la limpieza del sentir en que no queda ya ningún poso amargo de malquerencia. Y por eso ansío morir sin odio alguno en el alma para nada ni para nadie.

¡Qué infierno ha de ser cerrar los ojos con la hoguera del más pequeño rencor aún viva; y por viva, no satisfecha! Si conseguimos librarnos de ese infierno, todo lo demás de esta vida podemos entregarlo gustosos.

169.—**Meditación al inaugurar una biblioteca.** Todo nacimiento invita a la meditación, quizá más que ningún otro hecho humano. Sea de criatura corporal o de criatura espiritual, significa el aporte de una fuerza nueva llena de posibilidades diversas, cuyo empuje futuro se nos ofrece como un misterio y cuya revelación sólo en parte podemos determinar o dirigir. Esto lo saben bien los maestros, para quienes todo alumno es inicialmente un interrogante y, a veces, sigue siéndolo muchos meses y aun años.

También lo es una Biblioteca, formidable depósito de energías espirituales cuya reacción particular en cada uno de los lectores es difícil de determinar a priori. Pero una biblioteca de centro docente no puede ser una fuerza a la que se deje obrar espontáneamente y a lo que saliere. Debe ser—y cuando nuestras bibliotecas se conviertan en algo vivo que implica consejo, orientación, a veces explicación de textos, serán como digo—un medio de educación en que el maestro intervenga tanto como en las lecciones de cátedra y en las excursiones. Tal vez en una biblioteca pública general, la función auxiliadora de los bibliotecarios sea muy difícil y, en ciertos casos, imposible de organizar, aunque exista en algunas bibliotecas del extranjero. Pero en las que se crean ya anexas a una cátedra o para servicio de una escuela, esa función es, sin duda, básica y fácil; y espero que sea vuestra primaria preocupación.

A más de ésta, hay otra que deriva del nombre glorioso con que habéis querido bautizarla. Pestalozzi es, para mí, ante todo, bondad y amor para el niño. Tengo, por otra parte, la experiencia de que ambas cosas son más eficientes en la vida, y concretamente en la obra docente, que todos los recursos de la ciencia y del talento personal. Invocar el nombre de aquel gran maestro al inaugurar vuestra biblioteca y ponerla bajo su égida, os obliga a ser buenos con los libros. No me refiero a la bondad que conduce a tratarlos con respeto y limpieza. Cada libro es un tesoro que no nos pertenece individualmente más que en cuanto necesitamos usarlo para nuestro provecho espiritual, y cuya riqueza, que afortunadamente no se consume con el aprovechamiento que de ella hace cada hombre, pertenece a todos; y para todos hay que conservarla.

Pero hay otra clase de bondad para con ellos que se aproxima más a la que selló el alma de Pestalozzi: la que se traduce en benevolencia para quien escribió

cada libro, si a ello le llevó una intención sana en que el culto de la verdad y de la belleza y el respeto al público, que exigen preparación y trabajo hondo, han dirigido el pensamiento y la pluma. Esa benevolencia, que es consideración humana hacia el trabajo sincero del prójimo, la he predicado hace años singularmente con relación a las obras literarias. Permitidme en razón a la brevedad y a la concreción de la idea, que repita hoy párrafos de entonces. Substancialmente dicen todo lo que yo quiero decir ahora. Vosotros lo aplicaréis a toda clase de libros y especialmente a los científicos, que en proporción mayor habréis de usar.

"¿Qué ha hecho la Humanidad para seleccionar las obras de los que hoy llama 'inmortales', fuente de alegrías infinitas? Ha olvidado los defectos y ha pensado sólo en las bellezas; pero con la singularidad de que éstas no son siempre las mismas ni del mismo orden en todas las obras escogidas, sino muy diferentes en cada una; y aún, a veces, hasta cierto punto, contradictorias entre sí. Esa especie de eclecticismo benévolo del gusto es, en el fondo, justísima y es, también, la que hoy parece haber ganado nuestras almas contra los exclusivismos que pretendían reducir el campo de nuestras emociones. No consiste la benevolencia, entiéndase bien, en negar los defectos y en desconocer las diferencias de valor que distinguen unas obras de otras, sino en ver preferentemente lo bueno que cada una de ellas tiene; en saberlo gozar y aprovechar separándolo de lo malo, y sin hacerle perder nada de su fuerza estética..... Lo que hace falta es tener el espíritu flexible, amplia y sutil la sensibilidad para notar y recoger, aunque sea entre ortigas, las flores fragantes, esplendorosas de color o atractivas de forma, del alma del artista. Y esa benevolencia hay que aplicarla lo mismo a las obras del genio que a las del trabajador humilde a quien llegó una vez la hora de acertar con la cuerda de oro cuyas vibraciones llenan por

un momento el espacio e iluminan para siempre una vida modesta que vuelve a sumirse en la oscuridad. Tomemos de ella ese momento feliz y démosle gracias por él. El punto de separación de esa benevolencia respecto de la de los críticos que todo lo encuentran bueno, consiste en distinguir tan sólo lo que merece distinguirse, y no ocultar ni desvanecer los defectos que en lo demás del libro existan.... o nos parezca que existen".

Con ese espíritu quisiera yo que os acercaseis, respetuosa y amorosamente, a los libros en que hallaréis el esfuerzo mental de los hombres que, como vosotros, se han preocupado de las cosas altas y nobles que hacen respetable una vida. Tened por seguro que sólo así aprovecharéis todo el jugo que cada autor puede ofrecer a vuestra inteligencia o a vuestro sentimiento.

170.—**A mi hijo**(*). Con ser tan distintiva la emoción que yo siento al impresionar para tí este disco, de la que experimentarás tú al oírlo, poseen ambas, sin embargo, cualidades comunes. La tuya de sorpresa, hace juego con la mía, por ser inesperada para mí esta coyuntura de hacerte oír mi voz: para uno y para otro un mismo azar o fortuna que se cumple cuando menos pensábamos en tamaña posibilidad.

Por otra parte, si tú continúas con el timbre de voz que tantas veces hizo creer a las gentes que hablaban conmigo en el teléfono te producirá ahora el mío la impresión de oír un eco; y a mí, sólo de pensarlo, también me suena el que emito como si fuere un reflejo de tu voz. Además de todas estas impresiones externas, vibrará en los dos la que siempre existe en el fondo de toda conversación, muy por encima de su música: la comunicación de los espíritus: uno, que dice

(*) Disco impresionado el 26-2-1943.

cosas, y otro que las gusta y las comenta en el silencio de su alma a la vez que piensa lo que él diría si pudiese hablar.

También se me ocurre si mi nieta mayor, única que ha oído mi voz, la reconocerá por propio conocimiento sin que tú se lo sugieras; porque el encanto está precisamente en que ella haya guardado en su memoria, más fresca y activa que la del abuelo, el timbre y el tono que empezó a escuchar en la cuna y luego volvió a escuchar aquí.

Como ves, conservo bastante bien la musicalidad y el resuello de mis años juveniles o, por lo menos, de la madurez de mi vida. Y alabando y agradeciendo a quien me otorga y me sostiene ese privilegio, recojo de él la dulce esperanza de que hay todavía hombre para un rato: el suficiente (y no pido más, que sería pedir gollerías), para verte a pocos centímetros de distancia y, con eso, gozar del complemento del sonido, que es el gesto y el brillar de ojos que componen la integridad de la voz humana.

A todos envío la expresión de mi amor y el deseo de vuestra máxima felicidad.

171 —**Democracia y derechos del hombre.** Etimológicamente, **democracia** es el deber o gobierno del **demos.** Esa especie de gobierno no es en doctrina, ni mucho menos en realidad, algo existente en ninguna parte del mundo (salvo, acaso, en Rusia), porque ningún Estado, aun los más liberales, conceden el voto y los cargos públicos exclusivamente a los de abajo; es decir, a la clase popular que en las clasificaciones de clases figura como inferior a la clase media.

Sin embargo, prácticamente (es decir, desde el punto de vista del efecto electoral), puede ser que sea un hecho esa clase de gobierno político por consecuencia de que, en un país, o en muchos, los de abajo sean

los más. En realidad, la experiencia presente no nos da esa clase de resultado en los Estados modernos que se califican de "democráticos".

De todos modos, es equivocado confundir la **democracia** con los **derechos** de la persona humana difundidos en la totalidad de los ciudadanos. Esos dos hechos son independientes y, por lo tanto, la existencia de uno de ellos no supone necesariamente la del otro, porque el poder público, su disfrute privilegiado, proporcional o igual para todos, son situaciones distintas del reconocimiento y el respeto de los referidos **derechos** humanos. Así, por ejemplo, los Estados totalitarios, por muy populares que sean (y no lo son siempre) o que pretendan ser, se hallan muy lejos de merecer el apelativo de **democráticos**. Por el contrario, y por el hecho de que en ellos el Gobierno posee todos los poderes sociales y políticos, interviene fuertemente en todas las actividades colectivas y dirige la vida nacional entera formada por **cracias** de las minorías que constituyen el grupo o clase que ocupa el poder de hecho, y lo ejerce, esas pretendidas **democracias** no son más que verdaderas **dictaduras**; por tanto, propiamente, **monarquías** dictatoriales.

Lo que me parece indudable es que, de esos dos hechos de la vida política de hoy (y de ayer también), el importante y esencial es el primero de ellos (el de los **derechos** humanos) que no puede faltar en un Estado construído humanamente; mientras que el segundo es capaz de varios grados teóricamente compatibles todos ellos con la libertad y el bienestar de los hombres. Pero la gobernación de una sola clase social, sea la que fuere, alta o baja, no permite la práctica total de los mencionados derechos.

172.—**"La vida es sueño"**. Vivimos de tópicos sostenidos, unas veces, por la rutina; otras veces, **por**

el prestigio de un tratadista o de un gran literato. Uno de esos tópicos es la afirmación que sirve de epígrafe a esta nota.

No creo que la vida humana es un sueño, sino cosa muy real, llena de deberes para el hombre. Forma además, parte esencial de nuestra creación como individuos, y por esto debemos, en primer término, velar porque no trunquen la trayectoria que a cada cual corresponde, ni nuestros abusos, ni el delito capital de suprimirla por cansancio o porque nos disguste en un momento dado.

No es tampoco despreciable, ni me parece que tenemos derecho a despreciarla. Puede no agradarnos por lo mucho malo que contiene las más de las veces; pero, además de que también posee algo bueno, y aun grande y admirable, y por ser parte de la creación, exige nuestro respeto. Y si me apuran mucho, diré que tampoco es valle de lágrimas para la inmensa mayoría de las criaturas; o, por lo menos, no lo es siempre, ni en todo lo que contiene.

173.—**El amor y el matrimonio.** Las poetisas y las novelistas modernas han empezado a desvelar algo del deliberado misterio del amor; pero sólo del lado freudiano, o en otros términos, de la sensualidad. Pero eso no es todo el amor.

Si fuera posible obtener respuestas sinceras, ilustrarían mucho las procedentes de una encuesta sobre los motivos por los que cada mujer se ha casado con el hombre que es su marido, y viceversa. De ella resultarían, sin duda, muchos datos fundamentales para juzgar si el amor es sólo sensualidad, o sensualidad más otras cosas nobles; o sólo éstas, quedando la sexualidad como cosa aparte, aunque inevitable y, desde el punto de vista del orden universal, necesaria.

Pero difícilmente dirán la verdad de esa clase las mujeres; ni tampoco la mayoría de los hombres.

174.—**El sitio al sol.** El hombre ecuánime no tiene "sitio al sol" cuando rugen las tormentas sociales. No le queda más que reconocerlo así y resignarse a su soledad y a su imposibilidad de convivir con los otros hombres; salvo en los ratos (cortos) en que la sociedad es sensata y tolerante.

175.—**Democracia y modestia.** En las **Memorias** de su vida (**Dichtung und Warheit**, Libro II), Goethe refirió el caso de un vecino suyo, Ochsenstein, quien ordenó en su testamento que se le enterrase por la mañana temprano, sin ruido ni acompañamiento, y que el féretro fuese llevado en hombros de unos obreros. "Esta manera de obrar produjo gran sensación en el vecindario que se había aficionado a los entierros fastuosos. Todos los que de esta costumbre sacaban un provecho tradicional, protestaron de aquella novedad. Pero el valiente patricio que la creó tuvo imitadores en todas las clases sociales y, a pesar de que se les llamaban 'convois de bueyes', se divulgaron más y más con gran ventaja de las familias de pocos recursos; y los entierros de gran aparato fueron desapareciendo rápidamente". Así comenta Goethe su curiosa noticia.

Ocurría esto a fines del siglo XVIII, en la gran ciudad de Frankfort, muchos años antes que la Revolución Francesa viniese a influir en Europa con sus ideas democráticas, ni los colonos ingleses de Norteamérica hubiesen redactado su programa de igual sentido. No obstante, la iniciativa de Ochsenstein era un acto democrático en el más noble sentido de esa palabra.

Pero la Humanidad no ha comprendido todavía, a pesar de los casi dos siglos que ha vivido después pregonando la necesidad de un régimen democrático, el profundo sentido de aquella novedad. No lo han comprendido ni los altos ni los bajos, ni los señores ni los obreros. Y, sin embargo, es muy cierto que para lle-

gar a la democracia social, mucho más importante que la estrictamente política, lo que hace falta practicar es la modestia y la sencillez en unos y en otros. Sólo en un tipo de vida así puede hallarse la seguridad de que nuestros sentimientos y nuestra conducta sean verdaderamente democráticos. Una vez más debe decirse que la redención humana no consiste en que todos los hombres suban a los más alto que la vanidad y el orgullo han producido en la historia, sino en bajar a la vida sencilla que, por imposición de sus desgracias, ha tenido que seguir durante siglos una grandísima parte de los hombres, y que ahora, en nuestros días actuales, nos vemos obligados a adoptar por motivos morales hijos de un convencimiento y de una clara percepción de la conveniencia humana de buscar la paz y rechazar la violencia: tanto la física como la espiritual.

176.—**La tristeza del "Quijote".** Desde aquel estudiante salamanquino (o de donde fuera) de cuyas carcajadas dedujo quien las oía que seguramente estaba aquel leyendo el **Quijote**, este admirable libro que por tantos motivos encanta, solaza y sugiere hondas reflexiones, suele ser, para la mayoría de sus lectores, despertador de la risa y de la burla del héroe de vida sin par. Pero ¿hacemos bien en reirnos?

Yo nunca me he reído de **Don Quijote**. Es natural que, muchas veces, nos haga reír Sancho por la gracia que suelen tener sus razones y sus respuestas, todavía más que por las desdichas que lo ponen a menudo en ridículo o lo dejan tundido a golpes de tirios y troyanos; y aun en esto segundo somos excesivamente crueles. Mas por lo que toca a Don Quijote, lo que humanamente inspira es piedad y tristeza, que emanan del amargo contraste entre sus buenas intenciones y el pago que por ellas recibe de la realidad implacable de la vida y de los hombres poco piadosos o incompren-

sivos. Cierto que ese pago lo debió repetidamente a su locura, que le hacía ver visiones disparatadas traducidas, de hecho, en perjuicios materiales que los hombres no perdonan sino que responden a ellas violentamente y, en ocasiones, con peligro de muerte.

Don Quijote no comprendió sus ofuscaciones hasta el fin de su vida; en cambio, no mostró entonces haberse percatado de que el fondo ideal que le guió siempre era cosa noble y no merecedora de desprecio. De ahí la tristeza con que deben contemplarse los fracasos, aunque Don Quijote los explica por la intervención de los nigromantes enemigos suyos. No fueron, ciertamente, los nigromantes, sino la realidad de las cosas y de los hombres quienes castigaron duramente sus errores materiales y nunca se fijaron en la alteza de sus propósitos. Esa incomprensión llega al colmo en aquel largo episodio de la **Segunda Parte** de la novela, llena de ingenio, de invención inagotable y de gracias a veces, pero manchada por la superficialidad de los Duques que se complacen en burlarse despiadadamente del caballero manchego como se burlarían de un bufón vulgar; y no tan sólo de las genuinas locuras y visiones de Don Quijote, tan abundantes en la **Parte Primera**, sino inventando chascos y pantomimas que zarandean cómicamente al buen caballero andante, sin culpa alguna de éste.

Mirándola así, como en efecto fué, la historia de Don Quijote evoca el desastre moral de tantos hombres bien intencionados que quisieron mejorar la vida humana llamándola a la práctica de la justicia y de la bondad, y que padecieron de una ilusión análoga a la del caballero manchego en su constante visión de gigantes y malandrines, equivalentes a la utopía de contar como factor positivo para la victoria, una supuesta inclinación de la humanidad a cumplir los ideales que ellos predicaban y defendían.

He aquí por qué no puedo aceptar que la gran novela de Cervantes sea un libro cómico, sino un libro que, como los dramas antiguos, tiene personajes y escenas cómicas felicísimas en su género, pero que, en el fondo, lo que deja al lector es la emoción trágica de la parte seria que constituye su verdadera sustancia e intención.

Muchas veces he pensado que Cervantes, ya con intencionado propósito desde el primer momento de su creación literaria, o ya como conclusión que poco a poco se fué imponiendo a su ánimo al compás de la vida de su personaje principal (verdadero retrato del desengaño que amarga la experiencia humana recogida por el autor en sus años maduros y finales), no escribió su obra modelo para zaherir y tratar de desprestigiar los libros de caballería, como a primera vista parece, sino para dolerse, a través de esa crítica, del espectáculo amargo que su misma experiencia le hizo sufrir; la de una humanidad injusta, violenta y egoísta contra la cual se estrellaron sus ilusiones y que le hizo perder la optimista esperanza con que todos empezamos a recorrer el camino de la convivencia social, con la confianza en las buenas obras. La constante ironía de Cervantes, explícita unas veces, embozada otras, induce a creer que sea ese el fondo más íntimo, más personal de su novela.

177.—**La historia de la guerra.** La historia de la guerra actual (1936-1946), para ser completa y, por tanto, totalmente verdadera, no se puede limitar (como lo va a ser, de seguro, en los primeros libros que se publiquen) al relato militar o estratégico. Esa limitación cabía (y con excepciones) cuando la población civil, en su gran mayoría, no estuvo afectada por las operaciones militares. Hoy, ya no.

Por lo tanto, la perfecta Historia de la guerra debe contener también los hechos producidos y sufridos por esa población civil que no estuvo en el frente propia-

mente dicho, y que, no obstante, padeció en muchas formas los efectos de la guerra. Participación igual que exige la historia de los huídos y de los refugiados, de los prisioneros y de los obreros forzados a prestar sus servicios al enemigo y en tierra enemiga.

Nada de eso debe olvidarse, entre otras razones, porque el número de muertos y lisiados para toda su vida (los civiles en general, los refugiados en especialidad), debe ser bien historiado, teniendo en cuenta que la muerte de ellos, así como su reducción a hombres y mujeres inútiles para procurarse su vida personalmente, no se puede reducir al de los que llegaron a esas situaciones por efecto de los proyectiles, sino por otras consecuencias de la anormalidad de sus situaciones y el gran número de enfermedades que así se produjeron.

El cuadro, terrible de un lado, grandioso por otro, de los refugiados en territorios extranjeros, no puede quedar ignorado por los historiógrafos presentes y futuros.

178.—**El objetivo y lo subjetivo.** Más de una vez he llamado la atención en mis escritos hacia el hecho frecuente de que la especulación científica se haya hecho, y se siga haciendo muy a menudo, no a base de **hechos** exteriores observables, sino de puras **opiniones** de los profesionales. La consecuencia de este error es que lo discutido no sea la **realidad** de las cosas, sino el **saber** y las **conclusiones** a ella relativas, a que se limitaran los autores antiguos y contemporáneos, en vez de mirar directamente la vida y sus creaciones.

Lo mejor y lo más personal que cada hombre culto aporta a la ciencia, no es su potencia polémica respecto de Platón o Aristóteles, Descartes o Kant, etc., sino lo que ha visto y descubierto en la realidad de la vida humana, en el exterior sensible y en su misma intimidad espiritual.

Debe advertirse también que ese error en que tan a menudo se cae, lleva en sí una parcial justificación de su necesidad. Procede esto de que, a veces, la opinión de un científico, o la de varios, ha venido a jugar el papel de la realidad no estudiada, en la forma de crear entes de pura razón que no existen en la vida, pero que, por esto mismo, es preciso criticar y desvanecer, trabajando sobre ellos y tomándolos solamente en cuenta provisionalmente. Esto es lo que, por ejemplo, ocurre con el concepto y contenido de la Enciclopedia jurídica, tan en moda en el siglo XIX, o los de las mismas cualidades que corresponden a la **Historia del Derecho.**

Ninguna de esas dos cosas existe en la realidad de la vida jurídica. Son, puramente, clasificaciones y nombres que han creado los tratadistas y que toman la figura de realidades efectivas y, en consecuencia obligan a continuar las investigaciones a base de ellas. Sin embargo de lo cual, no dejan de ser menos incidentales y ajenas a la verdadera investigación científica que no debe guiarse por lo que opinan, en cuanto al hecho objetivo, Fulano o Zutano, ni pararse porque éstos lo vean de modos diferentes. La buena regla crítica consiste en que, una vez fijado el puro carácter intelectual de esos factores de conocimiento, se deben dejar de un lado como simple andamiaje para la construcción, en vez de estimarlos como elementos sustanciales y exactos de ésta.

Pero nada de lo dicho desconoce el valor que lleva consigo la aportación a la ciencia de afirmaciones, y aun de opiniones provisionales, procedentes de quienes sabemos que han investigado por propia cuenta y directamente, en vez de contentarse con repetir, sin crítica alguna, lo que los demás han dicho.

179.—**El sano patriotismo portugués.** La muerte de D. Bernardino Machado ha dado ocasión para que se

revele el sano patriotismo del pueblo y del gobierno portugués (abril de 1944). Olvidando, o dejando a un lado, como debe ser, todo lo que en ideas y actos representó la vida de Machado (desterrado por dos veces de Portugal como republicano), las diferencias de opinión y de conducta política relativamente al régimen actual y sus semejantes anteriores, la prensa toda y las entidades oficiales docentes (por ejemplo, la Universidad de Coimbra de que fué profesor D. Bernardino) han ensalzado a ese hombre por tantos conceptos notable y han estimado su muerte con dolor y elogio dentro de una comunidad nacional que sabe reconocer los valores humanos sin pensar si es amigo o enemigo en el orden de cuestiones discutibles que tan inútilmente muchas veces, dividen a los hombres.

180.—**La luna consciente.** Como el pastor de Leopardi **(Dimi Luna que fai-silenciosa Luna)**, yo he contemplado muchas veces la salida de la luna y su ascenso curvado que la dirige con velocidad sensible a nuestra vista, hacia el Poniente.

No le he preguntado nada, pero he seguido ansiosamente su lento avance hacia el ocaso que aparenta caminar por el cielo, cuando es la Tierra quien se mueve en dirección contraria.

Y me he preguntado a mí mismo, más de una vez, qué pensaría la luna de ese continuo viajar de la Tierra, si fuese consciente.

181.—**El árabe a la puerta de su tienda.** Que yo sepa, hasta ahora nadie ha intentado (o por lo menos, ha dado a la publicidad) un libro que, a mi parecer, podría ser muy interesante y aun divertido y útil: el libro de los **comentarios** a los proverbios y refranes españoles, o de otros países.

La importancia de esos comentarios deriva de que

los proverbios y refranes constituyen uno de los tópicos con que los semi-cultos definen y sentencian muchas cuestiones de la vida individual y social, porque son la única ciencia que alcanza y nutre su ideología. No tengo el propósito de escribir ese libro, entre otras razones, porque ya no me queda tiempo de acometer esa empresa. Pero daré aquí un ejemplo del modo cómo entiendo los dichos comentarios dirigiéndolos principalmente hacia el análisis de su significación y las interpretaciones que les da el público.

Conocido y manoseado es el proverbio musulmán que, como regla de vida y de satisfacción incruenta de la venganza, aconseja a los árabes sentarse a la puerta de su tienda de campaña y esperar allí, paciente y serenamente, el paso del cadáver de su enemigo. A primera vista, parece que esa actitud promete (aunque es mucho prometer) que el enemigo morirá antes que quien espera su muerte. A la vez, también parece contar con que el enemigo perderá su vida por enfermedad segura o por mano de un hombre distinto del que está seguro de ver el cadáver de aquel. Pero ¿cuál es, en realidad, la verdadera significación que el creador del proverbio quiso dar a éste?

Estoy seguro de que un noventa y nueve por ciento de los individuos que lo invocan, no se ha planteado el problema de interpretación a que obliga la frase repetida por ellos automáticamente. El proverbio promete, sin duda, la satisfacción de la venganza con sólo dar tiempo al tiempo. Quienes lo practican, no tienen duda de que así sucederá. ¿Es acaso una llamada a la no violencia y una afirmación categórica de que el correr de las cosas basta, sin intervención brusca de los que son violentos, para que todo mal acabe por desaparecer y todo malhechor, presunto o comprobado, concluya por morir y librarnos de su pendiente amenaza?

Esta serie de posibles interpretaciones podría aumentarse con algunas más, aparte las que el vulgo da a los proverbios, que también es necesario conocer en lo posible. No puede haber duda que esas interpretaciones populares deben ser muy variadas. Su estudio, pues, constituiría una segunda parte de la investigación que estimo fundamentalmente conveniente para completar los valores que en la práctica poseen. No menos importa averiguar la geografía de los proverbios y refranes; porque siendo indudable que no todos nacieron en un mismo lugar y pueblo, su veracidad, en cuanto experiencia de las cosas y de los hombres, puede ser exacta con relación a una área determinada en cada país, y dejar de serlo en cuanto la apliquemos a otra diferente. Tal es, por ejemplo, el caso de los refranes agrícolas, de los astronómicos, los caracteres distintos de los grupos humanos, etc.

182.—**En el decir está el acierto.** ¡Cuántas polémicas nos ahorraríamos si, en lugar de decir, casi siempre: "Esto es así", dijéramos algunas veces: "A mí me parece que....."

183.—**Las cosas familiares.** Jan Strutner, en su novela **Mrs. Miniver** (uno de los libros novelescos en que el lector puede hallar más número de observaciones originales, profundas y finas, del alma humana), llama la atención hacia el valor sentimental que adquieren las cosas familiares que menos nos atraían en los tiempos normales, cuando nos vemos obligados a separarnos de ellas porque nuestra vida, ritmada de la paz, sufre la presión imperativa con que la guerra la disloca.

Esa nueva consideración de aquellas cosas, no es, en rigor, un efecto exclusivo de la presión bélica, sino más bien, el descubrimiento de la unión sentimental que poco a poco se ha producido, a través de los años y por influjo de los recuerdos amables que cada una

evoca, entre ellas y nuestro espíritu: unión creadora del ambiente de nuestro hogar y del amor a los objetos que le fuimos incorporando y que constituyen su riqueza sentimental.

184.—**Querer y poder.** No preguntéis a nadie si **quiere** hacernos un favor (prestar un libro, o un servicio semejante), porque muchas veces le pondréis en el trance molesto de mentir. No podrá contestaros que **sí quiere**, como sería preciso para no causaros agravio; pero si realmente **no quiere**, añadirá a la primera respuesta, que **no puede**, alegando cualquier motivo o suma de motivos que, necesariamente, habrá de inventar.

Por el contrario, preguntándole **si puede**, le dejaréis libres los dos caminos que, sin mentir, podrá tomar: o el de deciros que sí o el de decir que **no**; puesto que si dice esto último, afirma una verdad, aunque el motivo original sea, de hecho, que **no quiere** o no gusta de haceros el servicio que le pedís. Es obvio que al contestar que **no puede**, no se obliga a puntualizar por qué razón; y así queda bien con vosotros y con su falta de voluntad.

Y siempre es una buena obra no poner a nadie en trance de mentir.

185.—**A propósito de Beethoven.** Dos profundas impresiones me deja la quinta sinfonía de Beethoven—y no es ella más que un ejemplo entre las nueve—cada vez que la oigo: la primera es de un contenido de expresión que va más allá de lo que musicalmente ofrece, haciéndonos intuir detrás de ella ideas y sentimientos que carecen de lenguaje músico y que, sin embargo, pertenecen a los estados espirituales del autor y, tal vez, son los que engendraron su inspiración artística. Esos estados corresponden a lo más inconsciente (es decir, más hondo) de la fuente de aquella inspiración.

La segunda impresión es de que el músico llegó a un grado de creación artística tan henchida de sustancia, que nos hace pensar que, al componerla, no fué simplemente un hombre, sino un espíritu superior al humano y, desde luego, superior a su mismo espíritu personal en los momentos de no creación. Goethe diría que quien se manifestó entonces fué **el demonio** de Beethoven; **el más** allá de su alma normalmente activa.

186.—**La repetición inconsciente de hechos en la vida individual.** Sería muy interesante una encuesta sobre las repeticiones de hechos (no exactamente los mismos en todas las ocasiones, sino de igual orden o género), en la vida de unas cuantas docenas de hombres distinguidos en el cultivo de las ciencias y de las artes de cada país.

Las repeticiones inconscientes mías son un ejemplo que me ha llevado a meditar sobre el valor de ese hecho, no sólo en la psicología humana, sino también en la biología de nuestra especie, puesto que las repeticiones no proceden siempre del sujeto que las experimenta, sino que se han presentado, en su historia personal, por el juego de elementos exteriores a su inteligencia.

Si todos los hombres a quienes se preguntase sobre esa experiencia estuviesen tan propicios a ser sinceros como yo lo estoy, creo que se abriría ante nosotros un horizonte nuevo para llegar a comprender lo que somos y hasta qué punto nos podemos satisfacer de ello como creación propia, o como responsables intencionales de muchos de nuestros actos.

187.—**Los cumpleaños.** La fiesta de los cumpleaños no se basa siempre en los mismos motivos para quien los cumple y para quienes lo felicitan.

Lo corriente es que éstos—y a veces también aquél—celebran la fortuna ajena de haber llegado a la fecha que se conmemora: "Ha llegado usted a los 70 ó

a los 80, o más. ¡Qué larga vida y qué tesoro de fuerzas en su organismo!" etc.

Pero el que alcanza a esas fechas, se acuerda principalmente—si le teme al morir, cosa muy humana—, del refrán español: "Un año más y un año menos"; con lo que, junto a la alegría de haber llegado, se mezcla la tristeza de acercarse más al final de la vida.

Sólo algunos espíritus que gozan el privilegio de no asustarse por el hecho ineludible, y que empiezan cada día como si lo comenzado en él hubiesen, seguramente, de terminarlo, consideran la prolongación de la vida como un excitante a emplear bien lo que les quede de ella; y la acogen con la esperanza alegre de ganar en velocidad el desgaste biológico mediante un dinamismo más lleno, cada vez, de energía y de ilusión.

188.—**Wagner.** Una de las frases musicales de Wagner que, a mi juicio, han acertado mejor la expresión de la tristeza humana ante la pérdida de una ilusión que encerró toda la belleza propia de los ensueños sentimentales, es la frase que Hans Sachs repite varias veces en su meditación del acto segundo de **Los maestros cantores.** Es la melancólica confesión con que un hombre bueno se despide de lo que pensó que había de colmar la felicidad de su vida, a la que renuncia generosamente. No creo que supera a esa frase la lamentación análoga del acto tercero de **Tanhauser,** con ser tan bella y tan amplia musicalmente. Verdad es que la sobriedad lleva consigo más elocuencia y más alma que cualquier párrafo frondoso.

189.—**Perennidad de la Patria.** Por muy largas que sean las ausencias de ella, nunca pierdo mi Patria ni me disocio de ella espiritualmente. La llevo siempre conmigo, tan viva y hondamente como la he sentido desde que tuve uso de razón. La llevo en el amor que le tengo y que aumenta en proporción a sus dolores y

pérdidas; en mis continuos y a veces angustiosos estudios de su Historia y de su Psicología: en la dedicación que a ella hago de todo lo que pienso y creo con la intención de que le pueda ser útil.

Y por todo eso, mi Patria está donde yo vivo, y me sigue en todos los lugares en que me detengo. A ella irán, espero, los últimos deseos y votos que ocupen mi espíritu en los postreros momentos de mi conciencia intelectual.

190.—**El perdón.** Hay dos clases de perdón, ambas difíciles para el orgullo humano. La una es de perdonar un daño sufrido por obra o palabra ajena; éste es el más aparente y el que, por su uso jurídico, tiene más en cuenta el vulgo. La otra es más fina moralmente, y son pocos los que la perciben; todavía menos los que la practican. Consiste en perdonar los descuidos, inadvertencias u olvidos involuntarios del prójimo, realizando, en vez de éste y sin echárselo en cara, lo que él debió hacer. En la vida familiar, dentro del hogar de cada persona, es donde más veces se presenta ese caso. Pero son raros los espíritus que llegan a comprender como obra de misericordia ese perdón que suprime la falta ajena y que sabe prescindir del placer de lanzar, a quien la cometió, el alfilerazo del reproche. Este placer es tan humano, que llega a ser más fuerte que el amor, aunque el amor puede ser más fuerte que la muerte.

191.—**Al margen de "As cidades e as serras", de Eca de Queiroz** (La parte de "as serras"). ¡Qué sabia es la memoria humana! No por lo que haya aprendido en los libros o por la experiencia, raras veces ejemplar, de la vida, sino por la admirable facultad que posee de filtrar sus recuerdos como se filtra un líquido para ir quitándole los elementos que nos pueden perjudicar. Verifica la memoria esta operación de tal

feliz modo, que no deja en los recuerdos vivos más que su parte bella, su máxima perfección.

Tal es la base de la poesía que cada hombre encierra en la intimidad de su espíritu y que engendra en éste el amor a las cosas y aun a los hombres, despojando a éstos y aquéllas de todo lo que nos amargaría si perdurase en nuestra memoria con preferencia. La transformación de los recuerdos llega hasta un retoque sentimental de la realidad análogo al que materialmente emplean los fotógrafos exagerando o dulcificando las líneas y la luz para favorecer la imagen. No otra cosa hace el poeta al crear su obra artística que no es, en fin de cuentas, sino el fruto cultivado (es decir, reflexivo) de aquella selección natural e inconsciente que muchos hombres alcanzan y gozàn, y en virtud de la cual aman y enaltecen la casa en que nacieron y vivieron largamente; la huerta y la montaña que recorrieron en su juventud, el paisaje, familiar a sus ojos, del rincón de la tierra en que vivieron antes o en que todavía viven y donde se han sentido felices. Con eso, la belleza que creó el arte literario se viene a cimentar muchas veces en la visión apañada de lo perfecto y depurado de las cosas y de mil accidentes de nuestra propia vida; con olvido, que no exige esfuerzo porque ya lo aplicó el cerebro, de todo lo que tuvieron o tienen aún de malo, triste o doloroso.

Esa poesía interior es el más grande encanto de la vida. Creada, sin que nos percatemos, por nuestra inteligencia y nuestra sentimentalidad, constituye en los más de los hombres la ilusión animadora suficiente para embellecer su vida por pobre y dolorosa que sea. Ella nos hace ver una belleza enternecedora en el campo o en la ciudad donde vivimos: en la playa y en la bahía donde nos bañábamos y pescábamos cuando mozos; en la calle a que pertenecía la casa donde moramos por largo tiempo con nuestros padres; en todo lo que abarcó nuestro paisaje ya perdido o que sigue

ofreciéndose a nuestras miradas y que vemos ya sin polvo, sin calor, sin insectos impertinentes, sin manchas ni pedregales embarazantes. No quedó de todo él en nuestra visión intelectual más que lo hermoso, lo atractivo, lo poético; y lo mismo suele ocurrir en cuanto a los hombres que nos rodearon en el pasado, cuyas calidades humanas hemos cernido como lo haríamos con una harina de que sólo queremos guardar y aprovechar la flor pura.

Así es como Eca, por boca de los dos personajes principales creados por él en la novela que motiva esta acotación, pinta la poesía de una de las sierras de su patria que él conoció a fondo y amó entrañablemente. Y por eso es la parte de su novela a que me refiero, la más poética, la más atractiva, la más apaciguadora y gustada de todo el libro.

La operación intelectual que produjo en él ese cuadro—repetida en cien libros de los mejores poetas y novelistas—exterioriza y plasma la fina elección de imágenes con que la memoria regala al corazón de los hombres, y expresa una de las fuentes más claras, más amorosas y más preferidas por los lectores, que brota de literatura.

Así viene a ser ésta, en muchas de sus creaciones, el "fruto cultivado" (como ya dije antes) por la fuerza creadora del artista y por su técnica a menudo intuitiva, que dió aquella selección espiritual de que hal al principio; y así se nos descubre el lazo lírico que une, en lo profundo de nuestra intelectualidad, lo más objetivo de nuestra alma con lo más objetivo del mundo externo, humano y material, que la literatura se esfuerza en pintarnos.

192.—**Tono y rima.** Si fuese cierto el hecho de que la poesía nació en los pueblos primitivos juntamente con la música, se explicaría la equivalencia de ambos

elementos sustanciales de una y otra arte: la rima y el tono.

Es más que probable que otros antes que yo hayan percibido esa equivalencia; pero como hasta ahora no la he leído en ningún autor de los que conozco, estimo que puede ser útil explicar esta observación mía.

La función de la rima empieza por ser musical en sí misma. Tiene un valor auditivo independiente del literario (la habilidad y buen gusto en hallar buenos consonantes y asonantes); y ese valor es, por lo menos, uno de los que más aprecian el lector y el oyente de versos. Tan verdad me parece lo que acabo de decir, que aun en los versos blancos, cuando están bien construídos, se percibe ese mismo efecto; aunque es más claro y eficiente en los que riman. El poeta y el lector, en cuanto empiezan a escribir o leer versos, están esperando la música de la rima y no descansan si les falla por error del artista o por su insuficiencia. El desengaño que producen los ripios, es un hecho intelectual de otro género.

El tono en la música cumple con una finalidad análoga. Toda composición musical posee—en total o en sus varios tiempos—un ritmo propio; y éste también provoca esa espera en la resolución de las ideas o frases que va creando el autor. Por ello, cuando espontánea o técnicamente se sale de él un artista, esperamos ansiosos el momento en que volverá a enlazar la desviación tónica con la dominante en la obra. El efecto de ese reintegro al tono que caracteriza cada composición, es del mismo género auditivo que el que promueve la rima en la poesía. Por lo menos, así es como yo lo siento (y espero no ser el único), aún en lo más modernista y libre de ambas partes.

193.—**Conciencia e intuición.** Lo mismo si se resuelve el problema de origen en punto a la materia y el espíritu, en el sentido de su unidad o de su diversi-

dad de especie, cabe racionalmente suponer que lo espiritual, en su facultad primaria de conocer, posee dos esferas o estados: uno intelectual y consciente y otro que, durante mucho tiempo, se ha llamado **preconsciente y subconsciente** y ahora empieza a ser denominado **supraconsciente.** Parece ser más propio este tercer nombre, porque la modalidad de su orden de conocer no es **anterior (pre)** a la conciencia, sino que está más allá de la función que caracteriza a esta última; análogamente a lo que, en la visión física, se significa con los rayos ultravioleta. Es un saber existente en el espíritu, pero invisible para la inteligencia pura. Los individuos que poseen una potencia de comprensión más allá de lo consciente, son los que alcanzan más o menos ampliamente ese otro orden de conocer. A eso se llama también **intuición**; y este nombre me parece expresar el estado actual de la Filosofía en cuanto a esa parte del problema. Bergsón representa ese estado en Francia; y tal vez es quien más profundamente la estudió y supo apreciar todo su valor.

194.—**Interpretaciones.** Ningún Diccionario, hasta ahora (hablo de los de la Lengua castellana) contiene la totalidad de las acepciones de que son capaces muchas de sus palabras. El vulgo (sentido amplio) ha creado en el correr de los siglos, y sigue creando, significaciones o interpretaciones que jamás han conocido o adoptado los hombres cultos autores de los Léxicos; y por eso representan una riqueza superior a la atesorada en estos libros. Lo mismo que el vulgo han hecho muchos hombres cultos y no filólogos.

Sin duda, la demostración numérica de lo que acabo de afirmar requiere años de investigación por todas las tierras en que se habla el castellano o se habló antes y ha dejado simientes más o menos disfrazadas por la lengua que vino a reemplazarlo. De hecho, puede predecirse que esa inmensa labor no puede ser reali-

zada por un solo hombre. Una Academia que lograse libertarse del fetichismo literario puramente culto o escogido, podría emprender esa tarea y terminarla, año tras año; pero siempre dejando la puerta abierta para nuevas adquisiciones que formarían, de tiempo en tiempo, suplementos sucesivos. Sin haber realizado esas investigaciones, toda negación sistemática de mi afirmación anterior carecerá de fundamento.

Bueno será advertir la diferencia que separa el hecho de que parte mi tesis, del que corresponde a las palabras castellanas ya muertas y a los neologismos que cada época y cada ideología van creando forzosamente, casi por instinto intelectual que pugna por bautizar cada cosa y cada idea nuevas que aún carecen de voz que las nombre, y las incorpora así a la vida social de las realidades que van descubriendo la experiencia y la meditación. Mi tesis se refiere únicamente a las acepciones que han sido reconocidas a las palabras existentes y aceptadas por los Diccionarios de cada período de vida nacional, aunque en los últimos de éstos hayan sido despreciadas.

Para aclarar aún más el sentido de mi observación, daré un ejemplo concreto. La frase "si Dios quiere", es muy común entre nosotros. ¿Expresa la misma idea en los labios de todos los hombres que la pronuncian por rutina o por acto de fe? Seguramente, no. Lo corriente es que el "querer" de esa frase signifique la voluntad concreta de Dios respecto de un acto o una aspiración individual; pero es indudable que existen otras acepciones resultantes de mirar la cuestión desde puntos de vista distintos de aquél, sin negar el hecho de que la creación divina se impone a todos los seres y, que por lo tanto, significa dentro del lenguaje humano, la sujeción de todos los hombres a la voluntad del Creador expresada en la creación misma. No son posiciones iguales de nuestra inteligencia la que considera la acción de esa voluntad como una intervención

casuística en ciertos hechos de la vida humana, individuo por individuo y para cada uno en forma variable, y la que ve esa intervención en la dependencia de nuestro vivir con respecto al cumplimiento igual y no interrumpido de las leyes que emanan de las condiciones fijadas para la creación del ser humano: leyes que obran — podríamos decir — espontáneamente en cada ocasión, ya en favor, ya en perjuicio de los deseos de aquel ser.—Como este ejemplo se podrían citar otros muchos.

Grupo aparte de voces castellanas es el formado por la variedad de la cultura de las distintas clases o capas sociales. Esta variedad se produce, por de contado, en todos los idiomas. Hace un siglo, Jorge Sand señaló una forma de ellas al escribir en su **Avant propos** de la novela de **Francois le Champi**, el siguiente párrafo: "..... c'est pour moi une cause de desespoir que d'etre forcé d'écrire la langue de l'Académie quand je sais beaucoup mieux une autre qui est supérieure pour rendre tout une ordre de émotions, de sentimentes et des pensées". La novela citada fué, en la historia literaria de aquel autor, un ensayo o tentativa de emplear ese otro idioma para pintar un episodio de vida campesina francesa. Y nadie negará que **Francois de Champi** es uno de los libros más perfectos, en cuanto al decir francés, que existe en la literatura de ese pueblo. Una confrontación de él con la novela **Dominique** de Fromentin (otro modelo de buena prosa), proporcionaría observaciones muy interesantes para el tema de esta nota filológica.

F I N

INDICE

Pág.

Explicación preliminar

I. De 1941. VII
II. De 1946. IX

Máximas y Reflexiones

1. Patriotismo. 1
2. Optimismo y pesimismo 1
3. Las discusiones. 2
4. La suprema libertad de espíritu 2
5. "No sólo de pan....." 3
6. La comprensión ajena 4
7. Hombres e ideas 4
8. La inquietud de espíritu 4
9. El descontento de sí mismo 5
10. Los discutidos. 5
11. Sobre la vanidad 6
12. Más o menos 6
13. El Problema fundamental de la Pedagogía 6
14. Las impurezas de la realidad 8
15. El liberalismo. 8
16. El tiempo que se pierde 9
17. La sabiduría humana 9
18. La felicidad. 9
19. Haz bien. 10
20. Concepto de la civilización 11
21. De educación. 12
22. Instrucción y educación 13
23. Superioridad del trabajo 13
24. Juventud y vejez 14
25. Serenidad y energía 16
26. Los enemigos. 17
27. Las despedidas. 18
28 La Clave. 18
29. Una misión de las Universidades 19
30. Un día. 20
31. Precursores. 21
32. Prueba y verdad 22

Pág.

33. La convicción íntima 22
34. Prudencia dialéctica. 22
35. ¡Por qué!. 23
36. Psicología literaria. 23
37. Cambios y progresos 24
38. Los escritores. 24
39. Fiesta del trabajo ..... [illegible]
40. Lo que somos y lo que dicen que somos ..... [illegible]
41. Lo espontáneo. 26
42. La poesía de lo pasado 26
43. Hombres o momentos felices 27
44. La emoción del hacer 27
45. Formas de leer 27
46. Faltas de la inteligencia 27
47. Dificultades en la crítica de un pueblo 28
48. Un día fecundo 28
49. La mudanza de conducta 29
50. Sigue siendo como eres 29
51. El espíritu crítico 29
52. El patriotismo español 30
53. El perdón. 30
54. La soledad profesional 30
55. La incomprensión humana 31
56. Cansancio y simplificación de la vida 32
57. Las teorías y el Arte 33
58. Sentido político y sentido jurídico 33
59. La poesía de los templos paganos 33
60. Apreciación de paisajes 33
61. Incomprensiones. 34
62. Psicologías deficientes. 35
63. Benevolencia y rigor 35
64. La poesía de lo habitual 35
65. Clases de crítica 37
66. El hombre nuevo 37
67. Los viajes. 37
68. Lo interno y lo externo en la conducta 38
69. Diferencia entre la inteligencia y la moral 38
70. El hombre de los bosques 39
71. El sentido práctico y la contradicción 39
72. Moral para intelectuales 39
73. La medida del valor intelectual 40
74. El progreso de las ideas nuevas 45
75. Venganza y justicia 45
76. Sentimiento y derecho 47
77. El criterio de autoridad 49
78. Maneras de bondad 49
79. La finalidad de la vida 49

Pág.

80. El placer de dar 50
81. Ecuanimidad y justicia: cuándo hacen más falta 50
82. La incomprensión llama a la benevolencia 51
83. Imágenes convencionales. 53
84. Intransigencia y liberalismo 53
85. Como si..... 53
86. Eautantimorúmenos. 54
87. Días cortos y días largos 54
88. Crueldad espiritual. 55
89. Cambio de tormentos 55
90. El silencio en el dolor 56
91. Dogmáticos y no dogmáticos 56
92. Sabiduría y novedad 58
93. El ángel y la bestia 58
94. Muerte y vida 61
95. Lo circunstancial y lo eterno 61
96. Neutralidad y verdad 62
97. Los talismanes. 62
98. Dificultad de apreciar las cosas 63
99. Peor que la injusticia 63
100. Miserias humanas. 63
101. Anticipaciones. 65
102. Cervantes y Quevedo 66
103. Hay que vivir de sus rentas 67
104. La emoción trágica 67
105. Unidad y disparidad de los hombres 68
106. Experiencias de los años 68
107. Visión clara y desánimo 69
108. Los libros y los hombres 69
109. Frases inútiles. 70
110. Sufrimiento y entereza 70
111. Imprevisión de las masas 71
112. Los dichos y su relatividad 71
113. Similia similibus. 73
114. La tolerancia y la política 73
115. La superstición del Sistema 74
116. Fuerza de las ideas 76
117. Inteligencia de los pueblos 76
118. Deslealtad y lealtad 76
119. La dificultad de la historia contemporánea 76
120. Verdad y justicia 77
121. Las emociones. 78
122. Pseudo escepticismo. 78
123. Renunciar. 78
124. La limpieza de los otros 78
125. El por qué del respeto a los sentimientos religiosos 79
126. La grandeza de la Filosofía 80

Pág.

127. Mentiras. 81
128. El mayor dolor humano 81
129. Pesimismo calumniado. 82
130. Lo inefable. 82
131. Idea e intuición 83
132. Cuestión de medida 84
133. Pensar y hacer 85
134. Teoría y práctica 85
135. Del sentimiento patriótico 86
136. Patriotismos varios. 87
137. Justicia y medida 88
138. Comprenderlo todo..... 89
139. La ejemplaridad. 90
140. Voluntad y espera 91
141. Necesidad de las confidencias 92
142. Error de la envidia 95
143. Argumento y literatura 95
144. Imposibilidad del término medio 96
145. La vida y la lógica 98
146. Libertad y respeto 98
147. El temor del mañana 99
148. Los mayores privilegios del hombre 99
149. La Nación (Cuento Azul) 100
150. Los aburridos. 102
151. Dios. 102
152. Valor humano del cristianismo 103
153. La amistad. 103
154. Los espíritus críticos 104
155. La escala de la vida 104
156. "En la muerte todos somos iguales" 105
157. Materialismo histórico. 105
158. Discusiones inútiles. 106
159. No hay mal que por bien no venga 107
160. Crueldad y mentira 107
161. Alto y bajo 108
162. El trance de la muerte 109
163. La medida de la inteligencia individual 111
164. Lo substancial. 112
165. Cultura y facultades innatas 112
166. Renunciar y trabajar 113
167. ¡Acuérdate de los buenos! 113
168. Mi oración. 114
169. Meditación al inaugurar una biblioteca 114
170. A mi hijo 117
171. Democracia y derechos del hombre 118
172. "La vida es sueño" 119
173. El amor y el matrimonio 120

Pág.

174. El sitio al sol 121
175. Democracia y modestia 121
176. La tristeza del "Quijote" 122
177. La historia de la guerra 124
178. El objetivo y lo subjetivo 125
179. El sano patriotismo portugués 126
180. La luna consciente 127
181. El árabe a la puerta de la tienda 127
182. En el decir está el acierto 129
183. Las cosas familiares 129
184. Querer y poder 130
185. A propósito de Beethoven 130
186. La repetición inconsciente de hechos en la vida individual. 131
187. Los cumpleaños. 131
188. Wagner. 132
189. Perennidad de la Patria 132
190. El perdón. 133
191. Al margen de "As cidades e as serras", de Ecca de Queiroz. 133
192. Tono y rima 135
193. Conciencia e intuición 136
194. Interpretaciones. 137

Se acabó de imprimir este libro el día 30 de mayo de 1948 en los Talleres de la Imprenta "Popular". La Edición es de 2,000 ejemplares.

ANTONIO MACHADO

POESIAS ESCOGIDAS

La poesía contemporánea española — tan rica y jugosa, tan sugestiva y profunda — tiene cuatro puntales soberbios: Unamuno — el más espiritual —, Juan Ramón Jiménez — el más suave y sensible —, García Lorca — el más brillante y colorista — y Antonio Machado — el más melancólico e impresionante.

La poesía de Antonio Machado es tersa, cálida, humana y tremendamente sugestiva. Conmueve y remueve. Obliga a recordar y a renunciar. Deja en el alma una huella imborrable de afanes que se malogran y de renunciamientos que se endulzan. La poesía de Antonio Machado es uno de los monumentos más imperecederos de la literatura española de todos los tiempos.

MEMORANDUM

La Reflexión 132 cita un pasage del acto final de Tanhauser. Me refiero al canto al lucero del barítono que, a la vez evoca la vez en que la oí cantar en presencia de D. Justo Sierra y en casa de D. [illegible] García, en la capital de México (Diciembre 1909)